

BOLETÍN
DE LA
SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID

FRAGMENTOS

DE
UN DIARIO DE VIAJES DE EXPLORACIÓN
EN LA ZONA DE CORISCO,

POR
MANUEL IRADIER-BULFY.

El 16 de Diciembre de 1874 salgo de Vitoria con objeto de ver si la costa occidental de África, frente á nuestras posesiones del golfo de Guinea, presenta un punto accesible para el interior.

Las zonas por las que se empiezan los viajes deben ser minuciosamente examinadas, y yo no vacilo en sacrificar parte de mis intereses para hacer detallados estudios que se refieran al objeto de mi expedición.

El 13 de Enero llego á la isla de Gran Canaria donde permanezco tres meses esperando la buena estación del Ecuador, y dando tiempo para no sufrir un rápido cambio de temperatura.

Recorro 101 millas (187 kilómetros) y colecciono algunos minerales efectuando diariamente observaciones meteorológicas.

El 25 de Abril de 1875 parto hácia las costas de Africa, y en Mayo llego al islote Elobey, centro de mis exploraciones; las cuales relato á continuación, extractando todo lo posible.

Ahora puedo descansar de las incomodidades de un viaje que ha durado veintidos dias. Estoy en África. Mi vista se dirige con ansiedad al Oriente de este montón de arena llamado Elobey Pequeño. Distingo una lejana cordillera del color del cielo que le sirve de dosel. ¿Qué país es aquél? ¿Qué costumbres tienen sus moradores? ¿Qué religión? ¿Son conocidos sus rios y sus lagos? ¿Tiene en él su origen el rio Muni que ante mí arroja impetuoso enormes cantidades de agua á este mar siempre tranquilo? Todo se verá, y mientras tanto espero y arreglo el equipaje que está con las amarras rotas, sus ángulos abiertos, sus festoneras de plancha arrancadas y en rizo; además un cajon quemado, sin el barómetro y cronómetro que contenía.

La casa donde me instalo es la que construyó el Gobernador de Fernando-Póo para alojar un pequeño destacamento, retirado en Enero de este año.

Varios postes de hierro y madera sostienen el edificio-arca, parecido en su figura á los que como juguetes venden en las ferias de mi país. Una galería da frente al mar y dos escaleras nos permiten subir para conocer su interior. Tres son los compartimientos. Despensa, pabellones y sala de soldados. Tomo posesión del departamento central donde residía el rey de Corisco Combenyamango á quien espero de un momento á otro. En esta habitación se encuentra el lecho real, vasto entarimado capaz de contener todo un serrallo. Dos esteras de palma hacen de colchón; una mesa, tres sillas y una azagaya están en uno de los ángulos, y, pendientes de las paredes como adornos de ellas, se ven varias arañas del tamaño de una nuez.

A las doce y treinta minutos de la tarde viene un negro y me anuncia el desembarque del rey. Lo espero en la sala; no quiero que sus mujeres me sorprendan junto al lecho.

Combenyamango llega á la casa; me adelanto y, sin hacerle

saludo de sombrero, le tiendo la mano afectuosamente, después de lo cual nos sentamos. Viene acompañado de varios negros de ambos sexos que van poniéndose en cuclillas á su derecha é izquierda.

Antes de empezar la conversación, y con objeto de darle un giro favorable, mando sacar dos botellas de *brandy*, una de las cuales se descorcha produciendo esto en los circunstantes una alegría mal disimulada. El mismo rey pierde por un momento la gravedad de que forzadamente se reviste.

Llamo á un intérprete y no me es difícil encontrarlo.

Entrego al rey una carta del Gobernador de Fernando-Póo: en ella le ordena que me dé la mitad del edificio. Observo las tintas verdosas que toma la fisonomía de Combenyamango. Mira la carta una y dos veces y termina señalándose los ojos.

Interrogado el intérprete me dice que el rey no ha traído los quevedos y, por lo tanto, no puede leer...

Tengo que indicarle de varios modos el contenido del manuscrito. Luego que se enteran comienza una discusión animadísima. Todos hablan, y en medio de esta jerga infernal se oye continuamente el ¡He! ¡He!!, afirmación con voz fuerte.

Roció los labios reales con un poco de *brandy*. Las mujeres miran la botella con ojos de codicia.

Mientras tanto hago una escrupolosa observación en la persona de Combenyamango:

Unos cincuenta años, alto, ancho de espalda y fornido; algunas arrugas negras se extienden por su cara bronceada y en su cabeza, indicando ya su edad, se ven algunos rizos blancos. Sus ojos sanguinolentos, vivos, más bien son picarescos que audaces. Una nariz ancha y labios abultados, escasa perilla y un lunar en el carrillo, componen la totalidad de detalles fisonómicos. Grandes manos, enormes piés; un sombrero igual al que usan los campesinos de Castilla, un par de pendientes y un delantal de colores. Hé aquí á Combenyamango y su traje real.

La discusión continúa.

Pregunto al intérprete lo que se dice y me contesta que

« nada. » Doy entonces por terminada esta conferencia, y saludando en general me retiro á mi pabellón.

Poco tiempo después llega lo que yo esperó, un racimo de bananas y un cesto de yucas, presente que acepto pagándolo luego con un bastón de estoque y un puñal moruno de trabajado puño. Los esclavos de Combenyamango se llevan las esteras y la azagaya; les digo que también se lleven la cama y el rey viene en persona á indicarme que me la regala. Me extraña mucho tanta liberalidad, pero cambio el gusto de descansar en un lecho real por el de tenderme en una hamaca de viaje. Temo que pueda tener acompañantes y en esto eran infundados mis temores, como más tarde lo supe al introducir la brocha de pintura por ciertos resquicios.

El rey duerme esta noche en la despensa; no hay cama visible, si bien es verdad que le acompañan tres de sus mujeres.

Pocos días después, y cuando estoy tomando nota de los países cercanos, me llama Combenyamango. Está en consejo de ancianos. Un *buru* (negro ribereño) me dice que trajo su mujer á Corisco, y ésta, olvidándose de su marido, se acordó demasiado de un corisqueño. El *buru* fingió ignorar el hecho; dejó que transcurrieran quince días, después de los cuales invitó al corisqueño en cuya casa se alojó su esposa. Acudió á la invitación y le cortaron las orejas.—¡Le cortaron las orejas!—dice Combenyamango enfurecido y levantándose de un salto como un leopardo hambriento.

Me piden consejo. Les digo que ignoro las leyes del país, pero que lo que procede según el caso, lo que la ley, fundada en la moral y en la conciencia nos dice, es que los dos, ó mejor dicho los tres, habían faltado y se habían hecho acreedores á un castigo que difería en intensidad por... No dejan terminar al intérprete. Hay una discusión horrible. El consejero llamado Pitilanda acciona como un extraviado. Ya me voy acostumbrando algo á estas reuniones que al principio creí pudieran traer serios resultados.—¿Y qué vas á hacer? le digo al rey.—Cortar las orejas al *buru*, exclamó.—En este caso os ireis quedando sin orejas.—Quemaré su pueblo ó lo multaré en todo lo que posea.—¿Incluso sus mujeres?—Incluso sus mujeres.

No puedo ménos de reirme, le tiendo la mano y abandono esta habitación que echa un olor apestoso á aceite de palma.

Tengo que esperar varios dias. No encuentro un solo criado. Esta gente está acostumbrada á servir en factorías y temen que los lleve á cazar elefantes ó á pasar por mil peligros en el interior.

El Sr. Max Konigsdorfer, alemán, y representante de una casa comercial, pone á mi disposición una lancha de vapor que acaba de llegar de *Libre-ville*. Acepto y emprendo una excursión por el rio Muni y Utamboni hasta llegar á la aldea de Teemi de cuyo punto no paso por haber poca agua. Levanto un cróquis del rio y vuelvo con algunas noticias de la cordillera Ukudi-Masei (= monte lejano) que se ve desde Elobey.

7 de Junio. — Me embarco para Corisco: voy á esta isla para ver si puedo encontrar cargueros. El bote está lleno de negros que no dejan de hablar. Esta jerga marea más que el movimiento combinado de balance y cabezada. La casualidad me lleva á casa de un negro llamado Imama, educado por los misioneros españoles y que por lo tanto habla bastante bien el castellano. Lo primero que me dice es que no tiene nada para darme de comer. Me pregunto á mí mismo si tendré cara de hambre. Apetito no me falta; así, antes que de los criados, me ocupo de la comida. Después de muchas dificultades consigo un pato que me cuesta veinte reales y, aderezado con yuca frita y plátanos cocidos, es mi alimento durante este dia. Procuro comer de prisa porque este Imama va á dar fin al plato mientras yo descarno los huesos.

Hago una excursión por la isla, cubierta toda ella de vegetación, y veo una culebra negra que hace huir á Imama. Tengo que retroceder y vuelvo al pueblo con el cróquis de la isla, sacando también algunos dibujos y adquiriendo noticias.

La isla de Corisco presenta en general una llanura poco elevada: en la parte del Noroeste hay algunas colinas pequeñas y su punto culminante tendrá unos 60 metros de altitud: en la del Este y Sudeste se encuentran varias lagunas: las más meridionales llevan los nombres de Bololuebuañongo y Bololuebuamalale: el primero significa «Adios la leche,» y tam-

bién se traduce por « Aguas turbias ; » el segundo quiere decir « Adios las piedras, » es decir, piedras que se han marchado ó han desaparecido, y podríamos traducirlo por «Laguna de piedras hundidas:» sin la menor duda puede asegurarse que ha ocurrido algún hundimiento en el sitio que ocupan las lagunas de Corisco.

Consigo, por lo menos, un criado hermano de mi acompañante y que se me presentará mañana en Elobey. Aprovecho una embarcación y vuelvo á mi casa. Contrato á Elombuangani, el hermano de Imama, por cinco duros mensuales y ración. Es jóven, alto, fuerte y decidido. Este me conviene.

Compro un bote hecho de un tronco de árbol. Los negros le llaman *Ikingui* (= mosca); yo le doy el nombre de *Esperanza*.

21 de Junio. — Elombuangani se emborracha y tengo que aplicarle un correctivo.

22 de Junio. — Marcho á Elobey Grande. Estoy sin agua y es preciso buscarla. Desembarco en Booka-Gaalo (1) pueblo compuesto de cuatro chozas y una gallinera. Es la capital. El rey Bodumba reside aquí, pero ahora está pescando tortugas y no puedo verlo. Hago cuarenta y cuatro galones (200 litros) de agua y vuelvo á casa.

23 de Junio. — Al amanecer de este día, y bajo una atmósfera encapotada, salgo para Inguina, pequeño pueblo de los Vengas situado al Norte de la bahía y no lejos de la punta Mosquitos ó Yondo. Tres horas tardo en llegar, pasando con muchas dificultades las primeras rompientes de la costa.

Elombuangani es tan buen marino que atraviesa el bote cuando rompe una ola. El pueblo de Inguina, apoyado en una ladera de segundo orden, se halla muy cerca de la playa. Al verme se reúnen todos los habitantes y me rodean mientras que mi criado satisface las preguntas de aquellos curiosos. Un negro llamado Booca, á quien hace días curé en Elobey una úlcera, me ofrece su casa que es baja y de malas condiciones

(1) Booka-Gaalo significa « pueblo de galones : » sin duda los habitantes eran aficionados á los galones dorados que se venden en las factorías.

como las demás. En ella dejó el equipaje después de sujetar el bote. Booca me habla del rey Gaandu, jefe de los Vicos, diciendo que es un hombre astuto y perverso que no quiere entregarle su hija por la que ha dado una gran cantidad de mercancías.

Esto sucede comunmente, y á ello da lugar la manera como se verifican en este país los matrimonios. El hombre tiene tantas mujeres como se lo permiten sus bienes de fortuna, pero ordinariamente suelen ser tres ó cuatro. Dos jóvenes de ambos sexos simpatizan y determinan casarse. El novio habla al padre de su futura y éste le exige una cantidad de mercancías, que ordinariamente se valúa en treinta ó cuarenta duros. El novio ofrece ménos; el padre se muestra inflexible, y mediando muchas discusiones, acepta el novio y da al padre la cantidad convenida, recibiendo á cambio la que desde aquel momento es su mujer. Algunas veces, después de cobrada la cantidad, el padre de la novia no está dispuesto á entregarla, y esto precisamente le sucedía al pobre Booca.

Mucho hablo con estos indígenas de los malos resultados que da el sistema que siguen en sus matrimonios, pero dudo que me entiendan. Prometo quejarme á Fernando-Póo de la conducta de Gaandu; vendrá el barco de guerra y castigará al reyezuelo.

Al decir esto saco mi diario y anoto. « Los naturales de Inguina se sientan con las piernas cruzadas, » y en seguida leo en voz alta. « Justa queja de Booca, al gobernador de Fernando-Póo, para que mande castigar al rey Gaandu. » Quedan satisfechos, y la verdad es que estas medidas producen resultados.

Determino partir para internarme en la selva; quiero ganar hoy el cabo San Juan. Nuestro guía va armado de un fusil de chispa. Los bosques espesos de estos lugares están habitados por muchas panteras, búfalos, elefantes y jabalíes; algunas veces se encuentran *gorilas*. El terreno está cubierto de hierro oligisto y se eleva en colinas paralelas, del NO. al SE., formando los primeros estribos del sistema Bumbuanyoku (= cabeza de elefante.) El *elais guineensis* abunda mucho, la teka, el cedro, el caobo y la ceiba son los árboles más gigantescos

que crecen en las laderas de las colinas; el *jatropha Manihot L.* (cazabe), y el *musa sapientum* (bananero), se encuentran en las cercanías de la población. Veo solamente dos aves que no puedo matar. Llego á las fuentes del río Inguina, constituidas por varias lagunas en las que apago la sed valiéndome, según uso del país, de una hoja ancha que luego rompo y arrojo lejos de mí. El guía habla con Elombuangani; los dos examinan el suelo y señalan varios puntos que me parecen ser huellas. Mi criado, en su chapurreado español, me dice: — ¡Tocino! — Comprendo que han encontrado huellas de jabalí.

Después de haber avanzado algo más, me dice el guía que nos sorprenderá la noche antes de llegar á cabo San Juan, y como no tenemos tienda decido volver á Inguina.

Al llegar á este punto me cuesta trabajo encontrar provisiones, pues á cambio de gallinas, huevos, etc., quieren un garrafón. Tengo que conformarme con un huevo cocido, dos bananas y una taza de té. La noche llega, y mi criado viene diciéndome que Booca no me quiere llevar nada por el tiempo que he estado en su casa por la tarde, pero que me pide tres *fullas* (tres pesetas), por la cama. Dudo si todo es obra de Elombuangani ó especulación de Booca.

Paso á otra choza; la cama es como todas las demás. Un tablero de varillas de bambú, elevado dos piés (60 centímetros) sobre el suelo y sostenido por varios soportes de madera. Una estera y un trozo de tela, que en algún tiempo hizo las veces de mosquitero, componen tan muelle lecho. La choza sucia, muy sucia, está llena de cajones, montes de porquería, enormes telas de asquerosas arañas, y una atmósfera de humo que me hace salir llorando varias veces. Viendo que también se me niegan hoy las provisiones, salgo armado por la calle y mato una hermosa gallina que se me ha puesto á tiro. Doy por ella un *fulla* en tabaco y el dueño queda satisfecho. Después del desayuno entretengo á estos infelices con la brújula y un hierro imantado. El asombro al principio es grande, pero pronto se convierte en indiferencia. Nadie me pregunta en qué consiste que las agujas bailan sin tocarlas. Los viejos y viejas huyen diciendo que la brújula es una caja llena de espíritus.

El guía que nos acompañó ayer no está en la población, y nadie, según se me dice con un descaro espantoso, conoce el camino de las selvas. Decido tomar la vía de la playa para llegar á cabo San Juan. La jornada será penosa, pero sacaré algún fruto. El bote y su aparejo quedan á cargo de Booca, á quien prometo grandes regalos. La marea está en su máximo y la playa se encuentra inundada, por cuya circunstancia tengo que descalzarme, caminando de este modo sobre un fondo resbaladizo unas veces, y otras sobre agudas rocas que me lastiman extraordinariamente.

Cerca del promontorio Bangüe es lamida por el mar la base del bosque, y tengo que internarme en este por un estrecho sendero. En las selvas, pisando plantas y palos, me encuentro mejor. Llego á la aldea Bangüe, situada en los acantilados de la costa, último pueblo Venga y en el límite del país deshabitado que se extiende hasta cabo San Juan. Bangüe se compone de cinco ó seis chozas; una de ellas es la misión anglicana dirigida por un sacerdote negro tan amable, que se esconde cuando me ve.

No me detengo y bajo, por el Oeste del promontorio, á las solitarias playas recorridas algunas veces por grupos de negros armados. Las fieras de todas clases abundan mucho, y sus huellas quedan marcadas en la fina arena que cede con facilidad á mis pisadas, fatigándome bastante. Desde la playa comienzan á elevarse las colinas que son estribos del sistema Bumbuanyoku, cubiertos de selvas espesísimas y llenos de vegas que les dan el aspecto de una cordillera ó cadena con cimas de *puy* ó *pueyo*, es decir, de formas esféricas. Paso los arroyos Luanyombo, Ñat ó Ñate (= búfalo), y Coondo que, lo mismo que el Meduma, no comunican directamente con el mar, teniendo sus riberas tapizadas de rica vegetación. Por la abrasada arena veo correr asustados á infinidad de cangrejos de color rojizo acaramelado que supongo sean el *xanthus floridus*. Otra vez aparece la playa inundada, y tengo que tomar el camino de las selvas, lleno de cuevas y muy molesto por estar el sendero obstruido con ramas, lianas y troncos derribados. A este camino le llaman los negros Goloedibanaquide.

Media hora después desciendo á la orilla; pero grande es mi asombro al verla nuevamente cubierta por el mar, y que cerca de mí se levanta una informe masa de rocas, llamada el promontorio Meyaye, azotado en su base por grandes rompientes. El nuevo camino que tomo se llama Goloyunobi, y es tan accidentado como el anterior. Desde su parte culminante, observo el promontorio Meyaye con su profunda sima que comunica con el mar. En época de lluvias se desprenden por este agujero grandes cantidades de agua, formando una imponente catarata. No hay duda que la acción continua de aquélla ha producido tan grande abismo. Se llama Uyambalala y echa un olor fétido. Mis criados me hacen observar varias huellas de leopardos, y me dicen que pronto encontraremos una especie de gruta en la que siempre hay de aquellas fieras. Preparamos las armas y avanzamos con el oído atento y la mirada vigilante. La gruta aparece y sólo se ven en su entrada algunos huesos y plumas. No trato de explorar esta cavidad. Una sola pantera no puede darme que hacer, pero si en vez de una encontrase varias y con crías, hubiera perecido en la lucha.

Desciendo á la playa por un camino escabrosísimo. Las laderas rocosas del promontorio Meyaye forman casi un precipicio. La vegetación detiene nuestros cuerpos. Otra vez la playa inundada. Creo que nunca nos vamos á separar de este Cabo. ¡ Siempre en el Meyaye! Tengo que internarme. El terreno se presenta llano, pantanoso y cubierto de plantas espinosas que desgarran mis ropas y mis carnes. Los criados sufren mucho porque sus desnudos cuerpos son heridos continuamente. Después de ascender á una colina bajo á una vega, por cuyo fondo corre un arroyo de profundo cáuce y que parece infranqueable. Lo paso por cima de un tronco, delgado, anguloso y sin apoyo fijo. Estoy rendido, jadeante de fatiga, de tanto subir y bajar, de tanta caída: voy enredándome en las lianas y dando golpes con la cabeza en las ramas de los árboles, que no me permiten ver las anchas alas de mi sombrero cubano. El chirrido del *Iyenyenyé*, pequeño coleóptero que abunda mucho en los bosques, me molesta de tal modo, que intento dar fuego á un árbol cuajado de estos importunos mí-

sicos. Salgo á la playa. Elombuangani mata una zancuda, y poco después le rompo el ala á un frailecillo que está en situación cómica sobre una roca. Atravieso un banco cubierto de millares de ostras. Más adelante veo el botalón de proa de un vapor inglés que naufragó en estos mares. Después una vértebra de ballena. Paso el arroyo Nengueayono. Tengo al Norte el promontorio Boota tan considerable como el Meyaye. Apenas me siento con fuerzas suficientes, mas por fortuna lo atravieso con facilidad. Mis criados apoyan ligeramente sus piés en la playa y yo me entierro hasta los tobillos. Nuevas huellas de panteras y de búfalos; caminos abiertos por los elefantes. Vadeo los arroyos Egogo, de excelente agua potable, y más al Norte paso el Utande. Estoy viendo el cabo San Juan, llamado por los naturales Ñenye, pero antes de pasarlo no puedo menos de detenerme á observar un curioso fenómeno de los bosques. Es el *uyinguilongo*. Un gemido triste se oye por largo rato, cesa para luego empezar. Diríase que son los ayes lastimeros del moribundo que sufre crueles dolores. Mis criados me dicen que este ruido lo producen dos bambúes que se rozan al moverlos el viento. No me encuentro con ánimo de luchar otra vez con plantas espinosas, y determino observar de cerca este fenómeno en el viaje de regreso.

Estoy pisando el cabo San Juan, cuando observo que las plantas del bosque, que sólo distan unos veinte pasos, se mueven como impulsadas por un poderoso motor. Elombuangani, dando un paso atrás y agarrando instintivamente la carabina exclama: *¡Yoku! ¡yoku!* (Elefante, elefante). Miro al mar como segura retirada después de hacer fuego.

El ruido cesa. Sólo el *uyinguilongo* sigue produciendo su triste quejido. Avanzo y veo las huellas del coloso de las selvas, y una platanera tronchada completamente. Doblo el cabo que se presenta bajo y terroso. En su punta se agitan las olas con extraordinaria furia. Cubierto de una exuberante vegetación, parece un florero puesto en el mar. Muchos caminos desembocan en la playa como túneles de verdura.

Por fin, rendido de cansancio y con un hambre canina, después de doblar los pequeños cabos Ibondibondi, Belongo,

Ebino (=envidioso) y Bepokolo (=sombbrero), aparecen á mi vista la confluencia del río Ñaño y tres aldeas en la costa elevada que la sigue. Por sus chozas se escapan espirales de humo. Aquellas aldeas son las de Satome, la capital del territorio, último punto que debo alcanzar en esta penosa jornada.

Hago dos disparos, y pronto llega Manuel Boncoro (Ukam-bala), hijo del difunto Boncoro II, que entregó su territorio á España. Este jóven ha sido educado por los jesuitas españoles, ha servido en nuestra Marina y ha visitado Europa y América. Es ya, por lo tanto, muy diferente de sus compatriotas. Nos manda una pequeña canoa y puedo pasar á la otra orilla, aunque con algún trabajo, porque la embarcación apenas puede sostener el movimiento combinado de las aguas del mar con el de la corriente del río. Subo á la población por un sendero estrecho y pendiente. Elombuangani observa que de diez huevos que ha comprado para poner la comida, nueve están empollados. Al cuarto de hora de llegar tratan de engañarme. El rey está ausente. Cierra la noche, y en las primeras horas me dedico á tomar notas sobre este rico territorio que tenemos abandonado.

Veo el sepulcro del rey Boncoro II, que consiste en una especie de tejado á dos aguas hecho de bambú y que cubre la osa. Un poste, trabajado por manos europeas, se eleva á tres metros y sostiene una tabla en la que se lee lo siguiente: «El rey Boncoro II falleció el día 23 de Diciembre de 1874.» A poca distancia se halla clavado un palo de más de doce metros de altura, y en su tope ondea un trapo roto por los vientos; los colores amarillo y encarnado que en dicho trapo con trabajo se distinguen, indican que son los restos de una bandera nuestra.

28 de Junio.—A las seis de la mañana estoy en pié dispuesto á regresar á Elobey. Tampoco en Satome *conocen* los caminos del bosque, y tengo que volver por la playa. Acampo en Egogo y hago lumbre con la carabina. Los fósforos de Europa no valen para estos países. Se me acaba el tabaco y fumo hojas de árbol. Me embarco en Inguina y llego á Elobey Pequeño á las diez de la noche. Mis piés están hinchados. El derecho tiene una úlcera.

29 de Junio.—Vuelvo á Elobey Grande. Hago excursiones y encuentro á Gaalo, otro de los hermanos de mi criado, que me obsequia convidándome á comer. Una barrica, que ha tenido aceite de palma, sirve de mesa, y el pescado y los plátanos cocidos sin sal son los principales y únicos platos.

30 de Junio.—A las nueve de la mañana enfilo la punta Bangüe, y con viento fuerte, que hincha la mayor, mesana y foques, hago rumbo á Satome, la capital del territorio de cabo San Juan. La mar está gruesa, y de vez en cuando entran algunas olas dentro del bote, mojándonos bastante. A la altura del promontorio Boota me sorprende una gran lluvia con la que me acabo de empapar completamente. A las tres de la tarde ya saben los sanjuanenses que se acerca un español; la bandera puesta en la popa del bote ha sido vista desde las playas. Entro en el río Ñaño, y varo en sus riberas cubiertas de paletuvios. Por un corto camino de la selva gano la población de Satome, dividida, según ya dije, en tres barrios, cada uno de los cuales forma una calle que tiene diez ó doce chozas. De manera que la capital tiene unas treinta y cinco casas, algunas de ellas tan pequeñas como el más insignificante pabellón de nuestras habitaciones de Europa. La choza de Manuel Boncoro se me da como alojamiento. Obsequio á este jóven regalándole una escopeta inglesa y algunas fruslerías, y le prometo un retrato, un juego de barajas, un libro de geografía, medicinas para el dolor de riñones y la caja de un peso. Todos estos objetos me han sido pedidos, con lo que se comprenderá lo pedigueña que es esta gente. La noche refresca, pues estamos en la época más fría del año, y determino aprovechar sus primeras horas para hacer una visita al rey Boncoro III, que vive en la otra barriada. El palacio real se diferencia de las demás chozas porque tiene una ventana con cristales de colores, que sin duda alguna perteneció al desgraciado *Macgregor*, buque inglés que naufragó en la entrada de la bahía de Corisco. Sorprendo á S. M. haciendo una red de pescar. Me recibe bien, porque, según me dice, soy médico, y él padece mucho del estómago. Termina la conferencia proponiéndome que le compre goma elástica.

1.º de Julio.—Al salir el sol me embarco para el río Aye, situado más al Norte de cabo San Juan. La costa está bastante poblada; se eleva algo y se halla cubierta de vegetación. Paso la punta Mabuque y la de Iboto (= traje): cerca de ellas se eleva el Ukudi-Mangonde (= monte de la Luna). Igombegombe (= paraguas), territorio que distingo, pertenece á los Valengues, tribu independiente. A lo lejos veo el verde islote Ibunya (= silla) y la punta Beloe; cerca de ella se encuentra el pueblo de Italamanga, cuyo nombre significa «El que habla con el mar,» que podríamos traducir también por «Amigo del mar.» Esta población pertenece igualmente á los Valengues: los naturales de esta tribu no son aficionados á vivir en las costas, por lo cual bien pudieron llamarse amigos del mar los que no tuvieron inconveniente en venir á establecerse en sus orillas. Una série de rompientes á nuestra proa me indica la punta Baga, cerca de la cual *La Esperanza* está á punto de irse á pique. Según mis criados, sólo la influencia de la palabra *ukeba*, *ukeba* nos ha salvado.—Tengo mi *buangua* (= fetiche), dice Elombuangani, y no nos comerán los tiburones.—Llego á la barra del Aye y comprendo que mi bote es demasiado pequeño para pasar por aquella línea de escollos, de espuma y de remolinos. Confío en Boncoro, que se titula práctico. Paso la primera rompiente. Conozco que vamos mal, pero antes de poder enmendarlo se desploma sobre nosotros una ola enorme. Arrollados en el remolino y con una velocidad vertiginosa, somos cogidos por otra rompiente que nos echa con fuerza cerca de la playa. Ignoro el por qué no se ha ido al fondo el bote, pues está lleno de agua. Después de retirarlo subo á la población, situada en una pequeña explanada, y me alojo en una choza que pertenece á un tal Mete, hombre gigantesco que habla el inglés con alguna perfección. A pesar de sentir violentos dolores de vientre, salgo á cazár búfalos á las praderas Ukumbanguba; paso los pantanos Belalale, de cenagoso fango, poco distantes de la punta Ilende, cuyo nombre significa «El que escribe,» y al cabo de dos horas puedo hacer fuego sobre un hermoso toro que atravesaba sin vernos un espacio libre de vegetación. El animal, herido, se sacude

y se dirige á mí en veloz carrera. No pierdo un instante y trato de subir á un grueso árbol que por desgracia está lleno de hormigas. Cuando llega la fiera estoy á unos doce piés (más de 3 metros) de elevación. Las ramas están más altas. Las hormigas me muerden, y la posición es violenta. Comprendo que no podré estar así mucho tiempo, y llamo á Elombuangani en mi auxilio, mientras el búfalo cornea las raíces de mi refugio. Siento un disparo, el búfalo muge con fuerza. Yo no puedo más, voy resbalando. El animal debe agitarse violentamente. Suena otro disparo, que me salva, porque comprendiendo nuestro enemigo el peligro en que se encuentra, huye á través de la pradera, dejando un rastro de sangre. Me dejo caer al suelo y tengo que desnudarme. Estoy plagado de hormigas. Los dolores de vientre son intensos y determino volver. Apenas puedo andar. Cerca de la laguna huye la luz de mis ojos y caigo sin conocimiento. Cuando vuelvo en mí es de noche. Mis gentes están á mi lado hablando y fumando. Me han puesto en la cabeza lodo de los pantanos. Me hago conducir al pueblo. Siento un malestar como nunca lo he sentido. Parece que se me escapa la vida. Temo por mi familia y la escribo la que yo creo última carta. Cierra mis ojos un profundo sopor. Medio cuerpo tengo frío. Mi último pensamiento lo fijo en Dios con religiosa resignación. A media noche puedo tomar un vomitivo. Horas después me siento mejor.

Transcurren unos días, y estando completamente restablecido salgo por el río Aye con el objeto de levantar su plano y ver si cazo algún hipopótamo.

Dos piraguas nos conducen al río Aye y, además de mi carabina, cuento con la de Elombuangani, con la de Ukambala y con la de Thom, mulato portugués que estaba en Aye al frente de una factoría. El cielo está sereno y preludia uno de esos días abrasadores en los que no se mueven las hojas de los árboles, ni oscila la llama de las hogueras, ni alteran el silencio de las selvas, las mil aves variadas que las habitan, porque agobiadas por el calor se guarecen en el fondo más oscuro del ramaje, buscando en la sombra una débil defensa contra los ardores del sol. El río apenas tiene corriente y sus turbias

aguas tranquilas no reflejan la grandiosa vegetación de sus riberas, ni aun las caprichosas raíces de los paletuvios que se extienden como patas enormes de pulpos gigantes.

Los remeros introducen sus palas en el agua sin producir el menor ruido, y las piraguas avanzan silenciosas. Al doblar los recodos atracamos; Thom salta á tierra y, caminando con la agilidad de un mono por entre las raíces, examina el curso del río para ver si encuentra hipopótamos. Esta operación se repite una porción de veces. Es muy difícil descubrir los arroyos que desembocan en el río Aye porque sus confluencias están cubiertas de vegetación, que en nada se diferencia de la que se extiende á lo largo de las orillas. Se presenta, en la ribera derecha, un terreno descubierto en el que abundan mucho el plátano y la yuca, y me dicen que es una plantación de varios pueblos que vamos á encontrar, y que se llama Sumbondungo. Poco tiempo después, aparecen Ñonyo y Buenye, en la misma orilla que la plantación. Sus naturales, agrupados en la playa y cerca de las canoas, exclaman: ¡Gubu! ¡Gubu! que quiere decir hipopótamo. Temo que estas voces, repetidas por el eco del río, asusten á los animales que vamos á cazar, pero Elombuangani me asegura que la palabra *Gubu* dicha de cierta manera, no sólo no asusta á los hipopótamos, sino que si éstos están en el fondo del río, salen á la superficie para oírla mejor. Bien pronto dejamos atrás á Masomo, pequeño pueblo elevado en la ribera izquierda, y desde este punto el río, aumentando en profundidad, disminuye en anchura. Es lo más probable, según me aseguran los remeros, que en esta parte encontraremos hipopótamos. Se aumentan las precauciones, navegamos con lentitud; no se vuelve un recodo sin haber examinado antes la continuación del río, y después de tanta pesquisa y de tanta maniobra llegamos, rendidos de calor, y con un apetito muy desarrollado, al pueblo de Gamba (=abuelo) donde determino comer. Lo primero que procuro es beber un vaso de agua caliente, con el objeto de hacer desaparecer esa sed cruel que se apodera en las largas jornadas, y que, no teniendo por causa la necesidad de introducir agua en el estómago, no se calma sino con líquidos calientes, aumentándose con los frios.

Las adiciones de azúcar, limón, naranja, vinagre, licores, etc., no producen efectos satisfactorios, y únicamente un poco de alquitrán Guyot basta, en algunos casos, para hacer desaparecer ese estado particular de las glándulas salivales.

Estando comiendo me dice Elombuangani que, por los resquicios de la choza, puedo ver la ceremonia de un *buru*, Valengue, que se había suspendido por mi llegada, pues á esta gente no les gusta que los de otra raza presencien sus reuniones fetichistas. Un grupo de gente, formando círculo, está situado muy cerca de mi choza. En el centro del círculo hay un negro completamente desnudo, y á su lado un niño en el mismo estado de desnudez. Según Elombuangani son padre é hijo. El padre se introduce en la boca diferentes veces un *Utumba* (hoja de plátano sin desarrollar), y arroja una saliva viscosa que deposita en un caracol en el cual hay también plantas de diferentes clases. Terminada esta operación da al hijo el caracol y le hace beber el contenido, después de lo cual los espectadores, que permanecen silenciosos, dan tres palmadas. Tomando el padre una actitud cómica, y colocando la mano en el pecho de su hijo, dice en alta voz: «Tú, hijo mio, serás valiente, matarás al que te haga daño, cazarás para tu padre y tu familia, serás amigo de los buenos, pero al que te haga daño cortarás la cabeza con este *Ukuaki* (cuchillo de dos filos) y depositarás en el *Goolo* (= caracol), que te entrego, tres gotas de sangre.» Terminada la ceremonia, se retiran todos á una choza en la que se beben sendos vasos de vino de palma.

Después de hacer algunas anotaciones en mi diario, vuelvo á embarcarme. Media hora más tarde nos dice Thom que dos hipopótamos se hallan en un recodo del río, y á muy poca distancia, pudiendo tirarles perfectamente desde tierra. Desembarcamos: dejo en la canoa todo lo que puede estorbar, y con cuatro cartuchos y la carabina, salto á las raíces de los paletuvios. Con gran trabajo, y después de hacerles esperar unos minutos, me incorporo á mis gentes, veo dos objetos negros proeminentes que salen del agua agitándola: desaparecen para volver á aparecer pronto, más cerca ó más lejos. Algunas veces se elevan surtidores de agua á poca altura. En un momento

favorable disparamos los cuatro contra uno de ellos que se vió muy cerca. Desapareció: algunas burbujas de aire y una mancha roja se ven en la superficie de las aguas. El otro también se ha sumergido. No me queda duda de que ha sido herido, pero desconfiando de poderlo coger en el momento, decido aguardar para ver si vuelven á salir. Mi gente queda apostada mientras que yo me embarco, y en el otro recodo del rio trato de averiguar la velocidad de la corriente con una corteza hueca atada á un hilo muy fino. Repetida la operación una porción de veces, me da por resultado un kilómetro por hora en la superficie y centro del rio; este cálculo sólo es aproximado teniendo en cuenta el aparato de que me he valido. Cansado de esperar, determino partir.

El pequeño pueblo Bila aparece en la orilla derecha del rio Aye, el cual se estrecha de una manera muy notable desde este punto. Se hace muy tortuoso su curso y la velocidad de la corriente aumenta, disminuyendo el fondo. Avanzamos poco y los remeros están fatigados. Buanga (= medicina ó fetiche) es el último pueblo que encontramos. Sus habitantes se chancan con mi gente hasta el punto de insultarlos. Elombuangani quiere disparar, pero le contengo. La contracción de los músculos de su cara me indican la salvaje cólera de que está poseído, y si lo dejara, sería capaz de dar fuego al pueblo. Las risas estrepitosas y las pullas continúan en la orilla, y llegan á molestarte hasta tal punto que determino saltar en tierra, decidido á poner en práctica un plan poco menos atrevido que el de Elombuangani. Al ver los indígenas la maniobra de las piraguas, en vez de huir se sientan á esperarnos, y esta nueva muestra de desprecio me irrita tanto que estoy dispuesto á mandar hacer fuego sobre esta canalla burlona. Antes de que el fondo de las canoas toque en tierra salta Elombuangani, y sordo á mis voces, avanza, derribando de un culatazo al primero que se le puso por delante, pero demasiado pronto lo agarran y le quitan su carabina. Esto ya es serio y apunto con la santa intención de ahuyentarlos, pero me detengo al ver que, con los brazos levantados y sin armas, se dirigen á la orilla gritando: *Yuendi boi, yuendi boi* (Nosotros somos amigos). Contenido

Elombuangani, habiéndole devuelto su carabina y tranquilizado todo, me cuentan la causa de las bromas que le habían dirigido. Elombuangani, pocas lunas anteriormente, había tenido una novia en Buanga; los padres de ella no veían sin disgusto aquellas relaciones con un corisqueño y determinaron cortarlas, pero antes de poder obrar habían huido los dos amantes. Se organizaron partidas y corrieron por el bosque y por el río, situándose unos cerca de Gamba, otros algo más arriba y los terceros descendiendo la corriente con toda la velocidad posible. Elombuangani fué cogido cerca de Gamba, recibiendo una paliza como premio de su conducta. Los buangueses recordaron á éste aquella hazaña en el momento en que pasábamos con las canoas, y lleno de indignación y de celos no tuvo inconveniente en decirme:—«Señol, ese gente de Buru dise cosa malo para tí.»

Embarcados de nuevo, seguimos subiendo el río convertido en arroyo. Un árbol gigantesco; una enorme ceiba algodонера habia caido atravesada en el cauce y era un obstáculo para continuar navegando. Al otro lado de este puente natural se presenta el Aye lleno de piedras. El monte Bumbuanyoku, que en lengua del país significa «cabeza de elefante,» se presenta al Este cubierto de vegetación, en especial de árboles de ébano. Avanzo por las piedras unas millas más, por ver si dicha eminencia era visible de otro punto. La vegetación la cubría completamente. Tomo por las selvas una dirección Noroeste y llego por fin á encontrar un punto desde el cual se ve distintamente la cima del monte. Retrocedo al lugar donde están las canoas tomando cuidadosamente la dirección. Hago noche y al siguiente dia mido la base, con todo el esmero posible, y sitúo el Bumbuanyoku hallando que su altitud es de 585 metros. Al Norte de él se halla el Ukudi-Mutubue, cuyo nombre significa «monte grande ó del déspota,» en el que abundan las rocas tálcicas y que se elevará á unos 420 metros. La vuelta al pueblo de Aye se hace sin novedad. Fuertes dolores de vientre me incomodan en todo el camino, que sigo por las selvas, cortando los varios afluentes que el río recibe por su orilla derecha. Las canoas llegan antes que yo.

Al regreso de esta expedición vuelvo á pasar otra noche en un pantano esperando búfalos. Herimos equivocadamente á una mujer en un muslo. Esto produce un disgusto general en el pueblo; lo cual, unido á que continúan los dolores de mi vientre, hace que me embarque para Elobey. En la barra nos vemos mal. Salto á tierra cerca de Igombegombe. Sigo el camino de la playa, y después de atravesar el arroyo Iyono con agua hasta el pescuezo, llego á Satome á las ocho horas de haber salido de Aye. El bote llega una hora después. Marcho hácia Elobey, y el viento me hace arribar á Yondo. A la noche salgo fuera de la choza y caigo en un hormiguero. Hay que desalojar tres casas y poner una barrera de lumbre. Las mordeduras que he sufrido me desazonan. Aprovecho la buena brisa y marchó á Elobey, donde llego á las seis de la tarde.

12 de Julio.—Vuelvo al cabo San Juan. Padezco una disentería que me molesta bastante. Salgo para Iboto y visito al jefe del pueblo, que no deja de pedirme diferentes objetos hasta que marchó. Visito á Boncoro III; le regalo una carabina Minié que rehusa por estar algo oxidada. Después me la pide una porción de veces, pero no se la entrego. Estoy mal, muy mal. Mañana marchó á mi casa y no haré más excursiones hasta que restablezca la salud.

17 de Julio.—Abandono Satome. Caigo desmayado tres veces. Una fiebre intensa me devora...

8 de Octubre.—Durante estos tres meses pasados he sido víctima de una enfermedad que me ha dejado sólo con los huesos y sin pelo. Todos mis negocios han naufragado. Mis mercancías han sido repartidas entre los Vengas del cabo San Juan. Estoy lucido. Si no lo tomo á broma puede producirme una recaída que será mortal. Me dedico á tomar notas geográficas, á hacer colecciones de Historia natural y á observaciones meteorológicas.

19 de Octubre.—No puedo dominar mi impaciencia por ex-

plorar, y salgo para Elobey Grande, á cuya isla doy vuelta levantando su plano.

27 de Octubre.—Marcho á Satome; he tenido una confianza de que han llegado algunos sacos de goma elástica, y voy á apoderarme de ellos. En un agujero, situado al lado de una choza, encuentra Elombuangani seiscientas treinta y una cabezas de goma, y me las llevo á cuenta de lo que me deben. El rey tiene fiebre y ha mandado construir otra nueva casa en la que se entrega todas las noches á bailes extravagantes, bajo la dirección de los feticheros. Me regalan una cabra y parto para Elobey, decidido á emprender á la mayor brevedad un viaje por los rios. Mi salud es excelente, y creo que pronto se llenarán los vacíos que noto en mi cuerpo.

13 de Noviembre de 1875. — A las tres de la tarde empuño el timón de *La Esperanza* y la aproo á la punta Ukoko en la confluencia del rio Muni. Un *bilis* fuerte hincha las tres velas del bote, que parte rápido, dividiendo con su atrevido tajamar las juguetonas olas de la bahía. A las tres y veinte minutos paso bordeando el enorme pontón inglés *Príncipe Real*, verdadero almacén de mercancías europeas, destinadas al cambio por goma elástica. Entro en el rio Muni; su anchura de dos millas le hace aparecer un brazo de mar. Las orillas están cubiertas de mangles, cuyas raíces carcomidas salen fuera del agua, formando con sus caprichosas curvas túneles y pasadizos, en cuyo fondo de miasmático cieno bullen infinidad de cangrejos. Dejo atrás la punta Bini, en la orilla izquierda, y las confluencias pantanosas é insalubres del arroyo Ugobo, que forma un *peto*, nombre que dan los Vengas á los deltas ó islas formadas de vegetales, generalmente paletuvios, cuyas raíces se desarrollan en agua dulce ó salada y lo mismo se ven fuera de las corrientes que en el fondo de ellas: bien pronto se elevan las riberas formando un promontorio, límite del dominio español y residencia de Gaandu (= cocodrilo), rey de los Vicos. Hermoso ramillete de palmeras cubre la cima de la punta Botika, que éste es su nombre, y hace que parezca, desde cierta distancia, un vistoso florero, tanto más bello,

cuanto que sus menores detalles son reflejados en las serenas y azules aguas del río. La noche avanza con rapidez; es preciso que salte en tierra y me albergue en una choza. Veo dos pueblos, llamados Munuñumuañongo. Los negros salen á la ribera y agitan sus brazos. A lo lejos puedo distinguir sus delantales de hojas amarillas. Al doblar la punta Botika aparece otra aldea. Es Combo. En ella pienso hacer noche. Mando coger los fusiles y hago tres descargas. Es el saludo que doy al rey: pronto me contestará. Llego á la orilla: una porción de curiosos me contempla. Antes de llegar al pueblo, para subir al cual hay un sendero pendiente, tortuoso y resbaladizo, veo venir cuatro hombres armados de carabinas: se colocan á mi lado y de frente, con el aplomo de viejos militares, sin mover apenas una ceja, hacen tres descargas, durante las cuales nadie se ha movido de su puesto ni ha hablado una palabra. El rey Vico me recibe como amigo, porque contesta á mi saludo. Aún no se ha disipado el humo de los últimos tiros, cuando toda esta gente se ha puesto en movimiento, gritando desaforadamente al pronunciar los nombres de mis criados, á quienes conocen. Comienza la ascensión: tras de mí sube, empujada por cinco hombres, una pipa de rom de 22 galones (100 litros), que destino al cambio de gomas. En el bote queda uno de mis sirvientes guardando las otras mercancías.

La aldea de Combo tiene doce chozas bajas, toscas y sucias; forman todas una calle y yo ocupó una de las últimas. Me entretengo en enseñar á los circunstantes algunos juegos de manos. Al principio se muestran sorprendidos, pero luego los miran con indiferencia. Poco tiempo después me obsequian con una gallina y un trozo de yuca. Correspondo con una cabeza de tabaco y dos pipas. Retiro al centinela del bote y mando subir el resto del equipaje para colocarlo en mi choza. La lluvia que cae en este momento es torrencial. Tomo noticias de los países vecinos, y me dicen que en el río Bañe, afluente del Utongo, hay una grande escasez de víveres, porque los elefantes, monos y jabalíes, han destrozado completamente las plantaciones. Determino partir á este punto mañana á las doce, ó sea al medio día. En este momento son las diez de la

noche, y alumbrado por la triste luz de la *vea*, apoyado en mi maleta, tomo notas del país.

Los Vicos forman una tribu, extendida por la orilla izquierda del río Muni, desde su desembocadura hasta la confluencia del Utamboni. Se extienden también por el interior y forman los pueblos ribereños de la parte meridional de la bahía de Corisco hasta la punta Madekele, inmediata á la boca del Munda. Algunos descontentos de esta tribu han fundado pueblos en Yeke, orilla derecha del Muni, y en el punto donde confluye con el mar. La capital del país es Ulombe, situada en la parte culminante de punta Botika, y en la que reside el rey Gaandu, viejo desdentado y perverso, capaz de mandar cortar la cabeza al que le diga que ya vivirá pocos años, á causa de su edad. Á pesar del poder absoluto del rey, el gobierno es patriarcal, y si una familia no cree conveniente obedecer las órdenes del soberano de Ulombe, sale del territorio y se establece fuera de los dominios vicos, obrando independientemente. Forman pueblos pequeños, aunque agrupados. Son del mismo origen que los Vengas, y su idioma apenas se diferencia del que hablan los naturales de Corisco. La religión es la misma que la de aquéllos, y no hay choza de que no pendan multitud de fetiches. La agricultura se reduce al cultivo de los plátanos y yucas. La industria á la extracción de aceite de palma, de la goma elástica, y á la construcción de canoas y chozas. El comercio es poco activo. Cambian los productos de su industria por artículos europeos. Son fuertes y desarrollados; usan delantales de hojas y brazaletes de piel de mono. Se dejan, en la parte anterior de la cabeza, un mechón de pelo, que peinan con cuidado. En los bosques del interior, donde abundan mucho los elefantes, tienen que valerse de medios ingeniosos para proteger sus plantaciones. Generalmente colocan una valla de bejuco, de la cual penden varios caracoles vacíos (*orthalicus*, *bullimus*, *flammigera*). El viento los tiene en continua oscilación, chocan entre sí, y el ruido producido, extraño á los animales de la selva, es suficiente para impedir que se acerquen. Otras veces colocan un centinela, que está dando voces y pegando en un palo con otro. El país es húmedo, pan-

tanoso y mal sano, especialmente en las riberas del Ugobo.

Estas son las noticias que puedo adquirir de mis acompañantes, á quienes despacho sin ceremonia, porque necesito descanso. Sigue lloviendo sin cesar. El prolongado ruido del agua al chocar con las paredes de la choza que me alberga, hace que quede dormido en poco tiempo. A media noche cayó el mosquitero: los mosquitos me acribillaron. Al amanecer tengo el pescuezo, la cara y las manos hinchadas. Me restrego con zumo de limón y me alivio momentáneamente. La picadura que producen estos insectos es tan molesta, que sobrevienen fiebres, vómitos y hasta mareos. Aún no ha empezado el crepúsculo matutino y estoy en pié: son las cinco de la mañana. El trueno se oye por Oriente: continúa lloviendo.

Determino visitar al rey Gaandu antes de partir para el Bañe. Estoy seguro de captarme las simpatías de este reyezuelo descalzo, y bueno es dejar amigos por donde uno tiene que volver. Rodeado de mi gente, acompañado de algunos vicos de Combo, vestido con mi mejor americana azul y con el pantalón más blanco, parto para la visita real. El camino está lleno de pantanos que echan un olor nauseabundo al mover pisando el asqueroso cieno del fondo. Esto mejor que Sierra Leona, merece el nombre de cementerio corrompido. No hay más remedio que aspirar los miasmas. Llego á Ulombe; el pueblo es algo mayor que Combo. En varias casas se lee *House*, que es sabido significa casa en inglés. Se conoce que algún indígena, que aprendió á escribir entre los ingleses de la costa, ha podido proporcionarse un poco de pintura, adornando con rótulos todas las casas de la capital. La choza real ó palacio en nada se diferencia de las demás. Entro sin ceremonia, teniendo que separar algunos cuernos mágicos que cuelgan del umbral de la puerta. El rey Gaandu, rodeado de los ancianos del pueblo, ocupa un viejo sillón, robado probablemente á bordo del *Macgregor*, cuyo naufragio ya he citado. Me recibe con frialdad. Le hablo del objeto de mi viaje, y mientras el intérprete se hace cargo de sus contestaciones, hago un detenido exámen de S. M. Ojos picarescos, surcados de ramas sangui-nolentas, pero fijos, impetuosos y llenos de vida; nariz regu-

lar, labios proeminentes y arqueados; un rostro seco, moreno, surcado de rayas bronceadas; dos enormes orejas que se destacan extraordinariamente, gracias á la presión que ejerce un ajustado gorro de color encarnado subido; una túnica amarilla oculta todas sus formas, y deja sólo en descubierto dos piés, que bien pudieran servir de paletas; dos manos, capaces de sustituir con ventaja á las mazas más fuertes, completan tan grotesca figura, que es más digna de mofa que de respeto. Me dice que él se encuentra muy satisfecho al ver españoles en su territorio, y que será siempre mi amigo, estando dispuesto á favorecerme en mis propósitos, y para demostrármelo me venderá una cabra y varias gallinas, que tiene dentro de una empalizada. La cabra vale cinco duros y las gallinas á peseta cada una: es decir, que puedo darle un fusil y ocho libras de pólvora para manifestarle mi amistad, y, en cambio, él me permitirá pasar por su territorio, sacar guías, y me protegerá si me atacan los Pamues, pues cuenta en su país con veintidos espingardas. Conozco que este viejo repugnante es un tuno rebozado, y que es preciso obrar con él de una manera astuta. Le contesto, después de darle las gracias por su *generoso ofrecimiento*, que escribiré á mi rey hablándole del poderoso Gaandu, para que venga un barco de guerra cargado de regalos; que, respecto á los víveres que me ofrece, no puedo aceptarlos porque el bote lo tengo lleno de objetos y no cabe más; pero que, como recuerdo de amistad, le regalaré algunas telas, dejando para la vuelta de mi viaje otros presentes de más importancia. «No marches, no marches—me ha dicho después—los Pamues te devorarán, y si escapas á sus furores, perecerás de la fiebre sin que mis soldados puedan salvarte. Yo te quiero mucho; miro por tu vida; quédate entre nosotros, jóven blanco, y nada te faltará.»—«Siento mucho, contesté, pero no puedo aceptar tus proposiciones. Hoy á las doce me embarco. Toma dos brazas de percal americano superior, como el que nunca has visto, y espera á mi vuelta, que entonces, si conozco que eres mi amigo, te volveré á regalar otras cosas, porque te apreciaré. Conste, pues, que estos objetos te los doy porque así es mi deseo, y no creas que es un tributo que te pago. Antes de darlo de otro

modo, atravesaría tu territorio sin dar ni una hoja de tabaco, y moriría todo aquél que tratara de estorbar mi paso. No quiero guías, porque no los necesito, y en cuanto á tus soldados, puedes decirles que guarden sus espingardas porque tampoco me hacen falta.»—Me pongo de pié, con lo que le doy á entender que ha terminado la conferencia. Gaandu se levanta y dice que me acompaña.

Doy orden á mis criados para que se racionen con yuca y plátanos. Al pasar los pantanos, siento malestar, debilidad en las piernas, frio, ganas de bostezar. Toco mi pulso y lo hallo apagado. La sed se declara: mi cabeza está caliente y dolorida. Ya sé lo que tengo: el envenenamiento miasmático. Al llegar á Combo apenas puedo sostenerme; me echo sobre mi equipaje, y bien pronto se declara un acceso de fiebre. ¡Dios quiera que no sea perniciosa!... Quedo sumido en un profundo sopor; empieza el delirio, la imaginación adquiere gigantescas proporciones; se extiende á incommensurables distancias. Veo á mi esposa en Elobey, víctima de los más crueles presentimientos, cerrar con tímida mano la ventana del pabellón por cuyos resquicios silba el huracán del tornado, y, en medio de los truenos más espantosos y del mugido de las olas, elevar al cielo plegarias pidiendo por su marido, pobre viajero errante en aquellos momentos entre tribus desconocidas, en comarcas insalubres, solo, solo, sin medios y sin esperanza de auxilio. Veo también mi querida patria, la casa donde nací, los amigos con quienes he compartido mis dichas y dolores. Veo la historia de toda mi vida retratada en el elocuente lenguaje de los hechos; pasan, pasan con rapidez, se suceden sin interrupción; lloro, canto, rio, grito; me agito, me levanto, veo una negra cara junto á la mía, y un negro brazo que me sujeta con fuerza extraordinaria; y después, jadeante de fatiga, rendido de cansancio, estenuado, anonadado, quedo dormido entre un mar de sudor que inunda mi cuerpo. Es el segundo período de la fiebre. Estoy salvado. Cuando vuelvo en mí me encuentro muy débil. Miro al reloj y éste me señala las tres de la tarde. Tomo algún alimento y me embarco. El viento nos es favorable y no llueve. Pronto llego á la confluencia del Utongo;

veo la isla Ibelo y luego el pueblo de Coyo (= loro), el monte Ukongolo-munimbe (= monte pequeño), primera patria de los Vengas, la isla Gaande con sus numerosas legiones de mosquitos, y allá, hácia el Este, dos grandes rios, el Utongo y el Utamboni; la isla Ebungüe, con su nauseabunda atmósfera, y el islote Eyakila, poblado de las aves más raras y hermosas. La noche empieza á extender su negro manto por estas regiones, y amenaza envolvernos pronto en sus densas tinieblas. Oigo los gritos de los murciélagos que cantan la ausencia del dia. *La Esperanza* surca las aguas del Utongo con gran velocidad, arrastrada por un impetuoso viento que arremolina negros *nimbus* sobre nuestras cabezas. Una hoguera, en la orilla derecha del rio, me indica la situación de Gumendo, residencia del rey Mambukuaka. Después no veo más. Inmensa lluvia cae sobre nosotros. El viento silba y el trueno anuncia de lejos una próxima tempestad. Abandono el timón y lo toma Elombuangani, más práctico en estos rios, y con una vista que desafía la oscuridad más profunda. Después de unas horas de navegación, el bote se detiene. Elombuangani me dice que estamos en Bía (= árbol), fuera de los dominios de los Vicos, en territorio Itemu, y en un pueblo cuyo jefe está casado con una hermana suya.

Salto á tierra, después de dejar un centinela en el bote. Me albergo en una miserable choza llena de porquería, en la que entra el agua y el viento por numerosos resquicios. Un perro que se encuentra en un rincón trata de morderme repetidas veces, sin que sus amos lo impidan. No ladra porque ninguno de estos canes lo hacen. El cuñado de Elombuangani no está en el pueblo, ha salido á perseguir á un esclavo que se le fugó. Los negros que acuden á la choza, hablan entre sí, sin hacer caso de mis criados á quienes parece no conocen para nada. El idioma, con muchas r suaves y *x*, es muy parecido al Venga. Tengo que aplicar al perro de la choza un correctivo que lo deja cojo, quizá para siempre. Los circunstantes me miran indignados y se marchan con el animal herido. Doy órden al centinela del bote para que dé el ¡*alerta!* cada cinco minutos, á fin de que yo sepa que no se duerme, y le advierto nos des-

pierte en cuanto termine la lluvia. Me acuesto sobre una estera; un tambor de los feticheros que colgaba de la pared, me sirve de almohada. Apenas apago la luz, legiones de mosquitos me atacan por todos lados. Esto es insoportable. Temo un segundo acceso de la fiebre. Al fin, librándome como puedo de las muchas goteras que entran en la choza, quedo dormido. Una fuerte detonación de arma de fuego me despierta sobresaltado. Enciendo luz. Elombuangani no está en la choza, cuya puerta medio abierta indica haber salido aquél poco tiempo hace. Me acuerdo del perro herido, de la mala cara que me pusieron los naturales de Bía y de la manera fría y descortés con que me habían recibido. Preparo mi revólver y me arrojo fuera de aquella miserable vivienda, seguido de mi gente. Nada veo; la oscuridad es profunda: la lluvia cae á torrentes, el viento silba con fuerza atravesando las selvas, y un momento después una voz humana, debilitada por el huracán, llega á mis oídos: ¡Alerta! dice, y esta palabra que oigo perfectamente, me hace pensar que mi equipaje está en salvo y que mis temores son infundados al suponer que querían robármelo. Me retiro al pabellón tranquilo y fumo, ya que dormir no puedo ni menos escribir, porque la llama de la *vea* oscila con el viento que entra en la choza por todos sitios. Un cuarto de hora después llega Elombuangani con otro negro cojo que traía en la mano un fusil. — «¿De dónde vienes?» — le pregunto. — «Mi marcha esta noche á *uaka* (=paseo).» — «¿Pero tú tienes alguna *mami* (=mujer jóven), en el pueblo?» — «No señol, mi piensa que en el tiempo que tu *flaqui* (=pegar) al perro, toro gente de Bía *fala* (=hablar), para ase alguna cosa malo para tí y pone junto con morio. Mi saber toro y ase como dormío y marcha como culebra á uno árbol grande que tu puede mira. Mi mira toro noche, mi no mira nada malo para tí.» — «¿Y el tiro que acabo de sentir?» — «Ese tiro hase mi cuñao cuando ha estao junto con pueblo.» — «¿Este hombre es tu cuñado?» — «Si señol.» — «¿Y qué quiere?» — «El fala sabe todo rio Bañe lo mismo con dia que con noche, y dise no puere llegar á Bocambañe junto con mañana, si no marcha ahora.» — «¡Ah! vamos, comprendo; él quiere venir

conmigo, ha sabido que yo llevo género y será un buen amigo. — Dile, Pepe, que le doy pasaje en el bote, que si es preciso tendrá que remar y obedecerme siempre hasta llegar á Bocambañe. Con estas condiciones puede venir si quiere. »

Hablan los dos en la jerga yenga, pero los ¡Hé! ¡Hé! repetidos del Itemu me hacen suponer que acepta. ¡*Oca!* digo á mi gente, y nos ponemos en camino hácia el río. Me embarco. Tengo en este momento cuatro hombres: un corisqueño, un sanjuanés, un yico y un itemu. Sigue lloviendo con fuerza; los remos y las palas se mueven y abandono á Bía. Son las dos de la mañana. El río apenas tiene corriente. La oscuridad es profunda. Yo no veo nada. Este timonel tiene más vista que un lince.

Pronto me convenzo de que el itemu de Bía es un hablador sempiterno, que más bien estorba á bordo. Va pregonando por todo el camino que se acerca una cuba de caña y un blanco. Sus voces, aumentadas considerablemente por el eco del río, han de oirse á grandes distancias. La lluvia termina. Mi gente está rendida de fatiga: su anhelosa respiración no les permite cantar apenas, y el *Hombe agüendomanga banganga*, canto en el cual llora el esposo la pérdida de su mujer devorada por un leopardo, no puede ser terminado. Los coros contestan solamente, y al compás del remo, con su melodiosa armonía, triste y sentimental como casi toda la música de los africanos. Empiezo á distinguir las orillas del río, muy estrecho en este punto. Doy un descanso y digo á Elombuangani que distribuya á cada hombre una copa de rom y una hoja de tabaco. El itemu, que no desea otra cosa, se pone de pié lleno de alegría, y en medio de risotadas nerviosas canta lo bueno que es el *utangani* (= hombre blanco), terminando por celebrar el excelente sabor del rom. La claridad aumenta. Pronto saldrá el sol. Las aves despiertan. Me preparo para continuar. Poco hemos avanzado y ya es de día. ¡Qué rápidos son los crepúsculos en estas zonas! ¡Apenas dura diez minutos la luz blanca de la aurora! El itemu me vuelve á pedir rom para consultar su fetiche y ver si vamos á tener buen viaje; además me pide una cabeza de tabaco para sus mujeres y me pregunta cuánto le voy á dar por haber ido en el timón.

Es preciso conocer á los africanos. Lo que el itemu acaba de decir me indica que estamos muy cerca de Bocambañe. Le contesto que mejor haría en pedir á su fetiche le enderezara la pierna. Esto produce estrepitosas carcajadas por parte de mi gente, que ya consideran á este pobre diablo como un bufón, y es objeto de las pullas de todos.

Puedo hacer uso de la brújula y de la sonda. La dirección general del río es Este-Oeste. La profundidad varía entre 6 y 10 piés (1'7 á 2'8 metros). La anchura en esta parte la calculo en 54 piés (15 metros). Al fin aparece Bocambañe, cuyo nombre significa «Pueblo de Bañe,» conociéndose que fué dado por los yengas y que le han adulterado los itemus: se eleva en la orilla derecha, y en frente existe una choza pequeña á la cual me dirijo. Varios negros cogen pececillos con el *Epambu*. Al verme dan un grito de asombro, marchan á la choza, cogen unos viejos fusiles, y después de tardar más de diez minutos en cargarlos, disparan al aire para saludar. Contesto con otro tiro al mismo tiempo que Elombuangani despliega por la popa del bote la bandera de mi patria. Ya somos amigos. Después de los saludos de costumbre, uno de los negros, vestido con chaqueta azul y un largo delantal de colores que parece una saya, se me acerca saludándome en inglés. — *Good morning Sir I am Makoko.* — «Buenos dias caballero, yo soy Makoko.» Me extraña ver, á algunas jornadas de la costa, un africano tan fino. Me lleva á su choza y me dice que es mia. Makoko es un pequeño comerciante portador de pacotillas que pertenecen á los ingleses de Elobey.

Muchas piraguas tripuladas por negros se nos acercan de la orilla de enfrente. Vienen á ver al blanco porque ya saben que los blancos regalan muchas cosas á los negros. Se quema alguna pólvora. Aún no me he instalado, y Elombuangani lleva ya vendidos algunos galones de rom. Más de ciento cincuenta personas se reúnen en la orilla del río. Algunos se encuentran casi totalmente borrachos. La palabra *maku* (= aguardiente), sale de los labios de todos. No he visto pueblo más vicioso. Por la noche tengo unas cuarenta libras de goma elástica que me han costado cuatro duros próximamente. Esta goma me

producirá en el Gabón trece duros. Makoko me regala una gallina. Al darle un florero de porcelana y un vaso de vidrio fundido, me dijo: « — ¿Todavía no sabe usted quién soy y me quiere obsequiar? Cuando usted vea que soy bueno entonces podrá darme lo que quiera; hasta tanto yo no puedo recibir nada.» — Cuando un africano se expresa de esta manera preciso es dejarlo. Ningun razonamiento tiene fuerza para hacerle creer lo contrario. Llega la noche, y con ella una legión de mosquitos que me acribillan. Tengo que meter las manos en los calcetines, tapándome los piés con una tela. Esto no es suficiente. Hace calor y los piés se destapan, siendo objeto del ataque de tan importunos insectos.

Adquiero noticias del territorio. Las tribus Itemus se extienden desde el río Congoa y el Utamboni al interior, limitando con las gentes del río Benito al Norte, con los Pamues al Este, con los Bundemus y Biyas al Sur y con los Valengues al Oeste, abarcando una extensión de 50 millas (93 kilómetros) de Este á Oeste, por 30 millas (56 kilómetros) de Norte á Sur. Dos sistemas de montañas le atraviesan. La Mitra, cuyo punto culminante alcanza 1.201 metros, y el sistema Paluyiole de 315 metros. El primero separa las cuencas del Congoa y del Utongo y el segundo, en el que tiene sus fuentes el río Bañe, forma las vertientes orientales del Utongo. El país está cubierto de ríos y es pantanoso. Una selva inmensa se extiende por todas partes dificultando mucho los viajes por tierra. *Mataya* llaman los itemus á la lluvia blanca, y por sus explicaciones no me cabe duda de que es la nieve que han visto caer alguna vez en las alturas (1). El calor es extraordinario durante el día, y el frío bastante intenso por la noche. La humedad es excesiva. Abundan las enfermedades cutáneas y las fiebres, pero estas últimas no parecen ser perniciosas.

Son muchos los elefantes que vagan por las selvas, así como los búfalos, panteras, jabalíes, monos y el terrible gorila se encuentran con frecuencia en los caminos. El *Yoko* ó *Damán*

(1) Los Vengas llaman *Ibebo* á la nieve y parece que la han visto caer una sola vez en el Ukudi-Maséi (— monte lejano), ó Sierra del Cristal.

merodea por las noches. Hay enormes pitones, llamados en el país *Bomo*, que atacan y comen hasta búfalos. Varias culebras venenosas, una de ellas llamada *Pe*, que, según los negros, baja la cabeza cuando la mira algún hombre, arrojando entonces los dientes envueltos en una saliva viscosa: el *Ebubu*, el *Bambayangoko* y la terrible *Uangabambe* que penetra en tierra y sólo saca la cabeza para morder al que pasa, matándolo casi instantáneamente. Me hablan de un ave que mide ocho varas, cerca de siete metros, entre los extremos de sus alas extendidas. No me queda duda que han de ser águilas, cuyo tamaño exageran. Me citan también la muerte de dos Pamues en la caza de un animal tan grande como el elefante y que mata á éste. ¿Será el rinoceronte? En las orillas del Bañe abundan mucho un *Cerithium*, del subgénero *Tympanostomus*, que es el *Radula* de Linneo y el *Fusca*, que es una *Melania* del subgénero *Vivex*. El hierro se encuentra en la superficie: la brújula sufre por ello constantemente perturbaciones dignas de tenerse en cuenta. Los itemus son de la misma raza que los yengas, y en nada se diferencian de las de aquéllos, la religión, la organización social, la industria, el gobierno y el carácter.

Las gomas empiezan á escasear y me veo en la precisión de ir por ellas. Destaco varios hombres y mujeres cargados de pacotillas. Tengo que matar una cabra y me dedico un día entero á pescar, porque los víveres son pocos. También hice una excursión venatoria por la parte Sur del rio Bañe, y en el territorio que lo separa del Utamboni. Mientras vuelven los cargueros, determino avanzar hácia los Pamues. Quiero ver esta nueva raza, valiente, fuerte y antropófaga. Las noticias que de ella tengo no son muy satisfactorias, pero viajando por África, es poco común encontrar caminos llenos de flores; lo probable es que se hallen erizados de dificultades y peligros. Si así no fuera, hace muchos siglos se conocería este desgraciado continente.

20 de Noviembre. — Makoko, Umbilipongüe el yico de Combo, dos itemus, uno de los cuales es el cojo del que antes he hablado, y mi fiel Elombuangani, componen la caravana. Nos embarcamos en dos canoas, con algunos víveres y muni-

ciones, y partimos por el río Bañe cuando el día aparece por Oriente. El río tiene poco fondo y estrecha de una manera notable. La canoa de Makoko ha volcado dos veces; creo que tiene la culpa de estas peripecias el cojo de Bía que no deja de hablar un momento, y sospecho está algo embriagado. Por fortuna las municiones vienen en la canoa que yo tripulo. Ni la más leve brisa circula por la atmósfera. Esto es un horno. El sol cae con toda su fuerza sobre nuestras cabezas que levantadas buscan un aire más rico en oxígeno. A la una de la tarde mi canoa tropieza con una piedra, incrustándose su proa en una resquebrajadura. Más de quince minutos nos cuesta sacarla. Poco después volvemos á varar. El río se estrecha notablemente, la corriente aumenta, hay muchas piedras fuera del agua. Determino abandonar las Canoas y caminar por las selvas. Debajo de la arboleda no hará al menos tanto calor. Makoko me dice que tenemos que andar muy de prisa si queremos llegar antes de la noche á la aldea de Bulabañe. El desembarco ofrece dificultades. Antes de poder pisar la orilla firme del río hay que atravesar una faja de mangles y caminar por entre sus raíces resbaladizas. Aseguro las Canoas y cargo con el equipaje á toda mi gente, excepto al cojo que temo me sepulte su pacotilla entre el lodo. Pisamos terreno firme. Son las tres y treinta minutos de la tarde. Tengo el placer de comer á la sombra una buena tajada de cabra. Afortunadamente el bosque no es muy espeso, y no es necesario abrir paso con los machetes. La marcha se hace con precipitación, pero por mucho que hemos andado nos sorprende la noche antes de ganar la última aldea itemu: el camino es muy accidentado y tortuoso, por ir cortando todos los estribos del Paluyiole: sólo por esta causa se comprende el largo tiempo que en él hemos empleado. Enciendo las *veas*, é iluminados por su triste y oscilante luz, atravesamos extensos pantanos, varias colinas, un pequeño arroyo, y por fin, á las diez de la noche vemos las primeras hogueras de Bulabañe. Makoko tenía conocidos en el pueblo y se nos dió una choza con solo medio tejado para que descansáramos todos.

Pido noticias del país. Me dicen que los Pamues están des-

contentos de los blancos, porque no quieren darles directamente el género que traen de Europa. Que pocos días hace, el rey Ba, que ocupa el primer pueblo que debo encontrar en el camino, cortó las cabezas á tres esclavos por el delito de haber roto uno de ellos un vaso de vidrio, que él tenía por una de sus mejores alhajas. No tienen fusiles, pero sí flechas que matan más pronto que las balas. Son muy valientes y se precian de ello; no han visto blancos, pero saben que éstos son muy poderosos. ¡Ojalá que no les dé por demostrarte que no son cobardes! Esto me lo decía un anciano de la casa. Quedo pensativo. ¿Me traduce bien Elombuangani lo que me dice este viejo? ¿Serán exageraciones de mi criado, que tiene miedo de continuar el viaje? ¿O es que el anciano itemu quiere que no pasemos adelante con las mercancías? Estas son las primeras preguntas que me hago. Doy orden para que al amanecer de mañana estén comprados dos racimos de plátanos y veinte yucas, y me acuesto en una especie de plataforma de bambú que había visto en un rincón, y en la parte en que la choza conserva su techo. La cama estaba ocupada por el cojo de Bía, que se hace el dormido con gran arte. Tengo que aplicarle un ligero correctivo por tanto descaro. Mis criados se rien de la mejor gana.

Al amanecer estoy levantado. Los itemus, según dicen, tienen una fiebre que los devora, y el cojo de Bía se ha encorvado, no se sabe por qué causa, y no puede ponerse derecho. No tienen ningún deber de acompañarme, y si así no fuera á todos los curaría con un látigo, porque sus males no son otra cosa que miedo, y miedo del más grande. Elombuangani, Makoko y Umbilipongüe cogen sus cargas con disgusto. Cuento con dos fusiles, un revólver, una lanza y cuarenta y cinco cartuchos. No hay en todo el bosque más camino que el que conduce al pueblo del rey Ba, y por lo tanto, no podemos perdernos. Procuro animar á mis gentes poniéndoles temas ven-gas para sus canciones. Nada de particular ha ocurrido durante el día. He cortado dos veces el rio Bañe, convertido en arroyuelo. He coleccionado algunas plantas y algunos insectos. Al anochecer paso por los manantiales del Bañe, que son

pequeñas lagunas al pié de los montes Paluyiole. Salvo esta cordillera mientras cierra la noche por completo. Ahora es preciso buscar un buen sitio para acampar. Necesito descanso, y sólo encuentro alivio para mis piés mojándolos en agua, en la que echo unas gotas de tintura de árnica.

Antes de conciliar el sueño siento un ruido lejano, parecido al que producen las olas del mar. Se acerca, va aumentando en intensidad. Es la lluvia, no me cabe duda. Es una nueva desgracia, ó mejor dicho, una nueva broma, porque si no tomara por tal éste y otros muchos contratiempos, nunca hubiera podido salir del islote Elobey. El viento empieza á silbar, el ruido va aumentando, y al fin, después de sentir algunas gotas de agua, se declara un chubasco con todo el aparato de truenos y relámpagos. Nada más imponente que una tempestad en los trópicos. Todo parece anunciar un inmenso cataclismo. La atmósfera está encendida, inflamada por el continuo destello de repetidos relámpagos. Los truenos secos no se prolongan, y más bien parecen descargas de poderosos *Astrongs* dirigidos por hábil artillero. El huracán marca su huella y arranca corpulentos árboles, que han visto pasar los siglos durante su crecimiento. La lluvia cae á torrentes; todo lo azota, todo lo maltrata. El rayo hiere con frecuencia, y como si el estrago no fuera todavía completo, los rios salen de madre, las llanuras se convierten en pantanos, y en las vertientes de las cordilleras se forman corrientes que arrastran cuanto encuentran á su paso. El bosque, que me parece por momentos incendiado, se presta á todos los delirios de la imaginación exaltada; mi cuerpo postrado por el cansancio; el *rru, rru, rroi* triste del *damán*, indicando al merodeador nocturno de las selvas; la circunstancia de hallarme en las fronteras de los bárbaros Pamues, lejos de mi esposa que me espera, sin más compañía que tres negros llenos de miedo, sin más armas que dos fusiles; acampado al aire libre, sin luz, sin hogueras, en un país poblado de leopardos, panteras y búfalos... Noche de luchas morales. La idea del deber en pugna con la imaginación impresionada. ¿Qué debo hacer? ¿Avanzo ó retrocedo? En este momento, y entre el silbido del huracán, oigo á mi

gente cantar temblando triste plegaria. La tempestad para ellos es un conjunto de espíritus ¡He! ¡he! ¡he! ¡tume tomue pamue! vuelve á resonar en mis oídos, y este canto siniestro devuelve el vigor á mi espíritu y exclamo: «¡Aurrerá! Mañana entre los antropófagos.»

Al amanecer de hoy emprendo de nuevo la marcha. Ésta se hace con lentitud. Al medio día, estando acampados, viene Umbilipongüe, que cogía leña en las cercanías, y me dice que ha visto Pamues y que se acercan. Efectivamente; al poco tiempo siento voces y veo venir seis negros armados de azagayas. El color de la piel es más claro que el de mis gentes. Su peinado, en mechones, y su tipo general no me deja duda de que son los hombres que busco. Al verme, se detienen por un momento y les saludo *Ami pamue; vfulane-áááá-amvfulo*. Saco media botella de caña y los obsequio. Me invitan á pasar á su aldea, que está próxima. Ésta se compone de unas cincuenta chozas, de las que salen todos sus moradores á ver el hombre blanco. Al primer golpe de vista se comprende que no son de la misma familia que los de la costa. Están muy obsequiosos, en general, pero los ancianos, partidarios de antiguas costumbres ó de rancias tradiciones, nos miran fieramente. Ponen una choza á mi disposición. Después de haber hecho varios regalos procuro adquirir noticias del territorio. El rey de aquel país, llamado Ba, se encuentra en otra aldea, pero ya le han avisado que ha llegado un blanco. Les contesto que mientras viene el rey puedo volver á Bañe para traer más mercancías, pues ya no me quedan en el equipaje.—«Manda á tus esclavos y queda tú con nosotros.»—«Esta gente que traigo no son esclavos, sino servidores que me ayudan por un salario, estando libres para marcharse cuando quieran. Si he de traer mercancías necesito ir yo, pues las cerraduras de las cajas sólo yo las entiendo. Nadie las puede abrir más que yo, y los cajones son demasiado grandes para poderlos traer por estos bosques. En ellos tengo pólvora y armas en abundancia.»—Quedan pensativos. Yo muestro indiferencia. Makoko y Umbilipongüe vigilan toda la noche, relevándose á las doce de ella. Al amanecer se ha llenado la

choza de gente. Distribuyo algunos collares y me dispongo á partir. Temo que llegue el rey Ba. Algunos se oponen á nuestra marcha, pero son más los que opinan que vayamos á traer mercancías. Hay un momento en que creo que van á venir á las manos.

Salgo del pueblo. Me acompañan once, con los cuales sostengo entretenidos diálogos valiéndome de Makoko. Esta gente se viene conmigo hasta Bulabañe. De aquí no quieren pasar: me esperarán hasta que traiga el género que les he prometido. Voy pensando al bajar por el río si debo ó no debo volver. Pregunto á mi gente, y me dicen que no vuelven de ninguna manera. Arreglo mi plan. Despacho á mis criados y algunos Itemus armados con una pacotilla de objetos de poco valor, y les doy orden de no pasar de Bulabañe. En esta aldea entregarán á los pamues los presentes que van destinados á su rey Ba, al cual le dirán que estoy enfermo y que necesito que me curen los otros blancos del mar; pero que si me pongo bien pronto, le haré una visita. Espero la vuelta de mi gente. Los caminos de estos bosques son en ciertos lugares tan tortuosos, que apenas se adelanta una milla, ó dos kilómetros, en tres horas. Es erróneo calcular las distancias*entre dos puntos por el tiempo que se invierte en llegar de uno á otro. Cuando regresan mis criados determino partir para Elobey. Dejo á Elombuangani encargado de cobrar las gomas que faltan, y me embarco en el bote con Umbilipongüe y cuatro negros más que quieren ir al mar.

Desciendo el Bañe sintiendo un dolor de cabeza tan fuerte que apenas puedo moverla sin notar fuertes conmociones. Echado en el fondo del bote, procuro dormirme por ver si de esta manera termina el dolor. Tropezamos en un banco; los negros se echan al agua y ponen á flote la embarcación. Al fin consigo quedar en un estado de sopor que me alivia algo. Cuando despierto me encuentro en Ibai, pueblo situado en la orilla izquierda del Utongo, cuyo nombre significa «Lugar de ladrones,» y en el cual hay una factoría, de la que está encargado un negro natural de Batangas; es uno de los más hermosos que he visto. Hablo con él de un asunto comercial y me obsequia con

peces asados, yuca frita en aceite de palma, plátanos cocidos y una jarra llena de un lodo líquido, que al principio bebo creyendo es una limonada. No es extraño que haya enfermedades en estos países bebiendo aguas de la naturaleza de ésta. Cuando concluyo de comer se presenta el jefe del pueblo, cuyo físico contrasta notablemente con el de mi patrón. Queda descrito diciendo que parece un mono. Despide un olor repugnante á aceite de palma, con el que se ha untado el cuerpo para que no le piquen los mosquitos. Me presenta una mujer que padece del *yemba* y le doy la hipecacuana. Después me vuelve á presentar otros varios pacientes, á los que despacho sin ceremonia, y aun no ha salido el último de ellos, cuando el pediguño jefe me dice que será mi amigo si le doy una medicina para producir resultados, que no puedo consignar porque ofenden á la moral. El repugnante viejo me ofrecía como premio una botella de palma. Contesto ágricamente á su petición, y creyendo el reyezuelo que mi negativa depende del poco valor de su oferta, se atreve á proponerme un acto escandaloso. Á pesar de mi estado lo agarro de un brazo y lo saco de la habitación; pero cuando lo suelto noto que se lleva mi sombrero y un bastón de viaje, que vengo usando desde 1868. Arranco de sus manos los objetos que se lleva, no sin impregnarme del aceite con que se ha pintado el cuerpo. Mi patrón, hablando del jefe, me dijo que no tardará en volver á pedirme alguna otra cosa, pero yo me acuesto y no tardo en dormir. Paso la noche víctima de una cruel ansiedad.

Al salir el sol me embarco. Tengo fiebre y no sé cómo voy á pasar esta enfermedad en el bote. Bebo una gran cantidad de agua cocida, me tapo con mis ropas y me acuesto decidido á sudar. He tenido delirio, pero la fiebre está terminando. Son las cuatro de la tarde y tomo quinina. La debilidad que noto es grande, y necesito descanso y buena alimentación. Hasta el regreso á Elobey nada de esto puedo esperar. Llego á la isla Ibelo. Paso otra noche víctima de las picaduras de los mosquitos. Al amanecer se presenta un *yico* diciendo que quiere hablarme. Me dice, en chapurreado inglés, que el rey Gaandu tiene apostada su gente, armada de fusiles, entre las raíces de los

paletuvios y á orillas del rio, con la órden de hacer fuego por haber cometido el grave delito de ser mis criados de Corisco, siendo así que hacía pocos dias habían asesinado en aquella isla á un yico natural de Ulombe. Doy un regalo á este espía y lo mando á Bañe para que diga á Elombuangani que haga su viaje de regreso por el rio hasta el Congoa; que en Ilala ajuste los cargueros para el transporte de gomas, y salga por tierra á Sigui, donde hará señales con fuego para que le mande el bote. Me parece cobarde esperar. Mi honor en este punto representa el de todos los blancos y debo hacerlo valer. Sin decir á mi gente las intenciones de Gaandu mando preparar las armas, que son dos fusiles de chispa y uno de pistón y renuevo los cartuchos á mi revólver. Al llegar cerca de punta Botika me pongo de pié en la popa y extendiendo el pabellon de mi patria, dirigiéndome á tierra en vez de continuar descendiendo. Estoy esperando de un momento á otro oír la descarga de los asesinos apostados entre las raíces. Confío también en que me respeten. Salto en tierra y subo con mi gente, que no comprende el por qué llevo la bandera. Un poco antes de llegar al pueblo veo algunos negros que huyen. Entro en la choza del rey Gaandu; sólo encuentro cuatro ancianos, pero ninguno de ellos es al que busco. Les pregunto por el rey con voz imperiosa y me dicen que se ha marchado. Nada adelanto porque le creo escondido y no saldrá mientras esté aquí. Él suponía que si me mataba sería dueño de mis mercancías y que nadie podría decir quién fué el asesino, mucho menos estando en guerra con Corisco y siendo frecuentes los disparos en el Muni. Pero al verme cerca, con la bandera desplegada y dirigiéndome á tierra, se desconcertó, marchando con sus soldados y escondiéndose para disimular la grave falta que acababa de cometer y que quizá en aquellos momentos supremos se la presentaba aún más grande su conciencia.

Digo á los ancianos que si el rey Gaandu no viene, en el plazo de dos dias, al islote Elobey á darme una satisfacción explicatoria de lo ocurrido, me quejaré al gobernador de Fernando-Póo; vendrá un barco de guerra y reducirá á cenizas todo el territorio. Con esta gente es preciso expresarse en estos térmi-

nos. Ellos niegan que su rey haya podido abrigar malas intenciones para conmigo. Estos africanos son capaces de negar lo que uno ve. Mi gente está asustada. Embarco y hago rumbo á Elobey. *La Esperanza* ha sido descubierta por mi esposa, porque me saluda izando una sábana en el mástil de la casa.

11 de Diciembre.—A las cuatro de la tarde se declara una tempestad horrorosa. El viento fuerte del Norte salta al Sur y se convierte en huracán. El higrómetro de Saussure marca 99°. El termómetro centígrado baja á 23°. La plomada y la brújula sufren perturbaciones. El agua se enfría notablemente. La lluvia que ha caído casi de un solo golpe indica en el pluviómetro 0,049 de metro; dos *nimbus* pasan á 900 piés (250 metros) de altura. La oscuridad, las descargas eléctricas, el silbido del viento y los bramidos del mar, hacen verdaderamente sublime el cuadro que presenta la naturaleza. A las seis ha terminado. Varias son las chozas que se han caído y las embarcaciones que se han ido á pique.

12 de Diciembre.—Llega un emisario del rey Gaandu trayéndome una cabra y dos gallinas y me da las satisfacciones más humildes, negando siempre el hecho. «Contéstale á tu rey—le dije—que no quiero la cabra ni las gallinas, que le perdono; pero que sea más prudente en lo sucesivo, porque no sólo á él sino á todos sus súbditos les puede costar la vida si llegan á ofender á un blanco, cualquiera que sea su nacionalidad.»

23 de Diciembre.—Llega Elombuangani en una canoa; ha pasado durante la noche por punta Botika cantando en lengua yico.

25 de Diciembre.—Navidad, día tan notable en nuestro país, lo celebro en Elobey izando dos banderas y quemando en salvas tres libras de pólvora. Los ingleses empiezan la fiesta con gran formalidad y terminan durmiéndose debajo de las mesas. Por la tarde dan principio las diversiones de los negros. Cornetas, tambores, pitos, gritería y cantares se oyen por todos sitios. Grupos de hombres y mujeres, vestidos con los más extraños delantales, levitas y sombreros, pasean por el islote imitando las maneras de los blancos. Son muy vanidosos y se ob-

servan en su *porte*. Hoy es día de estrenar traje nuevo. Uno se ve con levita que le llega hasta las rodillas y sin pantalones. Otro con un sombrero de copa gigantesco cubierto de flores. Hay quien, sin tener camisa, se coloca un chaquetón de invierno, que le hace sudar extraordinariamente. Túnica encarnada, azules, verdes y de los más vistosos colores, se hallan por todos lados. Cuando se observa un grupo á lo lejos parece la paleta de un descuidado pintor, en la que se han mezclado todos los colores, formando un conjunto variado y nada agradable.

30 de Diciembre. — Me dicen que han llegado á cabo San Juan unos sacos de goma y salgo inmediatamente. El viento salta al Noroeste y no puedo pasar á Bangüe: arribo á Inguina. En este pueblo dejo el bote y alquilo una canoa pequeña en la que apenas cabemos los dos remeros y yo. Los vaivenes son grandes; hay que achicar continuamente. Espero á que oscurezca antes de ponerme á vista de los sanjuanenses. A las seis y treinta minutos entro en el río Ñaño. Sorprendo á Manuel Boncoro cantando los salmos con un misionero protestante de raza negra. No se turba, y me dice en seguida que tiene que entregarme algunas gomas. Le digo que las quiero tener contadas para partir mañana temprano. Lo que yo deseo es que no se las lleven á otro sitio mientras hablo con él. El misionero sólo deseaba poder dar á conocer á un *blanco* sus conocimientos en religión. Le hablo de Jesucristo presentándolo como nos lo presenta Ernesto Renan. No está conforme, y me asegura que iban cincuenta mil soldados cuando lo prendieron, y que los apóstoles hicieron mal en no degollar á toda aquella chusma. Ignora quién era Lázaro el leproso. No necesito saber más para comprender el grado de instrucción de este varón santo y la idea que tiene formada de las doctrinas de paz y caridad predicadas por el Crucificado. La noche la paso mal. Una gotera que cae en mi pescuezo me despierta.

Salgo para Inguina. Llueve atrozmente. El viento no me permite ir á Elobey. Por la noche tempestad. Cuento treinta relámpagos en dos minutos. El 3 de Enero de 1876 me propongo ir á Elobey á remo. Después de tres horas sale un viento favorable y puedo llegar sin novedad.

El 9 de Enero marché con tres europeos, y en una lancha de vapor perteneciente á una casa inglesa, para hacer una excursión por los rios Muni y Utamboni; llego hasta Teemi, en el segundo, para depositar algunas mercancías en una balandra. El mulato, jefe de ésta, me propuso que le acompañara en una canoa por el alto Utamboni: tenía él que llevar una pacotilla á algunos Pamues trabajadores de goma. Así lo hicimos, y después de una expedición venatoria hecha hácia el Sur y sin resultados, subimos por el rio en cuyas orillas no hay por este punto ni un solo pueblo. Dos veces nos desviamos al Este para caminar por cáuces de antiguos riachuelos en los que no había vegetación, y al fin del viaje, hecho el cambio con toda la seriedad propia de Pamues é Itemus, me dirigí hácia el Oeste para buscar la línea que había seguido la otra vez desde Bulabañe á Ba. Alcancé ésta el dia 12 y regresamos por el mismo camino que habíamos llevado. Como no contaba con hacer esta excursión, y el objeto del viaje fué en un principio solamente pasar algunos dias de campo en las inmediaciones de Teemi, ni aun llevé la brújula. Durante nuestro viaje, uno de los cargueros arregló sus géneros en la balandra y el otro compró algunas pieles de leopardo. Volvimos á Elobey el 18 sin haber alcanzado por mi parte ningún fruto de esta expedición.

Tengo contestación á una carta que dirigí al gobernador de Fernando-Póo, el Sr. D. Diego Santistéban, el cual, con una amabilidad que le honra mucho, me invita á pasar á la Isla, donde encontraré por su parte toda la protección que, según él, me merezco. Espero un vapor inglés que tocará aquí el 22 del corriente. Me dedico á completar las notas y á formar el *Diario* de esta primera parte de mis viajes. Tomo las últimas noticias. Pago á mis criados. Elombuangani se queda con *La Esperanza*. Me despido con el alma transida de dolor. Al abandonar el lugar donde uno ha sufrido se comprende que las desgracias desarrollan más el sentimiento, y como si en medio de aquéllas, desconfiando uno de sus propias fuerzas, quisiera encontrar auxilio entre los objetos ó seres que le rodean, siente hácia ellos una atracción involuntaria,

una simpatía irresistible que hace dolorosa la separación.
 24 de Enero de 1876.—¡Adios, Elobey! ¡Adios, la región del Muni! A lo lejos veo el pabellón español con el cual me saluda el rey Combennyamango.

DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA.

La zona que ha sido objeto de mis estudios, tanto por haberla recorrido, como por haber tomado noticias de ella, está comprendida por las costas occidentales del África al O., por el rio Eyo ó Benito al N., por el Ogoué al S., y hasta el grado 35 de longitud oriental del meridiano de Hierro, abarcando una extensión de cerca de 4° de latitud por 8° de longitud.

Islas. Ninguna isla bien importante se encuentra á lo largo de sus costas; pero hay varias isletas, entre las que merecen especial mención la de Corisco, á los 0° 55' de latitud N. en su centro, y á 13 millas ó 24 kilómetros de la costa: comprende unos tres minutos de latitud por dos de longitud, ó sean 5 y 4 kilómetros próximamente.

El islote de Elobey Grande, á los 0° 59' de latitud N. y á una distancia de tres millas (5'5 kilómetros) del continente, tiene 1' 30" de latitud por 40" de longitud, ó dos kilómetros por uno y medio. Elobey Pequeño, próximo al anterior y á su N. E., es sumamente reducido, no llegando á un kilómetro su mayor dimensión. Los islotes Busimba y Neende, en la confluencia del rio Munda ó *Moondah*, como lo escriben los ingleses; el de Coniquet en la del Gabón ó Gabaon, llamado aquél también Dambi y *do Rey* por los portugueses, que nombraron *dos Papagayos* á otro más pequeño y meridional, forman el conjunto de las isletas de estos mares que merecen nombrarse.

Cabos. Siguiendo la costa de esta zona y empezando por la confluencia del rio Eyo, nos encontramos con los cabos de Bini é Ilende (= El que escribe), las puntas Baga, Beloe, Igombegombe (= Paraguas) é Iboto (= Traje); el cabo de San Juan ó Nenye; los promontorios Boota, Meyaye, Bangüe y

Yondo. Los dos últimos se denominan por muchos «Punta de Mosquitos;» pero este nombre parece corresponder más bien al segundo, y los españoles sólo le aplican generalmente al mismo: también se llama costa «de los Mosquitos» la que hay entre el cabo Bangüe y la desembocadura del Muni. Más al Sur de ésta se hallan las puntas Buene, Gombie (= Arpa, instrumento de música que usan los indígenas), Maqueque, y por último, los cabos das Esteiras ó Ebenya, de Santa Clara, de Pangara y el de López ó Lopo Gonçálves.

Costas. La costa, desde la confluencia del río Benito, toma una dirección regular al S.-SO. hasta el cabo de San Juan; desde aquí tuerce al SE. hasta el promontorio Bangüe, siguiendo al O., al S. y luego al E. hasta el Cabo Esteiras, formando en esta curva la bahía de Corisco, de 26 millas ó 48 kilómetros de N. á S. Desde el cabo Esteiras vuelve la costa al S. por más de un grado en latitud, y por fin tuerce al O. para formar el cabo López.

Ríos. Dos son los ríos más importantes que recorren esta zona. El Eyo, llamado también Benito, San Benito ó San Bento, al N., y el Ogoué al S. El primero, según lo que resulta de las relaciones unánimes de los comerciantes indígenas que penetran por él, nace á los 33° de longitud, á unas 330 millas (más de 600 kilómetros) de la costa, y próximamente en el paralelo del cabo López; á algunas millas del mar forma dos cataratas que impiden la navegación y que se llaman Yobe y Matubo: la primera se halla á 14 millas, ó 26 kilómetros de la costa, y su caída es de unos tres metros.

Los orígenes del Ogoué son desconocidos. Por las relaciones, también unánimes de los naturales, y sobre todo, por lo que pude deducir de las declaraciones de tres esclavos massangos á quienes pregunté aisladamente para que no me engañaran, parece que este río, hácia los 34° de longitud, viene del N. E., teniendo allí la anchura de unos 800 metros y reuniéndosele el Uake: por bajo de la unión, y entre los lugares de Buale y Banga, forma una pequeña catarata de unos 10 metros de caída, llamada por los naturales Sambanamagos. Un caudal de agua tan considerable nos ha de indicar que sus fuentes

deben hallarse muy lejanas, siendo su cuenca digna de estudiarse completamente por tratarse de uno de los ríos más importantes del África. No es de extrañar que algunos le hayan creído continuación del Lualaba, y por lo tanto, un brazo del Congo, según los últimos descubrimientos de Stanley; aunque éste lo niega, y en realidad parece poco probable. Muchos son los otros ríos que desaguan en estas costas: el Dute, inmediato, y al S. del Eyo ó Benito; el Yanye, próximo á la punta Ilende; el Aye, cerca de punta Baga, y el Ñaño en cabo San Juan: todos tienen aproximadamente un curso de 30 millas ó 56 kilómetros, y nacen en el sistema Bumbuanyoku. El río Muni, de más de una milla de anchura, ó sean dos kilómetros, en su confluencia, situada en un grado de latitud N., recibe el nombre de Utamboni en su curso superior; viene desde 50 millas de distancia, por lo menos, ó sean 100 kilómetros próximamente. Se le llama río de Angra en muchas cartas y documentos antiguos, y también de San Juan ó São João, transformando algunos el primer nombre en Danger, de donde procede el del «Peligro,» que es su traducción, y por el cual es también conocido: los ingleses escriben generalmente Moony, para representar su verdadera pronunciación. Recibe por su orilla derecha, como principal afluente, el río Utongo, y más cerca del mar el Congoa, y por su orilla izquierda los llamados Nunde, Nuea y Udina, sin contar otros secundarios. Es navegable para balandras durante 45 millas ú 83 kilómetros de curso, y su cauce, apenas inclinado, hace que las aguas desciendan con muy poca velocidad. Más al S. se halla el río Imama y varios arroyos que desaguan, como éste, en la bahía de Corisco, hallándose en su parte meridional el río Munda, alimentado por otros varios ríos de escasa importancia que no corresponden á lo ancho de su desembocadura, y por último, el río Gabón, también de extensa boca y tan considerable como el Muni; viene del E., siendo infundada la teoría que lo supone unido con el Munda por medio de los arroyos Ekoi (= Plátano) y Tini, de lo cual trataré más adelante.

Montañas. Una cordillera que alcanza más de 1.000 metros de altitud, y que los viajeros que la han cruzado representan

como formada por varias cadenas paralelas, atraviesa el país que media entre los ríos Eyo y Ogoué, entre los 28° 30' y 29° de longitud. Aquéllos la llaman Anenguenpala, que parece significar «Garrafa de agua:» en Elobey la nombran, según he dicho, Ukudi-Masei ó Monte lejano, y es la que los portugueses denominaron «Serra do Cristal.» Envía sus vertientes al Muni y al Gabón, cuyos ríos están separados por pequeñas sierras extendidas del SE. al NO. Otra cordillera, en forma de cadena y con varios estribos, conocida en algunas de sus cumbres con los nombres de Bumbuanyoku (585 metros), Mitra (1.201 metros) y Paluyiole (315 metros), limita la cuenca del Muni por el lado septentrional y forma las del Aye, Yanye, Dute y San Benito. Es posible que estas dos cordilleras unidas avancen hacia el E. formando una región montuosa en los países situados al interior entre los ríos Eyo y Ogoué.

No se cuentan lagos de importancia; las llanuras son pequeñas y todo el país está cubierto de bosque espeso, que es probable se extienda á considerables distancias por el continente.

TERRITORIO ESPAÑOL.—Además de la isla de Corisco, y de los dos islotes Elobey, Grande y Pequeño, que se llaman también de los Mosquitos, está reconocida unánimemente la soberanía de España en el territorio del cabo San Juan y en general en todos los que ocupan los Yengas, cuyo rey los cedió á nuestra nación. Pueden considerarse como límites la punta Ilende, al Norte del río Aye, y el pequeño río Imama que desagua al Sur del Muni, mediando entre ambos las puntas Buene y Gombie.

La historia de la anexión de estos territorios es curiosa. Dos españoles, llamado el uno Baltasar Simón y el otro Francisco, establecieron factorías en la parte meridional de la isla de Corisco: reinaba en ella á la sazón, Bane, apellidado Boncoro I, que había heredado el mando á la muerte de su hermano Comba. Boncoro, quizás por la influencia de los dos españoles citados, quiso entregarnos su territorio, pero encontró una oposición tan grande, especialmente entre los habitantes de Corisco,

que tuvo que retirarse á cabo San Juan seguido de sus partidarios. Los naturales de Corisco, al elegir un nuevo jefe, se dividieron en dos bandos y proclamaron á Muele, padre de Combennyamango, rey del Sur, y á Kakatondoni, rey del Este. Ambos jefes pertenecían á las familias más nobles. Un súbdito descontento, llamado Munga, se levantó en armas, ayudándole el padre del rey Muele. Viendo éste que su existencia corría peligro quemó varios pueblos y huyó de la isla, yendo á establecerse al territorio Bolokóbue, en el cabo Esteiras. Los partidarios de Munga eran muchos. En la lucha murió Kakatondoni y esto dió por resultado la proclamación de Munga.

Los dos españoles, establecidos en Corisco, se retiraron del teatro de la guerra. Boncoro I había muerto también y le sucedió Boncoro II, que vino á establecerse en Elobey Grande. En esta época (1858), llegaron el vapor *Vasco Núñez de Balboa*, el bergantín *Gravina*, la goleta *Cartagenera* y la urca *Santa María*, y entonces los reyes Munga y Boncoro II entregaron sus territorios á España.

Los franceses intentaron después apoderarse de las islas, pero Munga se opuso enérgicamente: nombró para el islote de Elobey Grande una especie de gobernador llamado Ibape. De manera, que el territorio entregado fué el de cabo San Juan, es decir, desde la punta Ilende hasta la de Yondo, y las islas Corisco y Elobey: en rigor, lo que nos pertenece más legítimamente es lo que ocupan los pueblos Vengas, y éstos, con alguna excepción que he señalado, habitan en todas las costas, pero penetran muy poco en el interior, á no ser por las orillas del río Aye: más adentro se hallan los Valengues.

Anteriormente habían presentado voluntariamente al doctor D. Miguel Martínez y Sanz, superior de las misiones españolas en el Golfo de Guinea, un acta de entrega los naturales del territorio de Bolokóbue, en el cabo Esteiras, recibiendo aquél de su rey Otambo el báculo, insignia de su autoridad, para que en muestra de rendimiento y sumisión lo presentara á S. M. la reina de España: también se sometió entonces el rey Ibayá, jefe de una comarca vecina.

Gaandu, el rey de los Vicos, que reside en punta Botika, se

titula protegido de los españoles, y este es el punto que se considera como límite de nuestras posesiones por el río Muni, juntamente con el que le corresponde en la orilla opuesta, sin más fundamento, á mi entender, que la circunstancia de no poder pasar más adelante nuestra goleta de guerra por falta de fondo.

En realidad; atendiendo á la topografía del país, y á la circunstancia de que los Vengas extienden sus excursiones comerciales por el interior, debía ser nuestro todo el territorio que ocupan las cuencas de los ríos Aye y los demás que siguen al Sur, incluyendo el Muni y el Munda, es decir, hasta la cordillera principal de Ukudi-Masei, terminando por la divisoria con el Gabón y hasta el cabo Esteiras, ó más bien el de Santa Clara, donde concluye el territorio de Bolokóbue que he citado, y ocupan también los Vengas. Sólo nuestra desidia ha hecho que no hayamos establecido terminantemente estos derechos.

Por el contrario, hemos dado lugar con ella á que los franceses exploten las minas de carbón situadas en la punta Gombie y cerca del río Ymama, el cual conquistaron los corisqueños; aquéllas se hallan dentro de nuestros dominios, habiendo sido inútiles las reclamaciones que se han hecho sobre el particular y continuando dicha explotación. También los franceses, para cohonestar mejor sus deseos de extender los territorios del Gabón hasta llegar á la parte meridional de la bahía de Corisco, han supuesto y marcado en sus mapas, que fueron copiados después y sin exámen por los extranjeros, la unión de los ríos Tini y Ncoyue; el primero de ellos se une al Munda y el segundo al Gabón, los dos casi al extremo de sus desembocaduras. Lo mismo han hecho figurando el enlace del pequeño río Cohit, que va al fondo de la embocadura del Munda, con el Ekoi (=Plátano), llamado también Cohit, y que cae en la gran entrada del Gabón frente á la isla Coniquet. Si estas uniones fuesen ciertas, resultarían, en verdad, dichos cauces como esteros entre ambos ríos y no existiría divisoria que separase sus vertientes. Pero no hay tales uniones: si existiesen, los negros, que navegan en pequeñas canoas, no doblarían el cabo

Esteiras, peligroso por sus rompientes, para ir al Gabón: algunos toman la línea del Tini, pero varan sus embarcaciones y atraviesan un trozo de bosque para descender luégo al mismo Gabón. Un hecho, de que he tenido noticia, acabará de demostrarlo. En la noche del 28 de Diciembre de 1875 llegó á Elobey un inglés encargado de las factorías de las casas de Cooper, Scott y compañía de Glasgow. Amenazado por la policía francesa de Libre-ville, había huido durante la noche con una pequeña embarcación: al llegar á las inmediaciones del arroyo Tini, cargaron sus hombres con la canoa y la llevaron á través de las selvas hasta llegar al Tini, y por él navegaron pasando al Munda y desde él á Elobey. Si el primer río ó el Cohit ofrecieran la comunicación con el Gabón, el fugitivo, de quien hablo, hubiera seguido aquellos itinerarios. Es, por lo tanto, casi seguro que no existe el enlace señalado.

No creo que nuestras posesiones se extiendan hasta el río Campo como algunos pretenden (1). Siempre he considerado la punta Ilende como su límite Norte, porque es precisamente donde terminan los dominios Vengas, cuyo territorio nos fué entregado por Boncoro II. Los Bapukus son independientes, ellos lo aseguran. Es cierto que en tiempos antiguos los Vengas se extendían hasta el río Eyo ó Benito: en Yanye residió un rey yenga llamado Budipó, y en el pueblo de Bini, á la orilla meridional de dicho río Eyo, reinaba otro de la misma tribu llamado Unago, pero fueron expulsados y los Kumbes ocuparon, por la fuerza de las armas, estos territorios hácia fines del siglo pasado (1798?), y por lo tanto, mucho antes de que tomásemos posesión de aquella comarca. La verdad es que ni aun en el Gobierno de Fernando-Póo hay datos

(1) Alude el autor á la noticia que le comunicó, el que suscribe esta nota, de que el Sr. Pellón y Rodríguez consideraba que los territorios españoles se extienden hasta el río Campos ó más bien del Campo: *do Campo* le denominaron antiguamente los portugueses. Se fundaba, sin duda, el antiguo Comisario especial de Fomento en Fernando-Poo, que ha fallecido desgraciadamente hace corto tiempo, en que al tomarse posesión del territorio de Cabo San Juan, en 25 de Julio de 1858, manifestó el rey Boncoro que su dominio se extendía desde la orilla izquierda del río Campos hasta la segunda punta del Sur de la

que marquen con precisión el límite de nuestras posesiones.

Fácil es, facilísimo, adquirir territorios en estos parajes: bastan algunas botellas de rom ó ginebra para que un jefe entregue su país y pida banderas; de seguro con un par de barricadas de rom se lograría poseer toda la zona que se extiende hasta la Sierra del Cristal. Pero si más tarde llegan otros extranjeros y les ofrecen su protección, cambian de parecer y las primeras banderas se destinan á delantales. Pocas excepciones hay á esta regla. Sirva de ejemplo lo ocurrido en Bolokóbue del cabo Esteiras. Los Vengas de este país, en vida de su rey Ibayá, fueron españoles. Ahora son franceses, y ha habido pueblo que ha pedido bandera española al comandante de una de nuestras goletas, teniendo en sus cofres la francesa que le había entregado el gobernador de Libre-ville.

de San Juan, según consta en documentos oficiales. Pellón llevaba también el límite Sur hasta muy cerca del cabo de Santa Clara, entre las bocas del Munda y Gabón, señalando, además, la pertenencia de algunas pequeñas porciones de territorio por haber ofrecido sus jefes la sumisión en varias ocasiones. Estos puntos son los siguientes: 1.º, inmediaciones de punta Malimba, en la desembocadura y orilla izquierda del río Camarones, *dos Camarões*, ó Duala; 2.º, idem de la orilla izquierda del río Bimbia, en la isleta que forma parte del delta producido por el citado río y por el Yamur, que baja del Norte: este territorio se halla enfrente de las caídas del monte Mongo-ma-Lobah ó Camarones, que se eleva á 4.194 metros; 3.º, orilla izquierda del río Calabar Viejo, donde se une con el río Cruz ó Cross, poco antes de desembocar en la ensenada de Biafra; 4.º, orilla izquierda del río Boni ó Bonny, y cerca de donde desaguan en la misma ensenada éste y el Calabar Nuevo, que son en realidad esteros del Kouara, llamado vulgarmente Níger, y 5.º, territorio en el cabo Formoso, orilla izquierda de la que se considera desembocadura principal del citado Kouara, cuyo brazo lleva también los nombres de Nun y Akasa. Fácil es comprender la conveniencia de utilizar comercialmente todos estos puntos estableciendo así relaciones con los territorios del Sudán, los más ricos de esta parte del África: por eso se han consignado aquí estas noticias. Sobre todo, sería muy conveniente utilizar las desembocaduras de los ríos principales y los buenos puertos que hay al Sur del monte Camarones, donde el terreno es más elevado y está libre de las influencias de los pantanos, que hacen otras zonas muy insalubres. Bueno es hacer constar que los apuntes sobre la extensión de los dominios españoles en las inmediaciones de Corisco están copiados, casi siempre á la letra, de varios párrafos de las cartas escritas por D. Manuel Iradier, contestando á las preguntas sobre el particular: por eso se han incluido como complemento ó aclaración de su escrito, como se han añadido, en los sitios correspondientes, otros muchos detalles que había transmitido en igual forma resolviendo algunas dudas que se le habían consultado.—*Francisco Coello.*

Para concluir con esta sección, diré que hasta hace poco, y en vida del rey Combenyamango, la capital de Corisco era Kulato, situada en la parte meridional de la Isla y cerca de su extremo Sudoeste; ahora lo es Ipeié, cuyo nombre significa «Repartición,» y que es la residencia del rey Inyenye, hallándose muy inmediata á la anterior, pero ya en la costa occidental.

Aquí debo expresar también los medios de que me he valido para formar los planos que acompañan á esta descripción. En toda la zona de Corisco, cubierta de una espesa selva, cuyos límites no se conocen, ni aun por los negros de la costa, es difícil emplear el teodolito ú otro instrumento que mida los ángulos: la brújula está, además, sujeta á grandes perturbaciones en un país cubierto de hierro en muchos parajes, y la plancheta sólo puede usarse en cortas extensiones, lo mismo que la cadena para medir las distancias, ó el nivel para marcar las pendientes y hallar las acotaciones. Es sumamente difícil establecer una base, y una vez medida, apenas tiene aplicación, porque no hay espacios abiertos en que dirigir visuales, cerrando el horizonte, casi siempre, por cima de nuestras cabezas, la frondosa vegetación. No puede caminarse en el sentido que se desea, y sólo es dable seguir los estrechos y tortuosos senderos abiertos por los hombres ó los animales: de estos itinerarios, por las razones dichas y la inseguridad en los rumbos de la brújula, es imposible trazar planos exactos y hay que limitarse á formarlos aproximados, marcando los principales accidentes del terreno, y á reunirlos después, rectificando por medio de observaciones astronómicas. Éstas no pueden hacerse en muchas ocasiones por diversas circunstancias, y entre ellas por falta de horizonte natural, que ocultan los árboles, teniendo que servirse del artificial: es difícil, además, tomar alturas de estrellas, porque durante la noche se extiende por las húmedas selvas una neblina que perjudica en todos sentidos, y como si esto no fuese bastante, hay que huir de las miradas de los habitantes del país, que ven en el uso de los instrumentos de reflexión hechizos del peor género, preten-

diendo que atraen las tempestades, el hambre y la muerte.

Es preciso, pues, recurrir á procedimientos especiales y emplear aparatos, que marquen, con la suficiente aproximación, no sólo la extensión de las distancias recorridas, sino que indiquen además las variaciones de rumbo y la altura y longitud de las pendientes, tanto en las subidas como en las bajadas. He ideado un instrumento de este género, que, á mi juicio, llena las principales condiciones que se desean, y después de algunos tanteos he construido su modelo, que espero someter á la práctica.

Para mis trabajos he utilizado los elementos de que podía disponer, en medio de la escasez de mis recursos y la pobreza de mis aparatos, luchando desde luégo con la desventaja de haberme visto privado de emplear el cronómetro y el barómetro que llevaba para mi expedición, y que se inutilizaron antes de empezarla: ésta tenía por objeto, más bien que el levantamiento de planos, la adquisición de noticias sobre el clima, las producciones y tribus del interior. He hecho varias mediciones con la cinta y resuelto algunos triángulos, cuyos ángulos había medido con un sextante: otras veces he empleado la plancheta y la brújula, aunque con la desconfianza de no obtener los verdaderos rumbos, por las perturbaciones que sufre la aguja, y de no haber podido ejecutar buenas observaciones para determinar la variación magnética. Para las alturas he atendido á la comparación con algunas montañas, á las corrientes de las aguas y á las diferencias de temperaturas. He hecho, por último, algunas observaciones de latitud, tomando ordinariamente las alturas meridianas del sol, y en los puntos siguientes: islote de Elobey Pequeño, Satome en el Cabo San Juan, desembocadura del río Aye, promontorio Bangüe y en Bocambañe.

METEOROLOGÍA.—Las observaciones meteorológicas han sido hechas en el islote Elobey á la latitud de 1° Norte y longitud 27°-42' próximamente.

Temperatura atmosférica. De los números comprendidos en mis cuadros meteorológicos, se deduce que en Junio la

temperatura media fué de 27°, 119; la máxima 29°, y la mínima 23° centígrados.

En Julio.....	Temperatua media	27° 094.	Máxima	29°.	Mínima	23°.
En Agosto....	—	26° »	—	28°.	—	23°.
En Setiembre..	—	25° »	—	28°.	—	22°.
En Octubre. . .	—	25° 954.	—	29°.	—	23°.
En Noviembre.	—	27° 416.	—	32°.	—	24°.
En Diciembre.	—	27° 467.	—	31°.	—	23°.
	Máxima á la sombra, el 21 de Noviembre..			32°.		
	Mínima, el 15 de Setiembre.....			22°.		
	Oscilación extrema.....			40°.		
	Máxima extrema al sol.....			52°.		
	Oscilación extrema de sol á sombra.....			30°.		

Las observaciones se efectuaban periódicamente á las 6 y á las 10 horas de la mañana, y á las 2 y 6 horas de la tarde. La temperatura media de Junio, á Diciembre, fué de 26° 577.

Vientos reinantes. Fuera de la influencia del monzón, reinan en bahía, con regularidad admirable, brisas constantes, cuya causa, puramente local, se explica fácilmente. Por la mañanita sopla el E.; á las 10 el SE.; á las 12 calma; á las 3 de la tarde el SO., y á la noche el O. Durante la época de las lluvias caen considerables cantidades de agua en la parte alta del interior del país, en donde siempre he visto la atmósfera cubierta. Estas cantidades de agua son mucho mayores en las selvas de los afluentes del rio Muni y en la región montuosa del NE. La humedad es grande, y los vapores, enfriados de una manera notable antes de salir el sol producen un desequilibrio atmosférico, originando, ó mejor dicho, ayudando al alisio del NE., que siempre sopla muy debilitado en estas zonas, y se dirige al mar que tiene, como también lo indican mis observaciones, una temperatura más elevada. A este viento le llaman los indígenas *Utamboni*, por soplar de dicho rio, y sólo se siente en la época de lluvias, porque éstas son su principal causa, y porque en aquélla, al ménos hasta el mes de Abril, alcanza el alisio estas regiones. El viento Norte (*Gongo*),

que sopla rarísimas veces, obedece á la misma causa que el anterior, dando lugar a la formación de trombas marinas. Al elevarse el sol sobre el horizonte, comienza la evaporación, y ésta es mayor en el mar que en las selvas, de donde se deduce que el aire del mar adquiere un temple menor que iguala al de la tierra, habiendo equilibrio. Entonces la calma anuncia el cambio, pero dura poco, y el sol que se eleva rompe pronto la igualdad. El aire del mar se arroja sobre las regiones altas del interior, y el alisio, una vez roto el equilibrio, comienza á soplar, produciendo un choque cuya resultante necesariamente se dirige al N. Este es el viento *Munda* de los corisqueños. Llega el sol al zénit; sus rayos más fuertes caen sobre la bahía, y hay un intervalo de calma, porque aquella columna de fuego sólo produce débiles ráfagas de arriba para abajo y vice versa. Pasa el sol la meridiana: la evaporación del mar va creciendo y la temperatura de la tierra va aumentando: el desequilibrio es mayor y la columna de aire del mar adquiere más fuerza, tendiendo la resultante á inclinarse primero al N-NE. y después al NE.: éste es el SO. ó *bilis* de los isleños. El calor va disminuyendo y la evaporación también, y entonces los vapores se declaran en lluvia; por eso se presentan éstas generalmente por la noche. En la época seca, el alisio del NE. se encuentra detenido en las zonas de las calmas ecuatoriales, entre los 9 y 15° de latitud, y por eso en esta época no existe el viento *Utamboni* ó Este, pero en cambio el alisio del SE., que ha estado detenido á la latitud del Congo, alcanza esta región y reina por las mañanas, siendo sustituido á la tarde por la brisa del Oeste.

En los cambios de estación suelen soplar verdaderos huracanes, que, en forma de golpe de viento, producen desastrosos efectos. Vienen casi siempre del E. y SE.

Presión atmosférica. Nada puedo decir de la presión atmosférica, porque el único barómetro que tenía fué destrozado en el rio Camarones, consolándome de esta pérdida al considerar que en estos climas marcha aquel instrumento con una regularidad precisa, siendo aplicables para esta zona las observaciones que se han hecho en Fernando-Póo.

Estado higrométrico.—El higrómetro de Saussure ha dado las indicaciones siguientes:

En el mes de Junio.....	Media 87°.	Máxima 92°.	Mínima 72°.
En el mes de Julio.....	— 86°.	— 91°.	— 72°.
En el mes de Agosto.....	— 88°.	— 92°.	— 73°.
En el mes de Setiembre..	— 87°.	— 93°.	— 71°.
En el mes de Octubre....	— 90°.	— 94°.	— 80°.
En el mes de Noviembre..	— 90°.	— 98°.	— 82°.
En el mes de Diciembre..	— 94°.	— 99°.	— 82°.
Máxima, el 11 de Diciembre.....			99°.
Mínima, el 4 de Setiembre.....			71°.
Oscilación extrema.....			28°.

Las observaciones se han verificado á las mismas horas que se anotaba la temperatura. La humedad en los bosques es excesiva, y las nieblas son frecuentes en las montañas del NE. Las lluvias son copiosas, especialmente en la época que comprende los meses de Noviembre, Diciembre, Enero, Febrero y Marzo. Los de Abril y Mayo son transitorios á la época seca, y lo mismo sucede con Setiembre y Octubre respecto á la estación lluviosa.

Desde el 21 de Octubre al 31 de Diciembre, cayeron en el islote Elobey 1^m,4258 de agua, y en unas horas del día 19 de Diciembre 0^m,4810.

Los fenómenos eléctricos son muy comunes en las épocas de cambio de estación, y se presentan bajo la forma de tornados, rayos y fuegos de San Telmo.

Los luminosos ofrecen cuadros interesantes, especialmente el de espejismo, y entre los magnéticos citaré uno poco conocido, que se manifiesta por las desviaciones de la vertical. Desviaciones regulares que siguen un movimiento opuesto al aparente curso del sol, sufriendo perturbaciones que indican la presencia en la atmósfera de grandes cantidades de electricidad, ó de humedad, etc.

He hecho algunas observaciones sobre este particular con la plomada de D. Ramón Giró, persona que se ha dedicado á estos estudios especiales; omito la descripción detallada del

aparato que he citado, el cual tiene en la parte inferior un sistema de palanquitas que mueven una aguja capaz de marcar en un cuadrante las desviaciones más imperceptibles, y también prescindo de señalar la fórmula de que me he valido para averiguar las verdaderas oscilaciones, limitándome á manifestar que este instrumento constituye un precioso indicador de todas las variaciones atmosféricas, y á consignar solamente, como resultado del cuadro de curvas que he formado, la relación que existe entre los fenómenos atmosféricos y las desviaciones septentrionales ó meridionales de la vertical.

De todos los datos que se hallan en mi *Diario*, se desprende: 1.º Que las desviaciones al Norte indican, con veinticuatro horas de anticipación, lluvia, tanto más intensa, cuanto es más sensible la desviación: así el 28 de Octubre se anunció la que tuvo lugar el 29, en que cayeron 610 milímetros. 2.º Que el estado eléctrico de la atmósfera influye de una manera todavía más directa en la plomada, y que la hace desviar al Sur notoriamente. 3.º Que cuando las desviaciones son casi imperceptibles, anuncian un tiempo despejado y seco. Y 4.º Que si coincide la lluvia, en el tiempo seco y despejado, con el estado eléctrico, la plomada se desvía al Sur, como si fuera insensible á las dos primeras influencias.

Las observaciones que he reunido corresponden á los días comprendidos entre el 21 de Octubre de 1875 y el 17 de Diciembre del mismo año, y han sido hechas en el islote Elobey. En la marcha oscilatoria del instrumento se notan variaciones bruscas, que ignoro á qué causas obedecen: no pudiendo formular una teoría acerca de ellas, me atrevo á manifestar únicamente el deseo de que se practiquen estudios más determinados y con aparatos perfectos.

PRODUCCIONES.—La agricultura está reducida al cultivo de las plantas necesarias para la alimentación: la yuca y los plátanos son las principales. Entre las especies útiles por sus frutos ó por sus aplicaciones en la industria, se cuentan el cedro, el caobo, el ébano, el campeche, el árbol de la goma, la palmera de aceite, la teka y otros muchos árboles de vistosas maderas ó de jugos

colorantes, cuyas propiedades no han sido bien estudiadas.

El hierro se halla extendido por este país, y asociado con el azufre se encuentra en la cordillera de Ukudi-Masei.

Abundan mucho los elefantes, especialmente en los afluentes altos del río Muni. El búfalo y el hipopótamo se ven en ciertas localidades. Las panteras y leopardos llegan á ser terribles, muy particularmente en el territorio del cabo de San Juan. Hay cuadrumanos de varias especies, entre los que se cuenta el gorila, el chimpanzé y el orangután. Algunas variedades de antílopes, grandes jabalíes, enormes serpientes y peligrosas culebras habitan los mismos bosques que los monitores, tupinambas y camaleones.

Las especies de aves propias de esta parte del África tienen grande analogía con las que he visto en otros países. Los buitres, águilas y el *oricú* anidan en las montañas. *Musophagos* de bellos colores; una rica variedad de cuclillos; numerosas especies de gorriones y cotorras; el *Vaalía* de Bruce y otras muchas, que es imposible enumerar en una relación de este género.

En las rocas de las costas se hallan gigantescas *pyrulas*, *strombus* y *conus* en abundancia, con multitud de *cypræas* de bellos colores.

En la imposibilidad de citar en estos fragmentos todos los ejemplares de los tres reinos de la Naturaleza recogidos durante mis excursiones, haré mención solamente de los principales moluscos que he recolectado á lo largo de las costas de Guinea (1):

Trophon (murex Lk.) Fimbriatum ? (Hinds.).

Fusus melongena (Pyrula Lk.) P. Melongena.

Pyrula vespertilio (Lk.) ?—Cabo San Juan y Fernando-Póo.

Triton. Subg.º Gutturium.

Purpura hemastoma.

Purpura...

Monoceros Tuberculatum ?—Corisco.

(1) Van cerrados en un paréntesis los nombres de algunos que me regaló un misionero de Corisco, y cito la localidad en que han sido cogidos los que se supone no viven en los mares de Guinea.

- Oliva irisans.
 Oliva splendidula (Sow.) ?—Camarones.
 Oliva porphyria ?—Camaroner.
 Mitra. Subg.° Callithea fissurata ?
 (Columbella philippinarum.)
 Natica. Subg.° Mamma Straminea (Rel.).
 Obelliscus Terebellum (Lk.).
 Cerithiopsis punctatus ?
 Conus Omaicus (L.).
 Conus miles ?
 (Conus virginalis) ? (Brock).
 Conus. Subg.° Rhizoconus Monite ? (Bru.).
 Conus. Subg.° Cedonulli dominicanus (Lk.).
 Strombus gigas (Lk.).
 Strombus troglodytes.
 Cypræa pulchella (Sir.).
 Cypræa mappa ? (L.)
 Cypræa testudinaria (L.).
 Cypræa onix ?
 (Cypræa. Subg.° Aricia Moneta.)
 Cypræa pantherina.
 G.° Cerithium. 2.ª div.ª Potamidines. Subg.° Tympanotomus. Radula (L.).
 Cerithium. 1.ª div.ª Cerithina...
 Cerithium aluco (L.).
 Melania. Subg.° Aylacostoma Coarctata.
 Melania. Subg.° Ceriphasia elevata (Say).
 Melania. Subg.° Vivex fusca (Gm.).
 Melania. Subg.° Pachycheilus Lærissimus (Sur.).
 Melania. Subg.° Pachycheilus Nigritus (Mor.).
 Turritella. Subg.° Torcula...
 Turritella. Subg.° Haustator (Morf.).
 Nerita polita (L.) ?—Corisco y Fernando-Póo.
 Neritina ovula (Lk.).
 Turbo. Subg.° Senectus Spenglerianus ? (Ch.).
 Astralium ?...
 Livona T pica (L.).

Cardinalia...

(Haliotis. G.° Teiniotis Asinina) (L.).

(Patella umbella.)

(Patella aspera) (L.).

Patella granularis ? (L.).

Bulla ampulla.

(Zonites Trochomorpha Solarium) (Quoy y Gaimar).

(Bulimus decolatus.)

Orthalicus (bulimus) Flammigera (Ferus).

(Cochlea Ad. Subg.° Pachystoma aspera) (Lk.).

(Lucerna. Subg.° Isomeria ?) (Alb.).

(Rissota...)

(Cyclostoma) (Lk.).

Mactra...

Schizodesma Spengleri (L.).

Labiosa papyracæa (Lk.).

(Venus verrucosa) (L.).

Dosinia orbicularis (Edw.).

Cardium. Subg.° Serripes (Bck.).

Cardium costatum ? (L.).

Cardium. Subg.° Bucardium Ringens (Chem.).

Lævicardium Eolicum (Lk.).

Edmondia (Kon.)...

Lucina. Subg.° Myrtea...

(Lucina. Subg.° Miltha ?...) (Ad.).

Diplodonta Bidens.

Cardita bicolor (Lk.).

Cardita sulcata.

Modiola albicosta (Lk.).

Pinna rudis.

Senilia senilis...

(Pecten purpuratus...)

(Pecten tigris) (Lk.).

(Pecten. Subg.° Pseudamussium Glaber) (Lk.).

(Lima. Subg.° Ctenoides Scabra Var.)

TRIBUS.—Treinta y seis son las tribus que pueblan esta zona

del territorio. Cada una de ellas cuenta con varios reyezuelos, que se hacen la guerra unos á otros. Las poblaciones son pequeñas y muy esparcidas, habitando en cada cual una, dos ó tres familias solamente. El gobierno es más bien patriarcal: el jefe de familia es obedecido por la suya, y si por sus acciones se hace odioso al rey del país, se refugia en otra tribu ó Estado para librarse de la cólera de aquél.

El cultivo de las plantas alimenticias está á cargo de las mujeres, mientras que los hombres pescan ó cazan, cuando no se entregan á los repugnantes excesos de las batallas. Son bastante industriosos y elaboran el hierro con alguna perfección.

Entre todos estos pueblos sólo hay dos antropófagos, los Pamues y los Palatitos, que no se satisfacen con matar á sus semejantes para comerlos, sino que devoran los cadáveres y aun compran los muertos de otras tribus. El rey come la cabeza y los testículos; la nobleza el pecho y los brazos, y el pueblo todo lo demás; así estos salvajes, comprendiendo perfectamente las funciones que ejecutan los diversos órganos del cuerpo, atienden á ellas al distribuir sus despojos entre las diferentes categorías sociales.

Por más que estas tribus tengan interés en permanecer aisladas, existe mucha analogía entre todas sus creencias y costumbres, y hasta en idioma, lo cual nos indica que no son otra cosa que desmembraciones de algún Estado poderoso del interior.

IDIOMAS.—La lengua yenga, en la cual he hecho estudios minuciosos, es pobre y poco trabajada: la pronunciación es difícil, pero muy blanda al oído. Dan á la *v* el sonido francés y la *j* la pronuncian con mucha suavidad, por lo cual las he representado con los signos y y y. La *rr* es poco usual y acentúan largamente algunas sílabas, dandoles una entonación particular; sucede con frecuencia que no entienden una palabra que oyen pronunciar por omitir la medida larga ó breve de una sílaba.

No conocen la escritura, y el siguiente vocabulario, de pronunciación figurada, da una idea de la semejanza que existe entre algunos de los idiomas que se hablan en esta zona.

ESPAÑOL.	V <u>ENGA.</u>	V <u>ALENGUE.</u>	V <u>ICO.</u>	M <u>MASANGO.</u>
Aceite (de palma).	Mabule.	Magure.	Muto.	»
Acha.	Uboki.	Eyoka.	Ydiokó.	Pebe.
Afilar.	Yyeba.	Diseba.	Yebo.	»
Agua.	Miba.	Madiba.	Maducu.	Mamba.
Allí.	Okaba.	Gó.	Angoko.	»
Amarrar.	Ykata.	Ykata.	Kao.	»
Amigo.	Boi.	Guionga.	Deki.	Bachi.
Araña.	Ybubele.	Dilao.	Yuluku.	»
Arena.	Maye.	»	»	»
Ayer.	Vake.	Bakolo.	Aku.	»
Azagaya.	Ikongo.	Yongo.	Ykó.	Dikongo.
Bambú.	Banye.	Banya.	Banya.	»
Banana.	Ekoi.	Londo.	Dikondo.	»
Beber.	Ymoto.	Dimuá.	Dinoto.	»
Blanco (europeo).	Utangani.	Mutangani.	Metangani.	Guebamba.
Boca.	Ubumbu.	»	»	»
Bosque.	Eyiki.	Pindi.	Lico.	Uschilu.
Botella.	Bote.	Bute.	Bute.	»
Brazalete.	Yoku.	M u e negüan- yobu.	Pitiusebo.	»
Bueno.	Buamu.	Guñebe.	Diñebo.	»
Búfalo.	Ñate.	Ñati.	Ñate.	Yoma.
Cabra.	Bóodi.	Guenbodi.	Itabo.	Taba.
Camino.	Yea.	Yela.	Yeé.	Yela.
Caña (aguardiente).	Maku.	Manyambo.	Manyame.	»
Coco.	Ubanga.	Banga.	Banga.	»
Cocodrilo.	Gáandu.	Gaandu.	Gaandu.	Gaandu.
Cortar.	Lenaka.	»	»	»
Decir.	Ilangua.	Bongolá.	Kaseko.	»
Déspota.	Mutube.	»	»	»
Día.	Buyua.	Uña.	Yoobo.	»
Dientes.	Manyonga.	Mabeye.	Masó.	»
Dolor.	Meyio.	Miyibo.	Disamu.	»
Elefante.	Yoku.	Yogu.	Yoku.	Yago.
Enfermo.	Meyio.	Miyibo.	Disamu.	»
Espalda.	Yoyukongo.	Mukakala.	Makala.	»
Fiebre.	Ybebu.	Dibebu.	Duku.	Moso.
Fuego.	Vea.	Veya.	Viunu.	Bago.
Fuerte.	Gudi.	Gudi.	Gudi.	»
Fusil.	Yali.	Yaare.	Yaare.	Buta.
Gallina.	Kuba.	Uba.	Gubo.	Koko.
Goma.	Dámbue.	Dambue.	Dambue.	Dambue.
Herida.	Ibengue.	Ibengue.	Díbei.	»
Hilo.	Ñongue.	Ñongue.	Ñongue.	»
Hoy.	Obua.	Ñano.	Amoko.	»
Indicar	{ con la mano. Ilebide.	} Guñorriye.	Gusoi.	»
	{ con los labios. Imuñide.			

ESPAÑOL.	V <u>ENGA.</u>	V <u>ALENGUE.</u>	V <u>ICO.</u>	M <u>MASANGO.</u>
Ir.	Ibala.	Tologo.	Keko.	Dambue.
Isla.	Ñengue.	Nengue.	Nengue.	»
Jabali.	Güea.	Golobe.	Gugo.	Güea.
Jarra.	Imogui.	Dimogui.	Dimoku.	»
Lago.	Etima.	Guetima.	Itimo.	Modiba.
Leche.	Mañongo.	Mañongo.	»	»
Leopardo.	Yó.	Yego.	Yeu.	Yogo.
Lumbre.	Veá	Veya.	Viunu.	»
Llanura.	Eyanyiboka.	Dibuebue.	Ibenchi.	»
Lluvia.	Buia.	Bula.	Buio.	»
Marfil.	Ubangu.	Dibeye.	Sibo.	»
Monte ó cordillera.	Ukudi.	Guedumba.	Kudu.	Mukongo.
Mucho.	Beite.	Guborro.	Dibuio.	Bimbili.
No.	Ñaue.	Ñaue.	Ñaue.	Sisa
Noche.	Bulu.	Guerrugu.	Kuchu.	»
Ojo.	Diyo.	Diyo.	Disi.	»
Orangutan.	Kuia.	Gueyego.	Kuia.	Yego.
Pescado.	Eyaka.	Gueyaka.	Moambi.	Iberre.
Piedra.	Ilala.	Dirara.	Itadi.	Dimaña.
Pólvora.	Ipita.	Pita.	Pito.	»
Quemar.	Itumba.	Burruguemu.	»	Magoyogo.
Rio.	Biyó.	Lediba.	Duku.	Mambama quequi.
Robar.	Yba.	Güiba.	Güibo.	Moibichi.
Sangre.	Makia.	Mala.	Maquio.	»
Si.	He.	He.	He.	He.
Tripa.	Mia.	Miela.	Tibú.	»
Veneno.	Ekembe.	Guekembe.	Kembe.	Unay.
Viajero.	Uyupé.	Gulengue.	Indemblane.	»
Yo.	Umba.	Yngüe.	Mi.	Me.
Yuca.	Ugondo.	Ubondo.	Goondo.	»
Zurrón.	Elande.	Dipea.	Ebombo.	»

NUMERACIÓN.

Los vengas cuentan todo por grupos de á diez y los valengues y vicos por grupos de á cinco.

ESPAÑOL.	V <u>ENGA.</u>	V <u>ALENGUE.</u>	V <u>ICO.</u>
Uno.	Poco.	Poo.	Vote.
Dos.	Iba.	Barre.	Biba.
Tres.	Ilalo.	Rarro.	Bitati.
Cuatro.	Inai.	Nai.	Bine.

ESPAÑOL.	YENGA.	VALENGUE.	VICO.
Cinco.	Itam.	Tamu.	Bitán.
Seis.	Ituba.	»	»
Siete.	Ambuedi.	»	»
Ocho.	Loguambe.	»	»
Nueve.	Ebua.	»	»
Diez.	Yun.	Yun.	Diom.
Veinte.	Mabumabale.	Mabumabarre.	Mabumaba.
Treinta.	Mabumalalo.	Mabumarrarro.	Mabumatati.
Ciento.	Kama.	Kama.	Kama.
Mil.	Toyen.	Toyeni.	Toyeni.

Estas voces se combinan, y así para indicar «mil quinientos ocho», dicen los yengas «toyeninakamitanunabelombo lo-guambe».

No tienen nombres para las semanas y meses, y no llevan cuenta del tiempo. Cuando á uno se le pregunta por la fecha de su nacimiento, siempre se refiere á un hecho importante sucedido en aquella época. La guerra de los kumbes, la llegada de un barco, etc.

Añadiré algunos nombres, esencialmente geográficos, del idioma yenga y varias frases usuales en el mismo.

ESPAÑOL.	YENGA.	ESPAÑOL.	YENGA.
Aereolito.	Utondo.	Cresta.	Enyombanyomba.
Arco-iris.	Uñongo.	Cueva.	Budu.
Árido.	Yengue.	Desfiladero.	Dongomia.
Arroyo.	Biyobiyole.	Desierto.	Yengue.
Barra.	Queega.	Eclipse.	Bebinde.
Barranco.	Iboba.	Eminencia.	Ukudi.
Brisa.	Bilis.	Ensenada.	Tungu.
Cabaña.	Dabuanguya.	Escarcha.	Yupa.
Cabo.	Ugulo.	Escollo.	Ylaleyutakide.
Cala.	Tungu.	Espejismo.	Belengue.
Campiña.	Utobe.	Estrecho.	Ipolo.
Canal.	Kuluakide.	Estribo.	Itabayukudi.
Casa.	Dabu.	Fetiché.	Buanga.
Cerro.	Ukudimalale.	Fosa { Para cazar.	Bela.
Cima.	Ibate.	{ Para cadáveres.	Malonga.
Confluencia.	Tunguabiyo.	Fuente.	Didango.
Costa.	Tungu.	Flujo ó Pleamar.	Eningolondinde.
Crepúsculo.	Menyenye.	Gruta.	Ibeco.

ESPAÑOL.	VENGA.	ESPAÑOL.	VENGA.
Garganta (Geogr.)	Belengue.	Punta (Geogr.)	Idolo.
Halo.	Ulungumangonde.	Rayo.	Gáady.
Inundacion.	Toonda.	Reflujo.	Eningoechubakande.
Láctea (vía).	Ukabanganu.	Relámpago.	Ebelibeli.
Laguna.	Umboko.	Rey.	Upulu.
Luna.	Goonde.	Riachuelo.	Biyobiyole.
Manga (tromba).	Ebukuangunya.	Ribera.	Bobeyu.
Marea.	Eningo.	Selva.	Eyiki.
Media marea.	Eningo-eteminde.	Sol.	Yoba.
Niebla.	Bengumbe.	Sonda.	Yongue.
Nieve.	Ibebo.	Torrente.	Tonda.
Ola.	Ibanya.	Tribu.	Betomba.
Pueblo.	Booca.		

De dónde vienes?—Obe nabia eloby?

Hay un pueblo cerca de aquí?—Oka bana booca epokue piele okaba?

El pueblo es grande?—Booca endenenene?

Quién es su jefe?—Yadune butene?

Qué costumbres tienen?—Yalolombue eobe eyake?

Qué gobierno tienen?—Ya gobene (1) eyadi?

Qué religion tienen?—Yu uiequenidi?

Son feroces?—Vandi bubé?

Qué provisiones encontraremos allí?—Ya beye yemadua mia?

Hay casas de madera?—Ona dabu eabetimbe?

Qué lengua se habla allí?—Ya tombe eambu ekalake?

Hay allí montañas?—Ome omukudi?

Hay en ellas agua y árboles?—Ukudi unamiba na engala?

Hay por allí rios grandes?—Oka meona biyo binene?

Hay lagos?—Onaetima?

Dónde está el camino del pueblo?—Yea camboka eloby?

Cuánto tiempo tardaremos en llegar?—Ya egumbe eayue-kapoi?

Cómo estais, amigos?—Ulena bueane?

Bien; y vosotros?—Te buamu; obe teipe?

(1). Palabra tomada del inglés.

Me va bien. — Te buamu.

Qué asunto os trae por aquí? — Uma bialena?

Vengo á poner un comercio. — Vaka kalongaque fatele.

Cuánto tiempo habeis estado en el mar? — Yagumbe eobe emadia omanga?

Quiero una casa y provisiones. — Oayakande dabu eyakie.

Hay muchas enfermedades aquí? — Okaba ondinabebedi?

Teneis tabaco? — Otena tabaku?

Soy pobre, pero yo te haré un regalo. — Undidengue bikaye oye elombo.

Yo soy amigo de los buenos. — Biénekina bui eame andi buamu.

Ahora déjame descansar. — Quiatekane dikakamba bituya.

Sirvan para completar las noticias sobre el idioma de estos pueblos, algunas notas sueltas sobre nombres y saludos.

Todos los habitantes de esta zona tienen dos nombres. Uno de ellos es determinado; por él se conocen en el trato ordinario, y el otro sirve para el saludo. Así, por ejemplo, entre mis servidores, Elombuangani, recibe en el saludo el nombre de *Didango*; Makoko, el de *Balibeli*; Buanga, el de *Vianga*; Umbilipongüe, el de *Monguñi*; Blasen, el de *Vualangue*; Gaalo, el de *Massambala*; Eboyi, el de *Bokuka*; Imama, el de *Dikambi*; Maguya, el de *Musinya*, y Ukambala, el de *Berrondo*. Las mujeres sólo tienen un nombre. El saludo varía en la forma según las circunstancias. Para comprenderlo mejor, supongamos á dos individuos cerrando en un paréntesis su nombre de saludo. Elombuangani (*Didango*) y Ukambala (*Berrondo*). Si estos dos individuos residen en un mismo pueblo y se están viendo continuamente, su saludo ordinario es *Bolo* — contestación *Ae*; *Boloani*, segunda contestación *Ae*. No se ven continuamente los individuos que hemos citado, pues entonces el saludo varía de forma: — *Didango aseo*, dice Ukambala; aquél contesta: *Aseo* — *Didango oka* — *oka*. Si hay varias personas, á cada una se la va saludando lo mismo. Si el que saluda viene de otros países, entonces pronuncia en voz muy alta, casi á gritos, el nombre repetido del otro, el que á su vez hace lo mismo. *Didango, Didango, Didango...* diría Ukambala mien-

tras aquél repetía: *Berrondo, Berrondo, Berrondo...*, formando una gritería espantosa. Si en vez de encontrarse estos dos solos, hubiera mucha gente, entonces exclamaría: *Masuma, masuma, masuma...* Cuando se ignora el nombre de una persona, se la pregunta: *¿Gombingüe?* y ella da su nombre para que se la salude como á los demás.

Las mujeres se saludan ordinariamente con *Bolo* y *Boloani*; pero cuando se encuentran dos amigas que hace tiempo no se han visto, se acercan una á otra con mucha lentitud, y como movidas al compás de sus palabras, van diciendo en melancólica voz: *ié—ié—ié—ié*. Cuando la distancia que las separa es de unos dos pasos, se animan sus rostros, brillan sus ojos, enseñan su preciosa carrera de blancos dientes y se echa la una en brazos de la otra exclamando con aguda voz: *¡Sahaaaaaaa!* El saludo entre las tribus yalengues es *Borani-ae* y *Boronape-ae*. Los itemus, vicos, biyas y bundemus, usan de unas mismas palabras en sus saludos; *Bolomé-ae* y *Bolo-ae*.

Los bapukus saludan como los yengas. Los pamues saludan con las siguientes palabras: *Ámi; vfulane aa amvfulo = Ámi*, significa mira. Curioso por extremo es ver á esta gente saludándose con todo el rigor de la etiqueta. No puede omitirse una palabra. Sería esto una falta grave y muy mal mirada la persona que en ella incurriera. Nadie pasa sin saludar, nadie entra sin pronunciar al menos el *Bolo*, y tampoco nadie sale sin decir algo que indique su deferencia á los demás.

«*Bolo Utangani*» (Adios blanco) me solían decir los niños, que temblando, con lágrimas en los ojos y la vista al suelo, eran puestos por sus madres delante de mí para hacer que en ellos se disipara el miedo que les producía mi piel clara.

CRANIA-VENGA. — El cráneo de los naturales de esta zona, exceptuando á los pamues que tienen rasgos semejantes á los fellatahs y otros pueblos, perteneciendo sin duda á otra raza, es dolicocéfalo ó alargado, comprimido, estrecho, sobre todo en las sienas, pero no de una manera pronunciada. El occipital adquiere un gran desarrollo; las órbitas son angulosas; la man-

díbula superior es prognata ó avanza hácia adelante; el pecho es más convexo que el del europeo; los músculos muy desarrollados, pero flojos. A fuerza de paciencia, y luchando con la superstición de los negros, que veían en el compás de espesor un objeto mágico, he podido hacer solamente seis mediciones del índice cefálico, diámetro transverso, frontal mínimo, índice nasal y ángulo facial, en otros tantos individuos nacidos en la bahía de Corisco. De todas estas observaciones, que no considero suficientes, se desprende que los yengas son dolicocefalos, existiendo, entre unos y otros, diferencias notabilísimas en ángulo facial (Jacquart), tanto más raras, cuanto que se parecen entre sí las demás medidas de los otros caracteres étnicos.

Véase el siguiente cuadro como ejemplo:

<u>Nombres.</u>	<u>País de nacimiento.</u>	<u>Edad.</u>	<u>Ángulo facial.</u>
Ubidapekindan.....	Corisco.....	22 años ?	70°
Blasen (1).....	Corisco.....	24 » ?	82°
Bembo.....	Corisco.....	32 » ?	70°
Rafael Eboyi.....	Corisco.....	25 » ?	77°
Dongo.....	Corisco.....	24 » ?	77°
Ūmbilipongüe.....	Cabo de San Juan...	18 » ?	79°

El promedio de estas observaciones nos da para los corisqueños un ángulo facial de 75°, 83, algo más elevado del que podíamos suponer, teniendo solamente en cuenta el origen de estas tribus y la zona que habitan.

He tenido ocasión de observar que en estos negros circula la sangre con más lentitud que en nosotros los europeos, y están, por lo tanto, más á cubierto de las grandes hemorragias porque la sangre se coagula con suma prontitud en los bordes de la herida. Con fomentos de árnica corté á un indígena, en cierta ocasión, un gran escape de sangre que brotaba de tres heridas de arma blanca, situadas en el omoplato derecho.

(1) Negro jiboso de gran inteligencia.

Nueve minutos bastaron para que la hemorragia terminara. El albinismo no es raro en estos climas.

ENFERMEDADES.— El escorbuto, la urticaria, la disentería, cefalalgia, gastralgia y congestión del hígado, son las enfermedades que principalmente he padecido durante el tiempo que he estado en África.

El *escorbuto*, en su forma benigna, que me ha atacado diferentes veces, lo atribuyo principalmente á los alimentos curados y á la falta de vegetales frescos en las comidas. Lo he combatido con excelentes resultados por medio del *mercurius*.

La *urticaria*, ocasionada por el uso diario de los pescados, como alimento, me ha molestado muy á menudo, pero sin necesidad de apelar á ningún tratamiento ha desaparecido en períodos de cuatro y cinco dias.

La *disentería*, que empezó á manifestarse estando en el rio Aye, es la enfermedad que me ha hecho padecer más crueles dolores y la que se ha resistido con más vehemencia á todo tratamiento. Cólicos intensos, cámaras de falsas membranas teñidas de bilis y de sangre, inflamación del vientre, gran debilidad, especies de síncope, fiebre, delirio en los dolores, enflaquecimiento, sed extraordinaria, son los principales accidentes que sentí y que ninguna duda me dejaron acerca de la naturaleza de la enfermedad que padecía. Pasó al estado crónico y la traté como á una perniciosa disentérica. Los medicamentos que usaba no producían efecto, pero al fin, el sulfato de quinina en fuertes dosis (1), pudo concluir con una enfermedad que había acabado con mis fuerzas en tres meses de duración.

La *cefalalgia*, que me ha hecho perder muchos dias de trabajo, la he considerado siempre como uno de los síntomas de la *hemicraneá* que estoy sujeto á padecer por naturaleza. Esta enfermedad ha desaparecido, después de un sueño prolongado, para volver á manifestarse al cabo de un período más ó menos largo, según los casos. Ella me sumió en una tristeza é irasci-

(1) En una ocasión llegué á tomar muy cerca de 3 gramos.

bilidad considerable, y me hizo caer en una impresionabilidad nerviosa muy molesta, que también desapareció al variar de clima y alimentación.

Por último, la *congestión del hígado* y la *gastralgia* las considero; la primera, como un síntoma de la disentería; y la segunda, como una huella de ésta.

Pero de todas las enfermedades no localizadas, la que me ha atacado con más frecuencia ha sido la fiebre intermitente, en sus tipos cotidiano, terciano, cuartano, septimano y remitente.

Los miasmas de los pantanos ejercen algunas veces una influencia repentina. He observado, que si durante la noche paso dos horas bajo una platanera, se desarrolla en mí una fiebre cuyos prodromos siento generalmente á las veinticuatro horas. Un compañero mio cayó con una remitente en el momento de pisar los pantanos del Bonny. Al fondear la goleta *Edetana* en la bahía de la Concepción (Fernando-Póo), cogieron la fiebre diez y nueve marineros españoles y dos krumanes. Los oficiales y yo estuvimos en tierra, paseamos por las selvas y cruzamos algún pantano. Nuestra salud no se resintió. Algunas veces se presenta esta enfermedad bajo la forma epidémica. Durante una sola noche he visto morir cuatro negros en el islote Elobey. Al siguiente día, supe que en Corisco habían muerto varios. Según las noticias que pude adquirir, es de creer que la fiebre que atacó á estos desdichados era una perniciosa comatosa. Hay temporadas en la isla de Fernando-Póo, en que los enfermos no caben en el hospital y, vice versa, períodos que por fortuna son bastante largos, durante los cuales la generalidad goza de muy buena salud. Estos cambios, que en aquella Isla se conocen con el gráfico nombre de «rachas de fiebres,» no obedecen á ninguna causa meteorológica.

Parece que en estos climas, durante la época lluviosa, abundan más las calenturas, pero tienen un carácter más benigno que el que presentan en época seca. La raza negra es también víctima de esta enfermedad pero la resiste mejor que la blanca. Se ha observado que los jóvenes son más propensos á padecer la fiebre. Los ancianos casi se libran de ella. A medida que el europeo pasa más tiempo en estos países, las fiebres que padece

son más benignas; así que suele decirse con algún fundamento, que pasado el primer año de prueba no debe uno temer morir de la enfermedad de que trato. Las causas ocasionales más evidentes, son: el enfriamiento; la exposición á la humedad durante la noche ó al sol durante el día; las pasiones deprimidas; la cólera; la vida muelle y sedentaria, y en general todos los excesos. La higiene más estricta, los preservativos, ni medicamento alguno, son suficientes para hacer cesar las fiebres cuando se apoderan de un individuo. Disminuirá la intensidad de aquéllas, pero no desaparecerán por completo. Estas terminan después de períodos más ó menos largos, y generalmente cuando el enfermo, demacrado y débil, abandona el régimen que hasta entonces ha seguido. He ensayado los purgantes, los vomitivos, la homeopatía, el sulfato de quinina por varios métodos, la quina, las preparaciones arsenicales; nada ha bastado cuando he sido víctima de las intermitentes. En una ocasión tuve cinco fiebres en cinco días; el último acceso fué grave; en mi estómago habian entrado más de siete gramos de sulfato de quinina. La calentura no desaparecía. Tomé un purgante; y la enfermedad terminó para no aparecer en el transcurso de más de tres meses. El purgante, en otras ocasiones, no ha hecho más que agravar el mal. Tres glóbulos de *china* han sido suficientes, en ciertos casos, para evitar el desenvolvimiento de la fiebre; en otros, este medicamento ha sido ineficaz.

Como preservativos pueden usarse los vinos quinados, y entre ellos, con ventaja, el *quinium* de Labarraque, en dosis de una copita todas las mañanas, ó dos granos de sulfato de quinina disueltos en algún licor ó envueltos en medio papelito de fumar. Las comidas deben ser nutritivas, combinando los alimentos vegetales con los animales; el buen vino es casi necesario (1); los pasteles, el chocolate, la leche, los helados y las grasas son perjudiciales. Un ejercicio activo es de lo más conveniente. El sueño no debe prolongarse más de seis horas. El

(1) A todos los vinos que se traen á estos países es necesario añadir $\frac{1}{30}$ de su peso de alcohol.

dormitorio, durante la noche, no debe tener comunicación con el exterior, y da resultados colocar en él un vaso con agua, en la cual se haya depositado una cucharada de la disolución de cloruro de óxido de sodio. El cuerpo y el espíritu han de estar en constante y agradable ocupación.

Los vestidos serán de franela, y el saracó, ó *pith hat* de los ingleses, es el sombrero recomendado para estos países. En época de lluvias pueden usarse los impermeables, hechos con el *savon hidrofugue* del doctor Menotti, los cuales no son tan calurosos, permitiendo el paso del sudor. No debe beberse el agua sin haberle adicionado antes un trozo de carbon molido ó sin pasarla por un filtro. Ciertas aguas necesitan cocerse para poder hacer uso de ellas. Está perfectamente demostrado que las aguas son una de las principales causas de la fiebre. Debe procurarse mudar al momento los vestidos húmedos, ó de no hacerlo así, seguir en un continuo ejercicio corporal hasta tanto que puedan ser sustituidos por otros secos. En países muy pantanosos es conveniente llevar, en la región epigástrica, un saquito que contenga polvo de quina, y es útil también espolvorear la planta interna de los calcetines con flor de azufre; ésto preserva, además, de las niguas. Una vez al mes puede tomarse, con ventajas, un ligero purgante salino.

Siguiendo este régimen desde el principio, puede asegurarse, para la mayoría de los individuos, que las fiebres que padezcan no serán de forma perniciosa y no formarán esos períodos largos y penosos que consumen al paciente y que se resisten á todo tratamiento, como antes lo hemos dicho.

Cuando se sienten los prodromos, que varían según la organización de la persona ó el tipo de la fiebre, se deben tomar tres glóbulos de *china* disueltos en una cucharada de agua. Espérense sus efectos. Lo probable es que la fiebre no se desarrolle; pero si á pesar de esto se declara el acceso, y se ve que es de forma regular, disuélvanse algunos glóbulos del *plántago* en medio vaso de agua. Se toma una cucharada en la apirexia y otra en los primeros síntomas del acceso siguiente. Continúese de este modo hasta que desaparezca la enfermedad y después se sigue tomando una cucharada diaria durante ocho

días. El resultado es satisfactorio. Si la fiebre no es de forma regular, no se corta con el uso del plántago, ó se repiten los accesos después de cierto tiempo, apélese al sulfato de quinina y dése una dosis de un gramo, lo más distante que sea posible del acceso siguiente, es decir, en la declinación del acceso actual, ó sea cuando se despeja la cabeza y disminuye naturalmente el sudor. Estos son los síntomas de la cesación temporal de la fiebre, aun cuando el pulso siga agitado y la piel ardiente. Si el acceso, contra lo que es de esperar, se repite, adminístrese un ligero y rápido purgante y dése otro gramo de quinina (1) en las mismas condiciones que el anterior. Si la fiebre se reproduce, lo cual no dejaría de ser un caso rarísimo, apélese á la homeopatía y búsquense los medicamentos más indicados. Lo que da mejores resultados es abandonar, en el plazo más breve, el país donde se ha contraído la enfermedad.

Algunas de las reglas que acabo de citar son puramente empíricas, pero dan excelentes resultados en casi todos los casos. De todos modos, la fiebre regular no es de temer; más de se senta accesos he padecido en la costa y ahora gozo de una salud inmejorable, sin que conserve huella alguna de tanta enfermedad.

PLANTAS MEDICINALES.—Los feticheros, que son los médicos de estos países, conocen la propiedad medicinal de muchas plantas, á cuyo estudio se dedican. Los conocimientos que adquieren, á fuerza de repetidos ensayos y después de causar no pocas víctimas, los comunican únicamente á los que ingresan en la asociación; la cual, perfectamente montada, no cuenta con infieles ni traidores que vendan su ciencia, bajo ninguna condición, por halagüeña que sea. Mucho he trabajado por sorprenderlos en sus ensayos; he ofrecido fuertes regalos por adquirir noticias de las plantas estudiadas. Todo ha sido inútil; y lo único que he podido anotar ha sido lo que todos saben en el país, y aun esto sin conseguir los ejemplares de todas las plantas para poderlas clasificar.

(1) El sulfato de quinina, de la marca Pelletier, es el que se considera mejor por los europeos en las costas de África.

Las principales son las siguientes:

Elate.—Para calmar los dolores cólicos. Se cogen unas treinta hojas de esta planta y se machacan perfectamente. La misma operación se hace aparte, y en la cantidad que ocupa medio vaso con el *gondo* que tiene unas almendras, aunque ignoro á qué planta pertenecen. Se incorporan estos dos cuerpos con un poco de agua y se acercan al fuego. Cuando empieza á hervir se añade un plátano verde sin corteza, y partido en pequeños trozos; además un pescado cualquiera con un poco de sal. Cuando está todo cocido se come á cualquier hora del día, y aseguran los indígenas que no han visto un caso de cólico que se haya resistido á dos dosis repetidas de esta cocción.

Kumbi.—Purgante para expulsar las lombrices y para hacer que desaparezcan las nubes de los ojos. Se raspa la raíz de esta planta, desprovista de corteza, y el jugo y parte de las raspaduras se guardan en la hoja de una platanera, que se arrima al fuego hasta que se calienta perfectamente; la hoja del plátano es muy mala conductora del calórico. Después de veinticuatro horas se echa el contenido en un vaso de agua y puede en ayunas tomarse por la mañana, no comiendo hasta la puesta del sol. Las dosis son de medio vaso para los niños y uno para los adultos. Aquéllos sólo pueden tomar dos dosis en dos días, éstos tres dosis en igual número de días. Para disipar las nubes de los ojos se echan sobre los mismos dos ó tres gotas de la sávia de la raíz del *Kumbi*, operación que se repite seis ó siete veces en un día y durante dos ó tres. Pueden lavarse también los ojos muy á menudo con agua, en la que se han echado algunas gotas de la sávia del *Kumbi*.

Upoko.—Para los dolores de riñones. Se coge un trozo de esta enredadera, del tamaño y grueso del muslo, se le golpea con un palo duro hasta que quede muy manejable y se coloca después sobre una piedra que ha sido calentada de antemano. El paciente se sienta sobre dicha piedra, debiendo permanecer así todo un día. Aseguran los indígenas, que si un hombre sano se aplica el *upoko* en cualquiera parte del cuerpo, siente violentos dolores.

Mundundu.—Para favorecer la secreción de la leche en las

madres que crían. Se prensan tres ó cuatro picos del *mundundu* y se mezclan con la almendra *gondo* molida, en cantidad igual á la que cabe en la palma de la mano. Una vez mezclados, se depositan en una vasija con agua y se pone á cocer, echándole un poco de sal. Esta bebida se toma á las seis de la mañana. A las doce ya puede administrarse alimento. A las cinco de la tarde se toma una nueva dosis del mundundu y á las diez de la noche se vuelve á comer. Si al día siguiente no tuvieran leche en los pechos, se los frota, de hora en hora, con hojas de *yuca* picadas y que hayan estado en agua al sol.

Ylele.—Para evitar muchas de las incomodidades del embarazo. *Ylele* es el nombre que dan á una fruta parecida en tamaño, figura y color, al tomate. Se deposita en una botella que contenga agua de lluvia, y se bebe de esta agua á pasto, desde los primeros meses del embarazo. No sólo el fruto de esta planta tiene las propiedades dichas; también las hojas de la misma contienen una sávia, que mezclada en partes iguales con agua, y después de hervido el todo, puede sustituir, con ventaja en algunos casos, al *Ylele*. La dosis de esta última cocción es de cuatro á seis cucharadas por día, en intervalos iguales.

COMERCIO.—El sistema de aislamiento que observan estos pueblos, hace que el comercio no tenga la importancia que en las costas orientales, y por esta razón, los artículos europeos quedan en la zona marítima. Sólo se ejerce libremente, á lo largo de los ríos, el odioso tráfico de esclavos, y aun llega á las costas burlando la vigilancia de la autoridad francesa establecida en el Gabón.

El comercio lo constituye el cambio de goma elástica, campeche, marfil, esteras, cestos, bejucos, pescados, frutas, miel, gallinas, huevos y cabras, por tabaco, rom, telas, gorros, navajas, cuchillos, pólvora, barras de hierro, fusiles, tijeras, cuerdas, eslabones, piedras, sal, collares, sombreros, machetes, licores, perfumes, herramientas, trajes, alambre, pipas, pañuelos, paraguas, botellas, palanganas, vasos, platos, jabón, arroz, carnes conservadas, galleta, etc., etc.

Los precios de todos estos artículos en las factorías de Elobey, son los siguientes:

	Pesetas.	
Una botella de aceite de palma.	0'50	ordinariamente 4 hojas de tabaco.
Una gallina.....	1'00	ordinariamente 1 cabeza (1) de tabaco ó una botella de rom.
Un racimo de 18 ó 20 bananas.	0'50	ordinariamente en tabaco ó rom.
Un coco.....	0'12	ordinariamente una hoja de tabaco.
Una piña.....	0'12	ordinariamente una hoja de tabaco.
Una estera ó un cesto.....	0'50	ordinariamente cuatro hojas de tabaco.
Veinticinco trozos de cera (25 libras) ú 11 $\frac{1}{2}$ kilogramos....	5'00	ordinariamente cinco cabezas de tabaco, 2,5 brazas ó 4 metros de tela, cinco botellas de rom ó collares.
Una botella de miel.....	1'00	ordinariamente tabaco ó rom.
Una cabra.....	25'00	en mercancías diversas.
Cincuenta planchas de bambú.	5'00	id. id.
Cincuenta palos de idem.....	5'00	id. id.
Cuerdas de bejuco.....	0'50	id. id.
Una pala de cayuco.....	0'50	id. id.
Un cayuco..... 20, 50, 150 ó 200'	0'00	id. id.
Goma elástica de 5 á 8 libras, (2 á 3 $\frac{1}{2}$ kilogramos).....	5'00	id. id.
Cien trozos de campeche.....	20'00	id. id.
Cinco trozos de ébano.....	5'00	id. id.
Diez yucas preparadas.....	4'00	id. id.
Cinco pescados secos.....	0'12	ordinariamente una hoja de tabaco.
Cinco idem frescos.....	0'25	ordinariamente en tabaco.
Marfil, según el tamaño del diente..... 5, 7,	10'00	ó más pesetas la libra.

(1) La cabeza de tabaco la componen ocho hojas.

	Pesetas.		Pesetas.
Un gorro.....	1'00	Dos botellas de mesa....	5'00
Cuatro cuchillos.....	5'00	Cinco vasos.....	5'00
Un pequeño lingote de hierro.....	1'00	Cuatro palanganas.....	5'00
Unas tijeras.....	1'00	Diez platos.....	5'00
Un eslabón.....	1'00	Pólvora, una libra (0'46 kilógramos).....	5'00
Ciento cincuenta piedras de chispa.....	5'00	Tejidos 2,5 brazas ó 4 me- tros.....	5'00
Un hilo de cuentas de vi- drio.....	1'00	Un fusil de chispa.....	25'00
Un sombrero.....	10'00	Un machete.....	1'00
Un frasco de agua de Co- lonia.....	2'50	Una libra de arroz (0'46 kilógramos).....	1'00
Una hacha.....	2'50	Carne salada una libra, (id.)	0'50
Seis pipas de barro.....	1'00	Galleta, una libra, (id.)...	1'00
Un pañuelo.....	5'00	Azúcar, una libra, (id.)...	1'00
Un paraguas de seda....	15'00	Latas de carne, una libra, (idem).....	2'50

En el islote Elobey Pequeño, hay cuatro factorías extranje-
ras que sostienen un comercio activo con los pueblos del río
Muni. La goma elástica es el artículo que reciben principal-
mente los comerciantes, y para adquirirla tienen un pontón
en la confluencia del Muni, y otro en el río Utamboni, con
varios representantes indígenas, extendidos, á lo largo de las
costas y por el interior, á los cuales remiten las mercancías
necesarias. Una porción de gente afiliada en las factorías re-
corre, con pacotillas de géneros, los bosques y los ríos, y
cuando las realizan vuelven con las gomas. Como estas gentes
no tienen sueldo determinado, suelen resistir pocas veces á
declararse propietarios de los artículos comerciales que lle-
van. En este caso, al factor no le cabe otro recurso que coger
en rehenes á un pariente del ladrón y tenerlo en su casa hasta
que aquél vuelva. Generalmente no vuelve, y el factor,
cansado de estar gastando con un hombre que no le es útil, lo
deja en libertad. Entonces marcha á reunirse con su pa-
riente y se reparten entre ambos las mercancías robadas. Des-

pués de cierto tiempo vuelven al islote cuando no alumbra el sol; permanecen ocultos durante el día y conversan con su familia durante la noche; así pasan el tiempo hasta que engañan á otro factor. Cuando ya se ven acosados de tal modo que no se les permite volver á Elobey, marchan á otro territorio á ejercer sus rapiñas y á continuar en su vida aventurera. Puede conocerse perfectamente á estos sujetos por las cicatrices que llevan en su cuerpo, ocasionadas por los latigazos y palos que son el castigo ordinario y frecuente de sus robos. Las factorías tienen además treinta ó cuarenta sirvientes, que ordinariamente son *Krumanes* y *Basás* los más forzudos y trabajadores de la costa occidental de África. Los destinan á la carga, descarga y transporte de mercancías. El *Kruman* es más trabajador que el *Basá*, pero éste cuenta con una inteligencia más desarrollada que le hace apto para trabajos más delicados.

CREENCIAS. — *Fetiches*. Los pueblos salvajes, rodeados de peligros que no saben combatir de un modo racional, han buscado siempre, entre los objetos que la naturaleza les presenta, propiedades verdaderamente milagrosas que pudieran salvarlos de la muerte, cuando ésta amenazara su existencia. Las piedras, los árboles, las plantas en general, una composición cualquiera hecha por la mano del hombre, y, en una palabra, cualquier objeto natural ó artificial, puede poseer la propiedad de ser amuleto ó fetiche, que es compañero inseparable, protector continuo del hombre que lo lleva. La mayor parte de los pueblos poco ilustrados de la tierra opinan de este modo. Nadie tiene el valor de la lucha cuando se encuentra abandonado; es preciso un amparo, un auxilio que no se explique por las leyes naturales, que no suceda dentro del órden regular de las cosas. En la vieja Europa, en pleno siglo xix, pasa algo de esto. Somos hombres y como tales adolecemos de las flaquezas y debilidades instintivas, propias de nuestro modo de ser. Como he dicho antes, el fetiche puede ser cualquier objeto. Generalmente los negros de esta zona usan pitones de antílope y saquitos de cuero, verdadero depósito de raras fruslerías; otros encuentran entre las conchas de los moluscos propiedades más

milagrosas, y no falta quien se ate cuerdas en los miembros, cuyas ligaduras son otros tantos amuletos. El fetiche (*buanga*) ó medicina de Mete, mi patrón de Aye, era un saco atravesado por un palito. En su interior se encontraban pedacitos de plantas, de minerales, sustancias rojas y blancas, todas ellas pastosas: pedacitos de pelo de ardilla, un colmillo de leopardo y otra variada colección de objetos por el estilo. Este amuleto tenía la propiedad de matar de una manera repentina, á cualquiera que lo tocara durante la noche, y por esta razón lo solía colocar en la puerta de entrada de la choza. Serían las dos de la mañana del 3 de Julio cuando, despertado por las numerosas ratas que entraron en la casa, tuve que levantarme y abrir la puerta. Al hacer esto toqué el fetiche, y, como se prestaba al objeto, pude con él espantar y ahuyentar algunas de las importunas visitantes. Nada me sucedió y me dieron tentaciones de guardármelo como una curiosidad, pero temiendo se despertaran sospechas determiné dejarlo donde lo encontré.

En Elobey Grande hay una palmera cuyos cocos adquieren un tamaño considerable. ¿Cómo evitar el robo de sus frutos? Haciendo una empalizada, poniendo un centinela, pero para esto era preciso trabajar y molestarse. Esta es la ocasión de colocar un fetiche. El sacerdote ó fetichero coge un pitón de antilope, llamado *Tongo* en la lengua del país. Machaca, entre dos piedras, plantas de propiedades mágicas. Extrae del campeche un poquito de tinte, lo mezcla con las plantas y cierra el todo dentro del *Tongo*, al cual asegura una cuerda de bejuco. Algunas veces, cuando está poco *iluminado*, pide aguardiente para rociar la composición. Bebe un gran sorbo, se lo traga y acerca entonces á la boca el cuerno encantado figurando con sus inflados labios que el líquido alcohólico está en contacto con la composición vegetal del amuleto. Después de esto evoca á los espíritus; comienzan los gestos, las contorsiones, las palabras tan incomprensibles como incoherentes; sale el trocito de espejo y termina la ceremonia colocándolo en el tronco de la palmera. ¡Desgraciado el que intente robar un coco! El fetiche lo dejaría muerto instantáneamente. Su espíritu formaría parte del *yemba* más horroroso que la imaginación africana

puede concebir. Los derechos de formación del fetiche suelen ser voluntarios. Puede, si se quiere, no darse nada; pero siempre dan, y demasiado. Los feticheros son gente cuca con la que hay que estar en buenas relaciones. Una enemistad insignificante puede costar la vida si no se opta por la deserción.

Había dejado al jefe de caravana Elombuangani, en Bocambañe; fué necesaria mi vuelta á Elobey, y descendí los rios víctima de una fiebre larvada que me producía un malestar prolongado. Ya dije que en Ibai, aldea sobre el Utongo, se me presentó una mujer pidiéndome *buanga* ó medicina para la curación del *yemba*, mónstruo que se le había formado en el vientre y que se lo iba devorando. Sus súplicas me determinaron á darle un medicamento, y sin ver las consecuencias, aburrido por mi enfermedad, le di la hipecacuana y le indiqué cómo la había de tomar. Unos dias después llegaba Elombuangani y se detenía en Ibai á recoger unos cascotes de goma elástica. Por él supe que la enferma había quedado curada completamente; pero cosa rara, evacuó el *yemba*. Mi criado lo tuvo entre las manos, lo vió, lo palpó y me lo describió en parecidas palabras: » El » *yemba* es un animal horroroso por su aspecto, blanco y con » dientes muy agudos. Su tamaño es de unas dos pulgadas, » pero algunos son mayores. Se fija ordinariamente en el vien- » tre, entre los intestinos, pero otras veces sube al pecho y » aún al pescuezo. Por fortuna abunda poco. El paciente sufre » crueles dolores; en determinadas horas se agita, tiene vómi- » tos, su mente se trastorna; abandona su choza, por la noche » vaga por el bosque, asciende á las palmeras, da ayes lasti- » meros y sus vecinos huyen de él como de cuerpo en poder de » los espíritus perversos. La muerte, pero la muerte rabiosa, » es el fin ordinario de estos desdichados pacientes. Entonces » el fetichero extrae el *yemba*, lo mata, divide su cuerpo en » partes centesimales que pronto se arrojan á una hoguera, » cuyo humo pestilente y contagioso evitan todos los circuns- » tantes colocándose á respetable distancia. El *yemba*, espíritu » encarnado, puede originarse por convenio entre un fetichero » ó cualquier hombre de la tribu con otro espíritu. Las comu- » nicaciones se verifican por medio de plantas que muy pocos

» conocen; por medio de gestos y contorsiones, cantos y frases
 » sujetas á una regla fija y determinada. El ejercicio de la vo-
 » luntad puede hacer residir á este monstruo en un estómago
 » cualquiera. »

No he encontrado un solo negro que dude de la existencia del *yemba*. Berrondo-Ukambala, en español Manuel Boncoro, de la familia real de cabo San Juan, ha pasado muchos años en Europa; visitó á España; los Estados-Unidos fueron por unos años su residencia; ha recorrido la isla de Cuba en diferentes direcciones. Educado por los padres jesuitas; habiendo estado al servicio de nuestra marina de guerra y como artífice en Barcelona, ha completado sus conocimientos, los necesarios al menos para sobresalir entre la informe masa de los salvajes de su país nativo. Este jóven ha sido muchas veces mi compañero de viaje. Nos hemos reído de la mayor parte de las creencias de sus compatriotas; pero al girar la conversación sobre el *yemba* me solía decir. « No dude V. nunca de este fenómeno. Yo le he visto. Es un hecho de observación. Estará revestido de formas exageradas, pero el fondo es cierto. »

Tal es, trazado á grandes rasgos y en desaliñada relación, el pequeño paseo científico que he llevado á cabo por la zona de «Corisco.» Si hubiera sido más fecundo en acontecimientos de interés, no temería abusar por mayor tiempo de la benevolencia de mis lectores, pero dada su importancia casi nula, termino sin vacilación, cumpliendo con un agradable y sagrado deber; el de hacer manifestación pública de respeto y gratitud á la Sociedad Geográfica de Madrid, en general, por la honra que me dispensa al publicar, en su ilustrado BOLETÍN, esta incoherente relación, y á su dignísimo Presidente, el Excelentísimo Sr. D. Francisco Coello, en particular, por la deferencia con que me distingue y favorece en estos trabajos y en mis nuevos proyectos de exploraciones.

MANUEL IRADIER.

ADVERTENCIAS ÚTILES Á LOS VIAJEROS DE ÁFRICA.

Cuatro cosas importantes debe tener en cuenta todo viajero. —1.º Llevar el equipaje necesario con el menor volúmen, peso y coste posibles. —2.º Invertir el menor tiempo que sea dable en cada uno de los trabajos de la expedición, á fin de poder dedicarse á todos ellos con la suficiente holgura. —3.º Estudiar la moral del negro y obrar con él atendiendo á su carácter general. —4.º Seguir un método de vida fijo, invariable y conforme con las reglas prescritas por la higiene.

Respecto á la primera advertencia, puedo decir que he visto en la práctica, coronados por los más satisfactorios resultados, los estudios hechos con el objeto de reducir en volumen, peso y valor el equipaje. Quedan desterradas las tiendas de campaña de lona, sus gruesos mástiles y sus pesados anclines; no son necesarias las camas y sillas, separadas, por perfecta que sea su construcción para el caso. No hay precisión de llevar lanchas ni armazones para ellas. Todos los pertrechos de expedición, todos los útiles de la misma pueden reducirse á un pequeño volumen y ser, sin embargo, capaces de llenar el fin para que se han destinado.

Al subir á las montañas de Fernando-Póo encontré, en el Pico de Santa Cecilia, una numerosa expedición dirigida por dos europeos. Esta expedición, que contaba por lo menos con 30 hombres, había comenzado la ascensión quince dias antes, y si bien es cierto que yo seguí sus huellas, lo cual facilita mucho la marcha, la alcancé con sólo cuatro hombres, á los tres dias. No era extraño. Llevaban una tienda de campaña de más de 400 libras de peso (184 kilogramos) cuando estaba mojada; construían camas en los campamentos; encendían de noche grandes faroles, y el tren de su equipaje era tan grande, que tuvieron que ir tirando por el camino cajas de azúcar, de cerveza, de bacalao, etc., capaces de sustentar á dos hombres durante un año, y á pesar de tanta carga, tuve que auxiliarlos con galleta y otras provisiones.

Recuerdo haber tenido en España un compañero, dedicado á la botánica, que llevaba en las expediciones objetos tan voluminosos, que era preciso le ayudaran dos muchachos á transportarlos, y tanto estorbo para coger solamente 50 ó 60 ejemplares de plantas.

La tienda de campaña que he usado con ventaja, se compone de un mástil delgado de nueve piés ($2\frac{1}{2}$ metros) de longitud y de cuatro palitos que, en forma de varillas de paraguas, se abren muy cerca de la terminación del mástil. Un trozo de lienzo delgado é impermeable sirve de tendál, y el todo, que resiste á los vientos más impetuosos, se asegura sencillamente á varias cajas del equipaje que forman un pavimento seco, espacioso y elevado sobre el terreno. Los tendales de la gente tienen parecida construcción, y el total para una caravana de 100 hombres pesará unas 80 libras ó 37 kilogramos. No hay cuerdas que lo sujeten y, sin embargo, su solidez es completa, pudiendo establecerse el campamento en terrenos arenosos, pantanosos y roqueños, en los cuales las tiendas de otros sistemas no pueden colocarse con seguridad.

Las cajas de equipaje, de madera ligera y calafateada, pueden formar, como he tenido ocasión de observarlo en pequeño, una balsa que, unida con ligazones de bambú ú otra madera, puede servir para transportar por el agua algo más de la mitad de todo lo que contengan. Es muy útil al viajero tener una maleta que, en pequeño volumen y con peso de unas setenta libras (32 kilogramos), encierre todo lo más indispensable que pueda necesitarse durante un mes, excepto agua y ropa. No sólo se evita de esta manera el andar abriendo continuamente otras cajas, lo cual es siempre muy molesto, sino que esta maleta, según un modelo que acabo de construir, se convierte sencillamente en cama, tienda, mesa y silla, escalera, carro y bote. De modo, que en el caso de que la expedición se viera derrotada y robada, puede el viajero, salvando su maleta, quedar á cubierto de un sinnúmero de privaciones y peligros durante un mes, por lo menos, en cuyo tiempo puede, sin perjuicio de hacer observaciones científicas, tomar la dirección que más le conviniere.

Como en estos países se suda mucho, y se humedecen todas las ropas, pasando esta humedad á los objetos contenidos en los bolsillos, no he vacilado en usar para todas mis excursiones una cartera de viaje, metálica, con funda de lona, y una bolsa exterior de pliegues, en la cual guardaba todo lo más indispensable para las pequeñas excursiones alrededor del campamento, reservando los bolsillos del traje para ejemplares de rocas, moluscos y semillas. Esta cartera de viaje tiene dos puntos de apoyo, uno en el hombro izquierdo y otro en el costado derecho y puede llevarse con suma comodidad y desembarazo. Vaciada puede convertirse en marmita, y en su parte exterior van algunas hojas del diario en las que se hacen las anotaciones por medio de una pluma-tintero que recibe tinta con la presión de los dedos. No pasaré adelante sin decir, que el bastón que se usa para apoyo, puede ser una cerbatana con contera de hierro aguzado y mango de rejón, la mariposera que va arrollada al sombrero, sirviendo de pantalla para el sol, se arma en la cerbatana con prontitud y puede ponerse con facilidad otra funda de lienzo. Sin estorbo alguno se lleva de esta manera un arma para coger las pequeñas aves, un aparato para desenterrar bulbos y raíces de plantas ó explorar las guaridas de los insectos, una manga para las mariposas y una especie de remanga para arrastrarla por el fondo de los arroyos y de los baches con el fin de recoger plantas, moluscos é insectos acuáticos.

Dos han sido los libros que he usado en las exploraciones. El Diario y el Matriz. El Diario va en la cartera de viaje por cuadernillos que, después de llenos de notas, pasan á ser cosidos con el resto, archivándose en una caja de hoja de lata. He anotado en el Diario y sobre el terreno, las observaciones hechas, valiéndome de varios signos que abrevian notablemente la escritura, pudiendo hacer una descripción cualquiera, que, en caracteres ordinarios, ocuparía diez renglones, en uno solo, y teniendo la ventaja de ser tan gráfica la reseña que, sólo por las notas, podría sacarse un dibujo del terreno con bastante aproximación.

El *Índice de Notas*, que forma parte del Diario, es un programa de todas las materias que el viajero debe estudiar, y

sirve para vaciar en él las observaciones hechas con el número de la página correspondiente. Cierran las últimas hojas *La Plana de material*, donde se anota todo lo proyectado, y un extracto de cálculos, signos, fórmulas, etc., por si es preciso apelar á ellas. Al terminar la relación de un día, he acostumbrado poner en el Diario el resumen siguiente:

Total de millas anteriores.....	»	
Latitud y longitud: salida.....	»	
Latitud y longitud: llegada.....	»	
		<hr/>
Diferencia.....	»	
		<hr/>
Millas recorridas.....	»	
		<hr/>
TOTAL.....	»	
		<hr/>
Dirección verdadera directa.....	»	»
Velocidad horaria.....	»	»
Recolección.....	»	»
Estado material de la expedición.....	»	»
Estado moral de la misma.....	»	»

Tanto en el descanso del medio día como en el de la noche, he procurado pasar al *Índice de notas*, todas las tomadas durante el día, y esta operación sencilla ha hecho que al fin de mis viajes encuentre el Diario ordenado de tal modo, que puedo encontrar el apunte más ligero con facilidad suma, sin formar por lo tanto esa mezcla y confusión de noticias que no guardan entre sí enlace alguno y que son capaces de atemorizar al espíritu más fuerte cuando se trata de su ordenamiento.

El libro Matriz contiene: 1.º El Reglamento de la expedición.— 2.º Instrucciones recibidas para el viaje.— 3.º Cuentas generales.— 4.º Inventario valorado de todos los objetos de la expedición, con los justificantes correspondientes, expresión de los inutilizados ó perdidos y el número de las cajas ó cargas en

que se encuentran.—5.º Encasillado en el que se indica por curvas el consumo de víveres.—6.º Matriz de la caravana.—Y 7.º Correspondencia. El sistema de expresar por curvas en un encasillado los ingresos y salidas que tiene el material de la expedición, abrevia tanto el trabajo, que en un racionamiento, por ejemplo, queda todo anotado mientras se abre una caja de víveres.

En la recolección de objetos de Historia Natural debe etiquetarse todo ejemplar, expresando las costumbres observadas si es animal; la familia, orden, etc., á que pertenece; fecha en que se cogió; naturaleza del terreno, aspecto y altitud del mismo. En la observación de ejemplares, lo único que puedo decir en este extracto de mis apuntes, es que he salvado todas las molestias ocasionadas al desecar las plantas en países tan húmedos, pasando diferentes veces una plancha caliente á los vegetales recién cogidos y guardados entre cinco ó seis pliegos de papel.

Los estudios topográficos pueden hacerse, sin molestias y en poco tiempo, valiéndose del aparato que he ideado; el método más breve en el levantamiento de planos, es sin duda alguna el de la medición de dos ángulos ó el de los rumbos de dos ó más visuales cuando el método anterior no puede ponerse en práctica por no tener confianza en las mediciones de la base.

Los conocimientos respecto á la moral del negro, se adquieren sólo con la práctica y varían mucho; pero puede decirse, en general, que es preciso observar con todos los indígenas de esta raza una prudente reserva, pagarles con puntualidad sus salarios y raciones y no tolerar nunca la más pequeña falta sin aplicarles, triste es decirlo, un severísimo castigo: al propio tiempo, bueno es premiar al que cumple bien; pero esperando para entregar el premio una ocasión favorable, porque generalmente el premiado se hace acreedor, en breve, á un fuerte correctivo. La uniformidad en trajes y un trabajo metódico, sujeto á reglas fijas, vigilado por jefes elegidos entre ellos, une tanto á los africanos entre sí, que no puede comprenderse ni esperarse una insubordinación.

Por último, el método de vida más adecuado en las expediciones de este género, es el siguiente: Un sueño de seis horas á lo más. Dos medias jornadas en el día, de cinco horas por la mañana y tres por la tarde. Un descanso de tres horas al medio día; otro de trece horas por la noche y varios pequeños durante las jornadas; dos comidas ligeras por el día y una fuerte á la noche. Este método, de cuyos resultados no puede dudar ninguno de los que han estado en África, tiene que ser desgraciadamente muy alterado por las continuas vicisitudes y contratiempos á que se expone el viajero.

NOTA SOBRE LOS MAPAS

QUE ACOMPAÑAN

Á LAS EXPLORACIONES EN LA ZONA DE CORISCO.

El Sr. D. Manuel Iradier, se sirvió remitirme para acompañar á su artículo los planos siguientes, todos perfectamente dibujados. De la isla de Corisco, en escala de 1 por 55.000 próximamente; de Elobey Grande en 1 por 100.000; de Elobey Pequeño, en 1 por 20.000; de las exploraciones entre Inguina y la boca del río Aye, en 1 por 100.000; del río Aye y sus inmediaciones, en 1 por 200.000; del río Muni y partes del Utongo y Utamboni, en 1 por 280.000; del conjunto de su exploración en la cuenca del Muni, en 1 por 900.000 próximamente; de la parte inmediata á la costa, entre el río Muni y el Gabón, en 1 por 1.000.000, y del trazado del curso superior del río Ogoué y del Eyo ó Benito, con la situación de las tribus que ocupan los territorios inexplorados, en la escala de 1 por 5.000.000. Además, me comunicó importantes aclaraciones sobre otros planos, cuyas copias tuve ocasión de facilitarle, corrigiendo principalmente su nomenclatura.

Todos los datos anteriores se han utilizado de un modo muy principal, y algunos exclusivamente, para los planos y mapas que se acompañan. En los de Corisco y Elobey Grande sólo he consultado además las cartas inglesas más modernas, marcando, según ellas, las situaciones principales y añadiendo las sondas y bancos inmediatos. Para el de Elobey Pequeño ha

servido el plano que levantó en 1863, y dibujó en escala de 1 por 2.750, el capitán de fragata D. Andrés de Tosta, cuyo original me había facilitado poco tiempo antes de su muerte, el Sr. D. Julián Pellón y Rodríguez, con una reducción del mismo en que había hecho algunas adiciones. Para todos los detalles del interior he atendido al de Iradier, más moderno y completo. Según se expresa en el plano de Tosta, la superficie del islote es de 25 hectáreas y 3.965 metros cuadrados.

Para los otros mapas se han aprovechado las cartas hidrográficas inglesas y francesas de la bahía de Corisco, y las detalladas de todas las costas comprendidas en aquéllos. También he consultado un plano manuscrito de la misma bahía de Corisco, levantado en 1843 por el capitán de fragata D. Juan José de Lerena, con adiciones de Pellón, el cual calcula en unas 500 hectáreas la superficie de Elobey Grande. Se han tenido en cuenta algunas adiciones manuscritas, hechas á las cartas de las costas, por el mismo Sr. Pellón y Rodríguez, las cuales se refieren principalmente al trazado de los rios, situaciones de algunas poblaciones y tribus, y al señalamiento de los territorios pertenecientes á España. He hecho algunas correcciones en el delta del mal llamado Níger por varios reconocimientos de sus brazos ó esteros, que no se tuvieron presentes para las cartas hidrográficas actuales, y he utilizado además multitud de mapas detallados que, referentes á las respectivas regiones, se han publicado en los últimos años.

Entre ellos debo señalar los correspondientes á las exploraciones de Du Chaillu, Serval, Albigot y Genoyer, Walker, Compiégne y Marche, Lenz, Brazza, Bellay y otros varios que han hecho reconocimientos importantes en las cuencas del Muni, Munda, Gabón y Ogoué. Muchos de ellos están reunidos en las interesantes publicaciones del ilustre cartógrafo Petermann, que he consultado también, deseando que el conjunto presente el estado actual de los conocimientos geográficos en la zona á que se refieren los mapas.

En la parte media y alta del Utamboni, hay alguna divergencia entre los datos de Iradier y los de otros viajeros, principalmente con lo que resulta por las exploraciones del doctor

Lenz, pero como el primero reconoció esta parte más ligeramente y sin poder ejecutar observaciones especiales, he dado, en general, más crédito á las situaciones de los últimos, adaptando á ellas el itinerario del viajero español, de acuerdo con la autorización que éste me había dado y que era natural, atendida su modestia.

Antes de concluir, debo llamar la atención acerca de la importancia de que se continúen por los españoles las exploraciones de los territorios, contiguos á las costas, entre el Gabón y la desembocadura del Níger. La cuenca del rio Munda, aunque pequeña, tiene interés porque constituye el límite de los territorios que nos pertenecen: la del Muni es notable en todos sentidos. La del Eyo ó Benito, si este rio procede del punto lejano que señalan unánimemente los indígenas, debe ser muy extensa é importante, y tampoco deben carecer de interés las de otros rios como los del Campo y Camarones. La última ocupa una situación privilegiada, tanto para establecimientos en las partes altas y saludables de su costado occidental, al pié de los elevados montes que llevan el mismo nombre que el rio, como para penetrar en el interior del continente africano. Precisamente la zona más desconocida de éste, la única que en realidad lo es hoy completamente, es la que se halla contigua á la parte de costa que nos ocupa. Así su exploración ofrecerá gloria y ventajas en todos sentidos; que España no debe abandonar á otros, bajo ningún concepto.

FRANCISCO GOELLO.

MISCELÁNEA.

LA CARTOGRAFÍA EN LOS PUEBLOS PRIMITIVOS.

El doctor R. Andrés ha comunicado á la Sociedad Geográfica de Leipsick detalles sumamente interesantes acerca de esta materia, de los cuales tomamos las noticias siguientes.

Aunque las cartas de que se trata no pueden servir más que para una necesidad momentánea, han excitado sin embargo muchas veces la admiración de los viajeros. En la última escala figuraban naturalmente las que dibujaban en la arena; de éstas se encuentran ejemplos entre los ainos y los indios de América; los últimos las dibujaban también sobre cuero ó piel. En el Perú, los incas estaban ya más adelantados y se conoce un plano de la ciudad de Cuzco, hecho por ellos. Entre los antiguos mejicanos la cartografía estaba más desarrollada; para probarlo bastará recordar que un espía del estado mayor se introducía en el campo enemigo para levantar la carta del país. Los comerciantes tenían cartas del país que recorrían; estas cartas tenían cifras que indicaban las distancias de los caminos de comercio y daban otras noticias estadísticas. Cortés obtuvo de Motezuma una carta dibujada en una tela de algodón en la cual estaban indicados todos los puertos del país.

Todos los viajeros elogian á los cartógrafos esquimales. En 1851, Ommaney obtuvo de Kallihuera una carta de la costa de Groenlandia desde el cabo York hasta el estrecho de Smith, que estaba completamente conforme con la del Almirantazgo. En 1822, Parry debió el descubrimiento de los estrechos del Fury y del Hecla á una carta de una mujer esquimal; otra dibujó para Beechey una carta muy bien hecha de la costa alrededor del golfo de Kotzebue.

La costumbre de viajar que tenían los polinesios hacía que conocieran con exactitud todas sus islas. Un indígena de Tahiti, llamado Tupaja, dibujó para Cook una carta de las islas

que hay á 20 grados al Este y 20 al Oeste de longitud del meridiano 228° de Hierro y que se hallan entre los grados 7 y 27 de latitud Sur. Kittliz se sorprendió al ver una carta de las Marianas y de las Carolinas hecha por un habitante de aquellas islas.

Los pueblos sedentarios están naturalmente menos adelantados en la cartografía que los nómadas; sin embargo de esto, un abisinio dibujó para Beke el curso del Goxeb; el doctor Peschuel Lôsche recibió de un negro una carta de la costa de Loango; Clapperton logró del sultán Bello, en Sokoto, una carta del Yoliba (Niger); Duveyrier y Largeau recibieron cartas de los tuaregs.

Aunque los egipcios no pueden contarse entre los pueblos primitivos, recordaremos, sin embargo, que nos han dejado la carta más antigua que se conoce; la del tiempo de Rhamses II (1407-1311 antes de Cristo). Es difícil indicar á qué época pertenece la carta más antigua hecha en Asia; el atlas chino llamado Kuang-yis-tu es del año 1311 aproximadamente.

M. DE A.

SOCIEDAD DE GEOGRAFÍA DE LYON. — 29 de Marzo de 1878.

Sr. Presidente de la SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID:

Señor: Doy á V. expresivas gracias por las útiles indicaciones que ha tenido V. la bondad de comunicarnos. Hemos encontrado, en efecto, en los números del BOLETÍN de esa Sociedad preciosos documentos para la investigación que estamos haciendo sobre las exploraciones que se han hecho en África en distintas épocas. El viaje del Padre Franciscano español en el siglo xiv despierta el mayor interés y próximamente será objeto de una Conferencia por uno de los miembros de nuestra Sociedad, para esclarecer muchos de los puntos hasta ahora oscuros en el Continente africano, en presencia de un auditorio que siempre es numeroso.

Reciba V., señor Presidente, con mis reiteradas gracias, la expresión de mis sentimientos más distinguidos. — El Presidente.—*Louis Desgrand.*

EXTRACTO
DE LAS
ACTAS DE LAS SESIONES

CELEBRADAS POR LA SOCIEDAD Y POR LA JUNTA DIRECTIVA.

Sesión del 2 de Abril de 1878.

JUNTA DIRECTIVA.

Presidencia del Sr. Coello.

Presentes los Sres. Saavedra, Campuzano, Fernández de Castro, Abella, Monet, Acebo, Rodríguez-Arroquia, Botella, Vilanova, Merelo, Conde de Peña-Ramiro, Fernández-Duro, Ferreiro y Valle, se abrió la sesión á las nueve y cuarto de la noche, y se leyó el acta de la anterior, que fué aprobada con ligera rectificación, propuesta por el Sr. Merelo.

El Sr. Fernández-Duro participó á la Junta que, por iniciativa honrosa del Sr. Salas, el impresor Sr. Ginesta había restaurado la carta geográfica de Juan de la Cosa, colocada después en un magnífico marco de roble tallado, que era verdadera obra de arte. Se acordó consignarlo así en el acta y dar las gracias al Sr. Salas por el beneficio que había prestado al rehabilitar tan importante documento.

Se fijó como orden del día para la próxima reunión ordinaria la lectura del informe del Sr. García Martín y de las bases aceptadas por la Junta para conseguir la propaganda de los conocimientos geográficos, sobre los cuales se abriría discusión.

A propuesta de la Presidencia, y después de alguna discusión, se decidió que la tirada del BOLETÍN, desde el tomo IV, fuese de 4.000 ejemplares, y de 4.300 la de los trabajos del Sr. Gatell. También se acordó enviar á la Exposición Universal de París los tomos I y III del BOLETÍN, y el II sin el cuaderno correspondiente á Junio, todos encuadernados, y los mapas aparte reuniéndolos en varios cuadros.

El Sr. Presidente puso en conocimiento de la Junta que, para cumplir los acuerdos tomados por ésta en anteriores sesiones, había escrito al Capitán general de Cuba, rogándole se sirviese promover en la isla de su mando la suscripción á nuestro BOLETÍN. Con el mismo objeto había designado á algunos Sres. Vocales, que procuraban conseguir idéntico resultado en algunos Ministerios, y ofreció proceder al nombramiento de comisiones destinadas á gestionar en otros departamentos.

Se dió cuenta de los asuntos correspondientes al despacho ordinario, leyéndose varias cartas y comunicaciones, entre ellas una del Presidente de la Sociedad de Geografía de Lyon, en la que se hacían elogios del trabajo publicado en nuestro BOLETÍN sobre el viaje del franciscano español en el siglo XIV, respecto de cuyo interesante punto se anunciaba una conferencia por uno de los individuos de dicha Sociedad francesa. La Junta acordó que se contestase dando las gracias, se publicara la carta en el BOLETÍN y le fuese, desde luego, remitida al Sr. Jiménez de la Espada, para su conocimiento y satisfacción.

Terminados estos asuntos, el Sr. Presidente recordó á la Junta que las elecciones generales debían verificarse el día 12 de Mayo próximo, en cuya época le correspondía cesar en el desempeño de su cargo, siendo preciso también renovar la mitad de la Junta Directiva. Los Sres. Rodríguez-Arroquia y Conde de Peña-Ramiro hicieron uso de la palabra, manifestando ambos la necesidad y conveniencia de que siguiera dirigiendo la Sociedad el Sr. Coello, que había sido el promovedor de su creación y tanto había contribuido á su desarrollo y prosperidad. El aludido, después de significar su agradecimiento por las palabras lisonjeras que en su obsequio acababan de pronunciarse, invocó la exacta y puntual aplicación del art. 6.º del Reglamento, según el cual era de absoluta precisión renovar en las próximas elecciones la persona que deba ejercer la Presidencia. Los señores antes citados propusieron que se estudiaran los medios de salvar legal y decorosamente el rigorismo de dicho precepto, á lo cual se opuso el Sr. Coello, manifestando que su dignidad no lo consentiría. En este incidente terciaron además los Sres. Merelo, Fernández-Duro, Fernández de Castro y Saavedra, y después de haber insistido el Sr. Coello en su resolución, apoyado por el Sr. Merelo, y hechas también varias aclaraciones sobre el caso, se convino en que procedía la renovación de la Presidencia, y para su desempeño pareció bien á la generalidad de los concurrentes la indicación hecha por algunos señores de apoyar la candidatura del Almirante Sr. Marqués de Rubalcava.

Discutióse extensamente sobre si era ó nó conveniente la renovación

completa de personas en los cargos sujetos á elección. Abogaron por ello los Sres. Merelo, Fernández de Castro y Valle; pero en cuanto á los Secretarios, el Sr. Coello sostuvo la reelección, para conservar las tradiciones de la Sociedad, ya que por el pronto no era posible pensar en el nombramiento de un Secretario perpétuo, como sucedía en las Sociedades extranjeras.

Siendo avanzada la hora, no se tomó resolución sobre este punto, y se acordó que en la Junta próxima siguiera tratándose de los preparativos para las elecciones.

Antes de terminar la sesión, el Tesorero Sr. Acebo presentó debidamente formalizadas las cuentas del año último. Fueron aprobadas y se acordó pasaran á exámen de los Sres. Revisores.

Se levantó la sesión á las once y cuarto de la noche.

Reunión ordinaria celebrada el 9 de Abril de 1878.

Presidencia del Sr. Coello.

Abierta la sesión á las nueve de la noche, se leyó el acta de la anterior y fué aprobada.

Refiriéndose á dicha acta, dijo el Sr. Rodríguez (D. Joaquín) que, con motivo del importante y luminoso trabajo del Sr. Fernández-Duro, leído en la última reunión ordinaria, recordaba las célebres palabras del Cardenal Jiménez de Cisneros, *el porvenir de España está en África*, y le ocurrió preguntar si los Estatutos de nuestra Sociedad autorizan ó no para verificar exploraciones en las costas africanas, pues en caso afirmativo no debería olvidarse que las circunstancias políticas por que atraviesa Europa, y de las cuales pueden surgir cuestiones que se resuelvan en el Mediterráneo, suministran ocasión propicia de favorecer aquel pensamiento.

El Sr. Presidente, contestando á dicha observación, manifestó: que á nuestra Sociedad incumbía principalmente el estudio de las cuestiones y problemas geográficos, y que la Asociación creada para la exploración de África era la llamada á proteger de un modo especial y directo los viajes que se verificasen hácia aquel continente, ya por la parte que ha descrito el Sr. Fernández-Duro, ya por el Norte é Imperio de Marruecos, ya, en fin, por las costas inmediatas á nuestras posesiones del golfo de Guinea. Añadió que la mencionada Asociación había tenido alguna parte é influencia en la expedición del *Blasco de Garay*, y pensaba proteger nuevos reconocimientos. El interés grande que para la ciencia y

para España en particular tienen dichos viajes, obliga á la Sociedad Geográfica á concederles singular atención, y por este motivo la Junta Directiva procura dispensarles preferencia, como se prueba, entre otras cosas, por la publicación que pronto va á hacerse en el BOLETÍN de los trabajos de los Sres. Gatell y Fernández-Duro.

Con ocasión de este previo incidente, hizo también uso de la palabra el Sr. Rodríguez-Arroquia, para declarar que, á su juicio, la frase del Cardenal Jiménez de Cisneros tuvo alta significación en la época en que se pronunció, pudiendo decirse que, efectivamente, y para entonces, el porvenir de España estuvo en África y su costa septentrional; pero no podía afirmarse lo mismo si se trataba de hacer extensivas aquellas palabras á otros territorios, como, por ejemplo, los reconocidos y descritos últimamente por el Sr. Fernández-Duro. El Mediterráneo, añadió el orador, pudo pertenecernos; tiempos hubo en que fué de España la plaza de Orán, y nuestras armas conseguían victorias en Argel y Túnez. Si hubiese proseguido la política de Carlos I y de Felipe II, que nos llevó á Lepanto, la frase del Cardenal Cisneros habría sido exacta. Perdida para España la influencia que tuvo en el Mediterráneo, las expediciones que, con análogos fines, pudiéramos hacer hoy en África, proporcionarían, quizá, aumento de territorios, pero, de todos modos, los beneficios siempre serían escasos y nunca en el sentido que encerraban las palabras de aquel eminente Prelado.

Rectificó el Sr. Arroquia expresando que no le era desconocido el plan político de Cisneros: en concepto de dicho señor, las palabras del Cardenal y el territorio á que se referían tienen hoy la misma importancia que antes, y si este asunto fuese objeto de discusión y conferencias en la Sociedad, podría entonces desarrollar ampliamente su pensamiento.

El Sr. Presidente, dirigiéndose á la reunión, manifestó que juzgaba interesante dicho tema, y que si se creía oportuno exponerlo y discutirlo en otras sesiones, tal vez resultaría provecho para nuestros trabajos. Respecto de las frases pronunciadas por el Sr. Rodríguez-Arroquia, dijo que, sin negar la oportunidad de tan discretas observaciones, debía significar que, á su juicio, es importante todo lo que se refiere á la geografía de Marruecos y sus territorios adyacentes; pues quizá llegue día en que nuestras armas se vean obligadas de nuevo á dirigirse hácia aquella región.

Después de esto, el Sr. Guijarro expuso su opinión de que había sido y era principal causa de la pérdida y abandono de nuestras posesiones, el atraso de los conocimientos geográficos, de donde infería la necesidad y

conveniencia de fomentar dichos estudios, evitando de paso que la industria y el comercio siguieran paralizados. Para ese fin conceptuaba indispensable mejorar la imperfecta instrucción geográfica que hoy reciben los jóvenes, y, en su consecuencia, sería altamente provechoso el que la Sociedad abriera discusión sobre temas y puntos de dicha ciencia.

El Sr. Presidente advirtió que, para lograr ese adelanto generalmente apetecido, se había presentado, y precisamente se iba á discutir en aquella noche, el dictámen relativo á los medios de propagar la enseñanza de la Geografía.

El mismo Sr. Presidente dió cuenta del estado de la publicación del BOLETÍN, y leyó una carta de la Sociedad Geográfica de Berlín, invitando á la nuestra para que delegue un individuo que la represente en la fiesta proyectada para celebrar el quincuagésimo aniversario de aquel Instituto científico. El Sr. Coello ofreció que la Junta Directiva cuidaría de suplicar á alguno de nuestros Socios residentes en Berlín el favor de que nos representase en dicha solemnidad.

Se dió cuenta de que deseaban ingresar en la Sociedad los Sres. Arana (D. Camilo), Capitán de fragata, Paseo de Recoletos, 40; Arenillas (D. Irenardo), Doctor en medicina y cirugía, Preciados, 84; Martos (D. José María), Magistrado de la Real Audiencia de *Manila*, y Neussel (D. Otto), litógrafo, Pez, 24, 2.º izquierda, todos los cuales fueron desde luego admitidos como Socios.

Acto continuo, é invitado por la Presidencia, el Sr. García-Martín, autor de la proposición relativa á los medios de propagar la enseñanza geográfica, leyó el dictámen que había redactado sobre dicho asunto, el cual fué escuchado y recibido por la Sociedad con singulares muestras de complacencia, y se publicará en el BOLETÍN.

Después de lo cual, el Presidente recordó que para conseguir el fin propuesto por el Sr. García-Martín, se había nombrado una Comisión de la que éste formó parte, y en la que figuraban además los Sres. Merelo y Valle. Las bases presentadas por estos tres señores, discutidas y aprobadas ya por la Junta Directiva, se habían hecho públicas á la Sociedad en la reunión ordinaria anterior; pero se leerían de nuevo para que sobre ellas pudiera abrirse discusión.

El Sr. Rodríguez (D. Joaquín), solicitó entonces que se repartieran á los Socios copias de dicho trabajo, para que debidamente estudiado pudieran sobre él manifestar en reuniones posteriores lo que creyesen útil y oportuno; pero habiendo manifestado el Sr. Presidente que las bases habían estado en Secretaría y á disposición de los señores Socios desde la última reunión, en la cual se acordó que comenzaran á discutirse en

la que reseña esta acta, el que suscribe, mediante invitación del señor Presidente, leyó por segunda vez las indicadas bases.

De nuevo hizo uso de la palabra el Sr. Rodríguez (D. Joaquín), proponiendo que el trabajo leído se completara con un artículo, en el cual se estableciese la facultad de que las capitales de provincia y de partido en España pudieran crear sucursales que secundasen nuestros esfuerzos en provecho de la difusión de los conocimientos de Geografía.

Observó sobre esto el Sr. Presidente que como enmienda ó corrección debía reservarse lo propuesto por el Sr. Rodríguez para discutirlo después de la totalidad y del articulado del dictámen, no obstante lo cual estimaba oportuno recordar que el Reglamento facilita en cierto modo la realización del pensamiento de dicho señor, si bien era preciso huir del peligro de que se formen muchas pequeñas Sociedades geográficas que cuenten escaso número de individuos.

Habiéndose hecho por la Presidencia la correspondiente pregunta de si se discutían las bases mencionadas en totalidad ó por artículos, acordóse esto último, y leída otra vez la primera, propuso el Sr. Morales que para dar más importancia á los artículos críticos, se fijara la obligación de que los firmasen sus autores y se remitiesen á los periódicos para su inserción. En cuanto á la falta de datos de que adolecen algunas obras de Geografía, preguntó si la Sociedad estaba ó no dispuesta á proporcionarlos.

El individuo de la Comisión Sr. Merelo contestó á estas observaciones diciendo que las juzgaban útiles, pero innecesarias, puesto que respecto del primer extremo, lo que generalmente acontece es que los autores firman sus artículos, aspirando con ello á demostrar su competencia en la materia; en cuanto á los datos de que carezcan ó puedan carecer las obras, el autor del artículo, y la Sociedad, al proteger su publicación, no sólo los facilita, sino que los pone al servicio de todo aquel que quiera aprovecharse de su trabajo; y en lo tocante á la remisión de los artículos á las Empresas periodísticas, no halla en ello inconveniente, y la realización de ese deseo pende tan sólo de que las citadas Empresas admitan ó no dichos trabajos, pero siempre ha de ser esto potestativo por parte del autor: sólo en el caso poco probable, añadió el Sr. Merelo, de que el artículo no se debiera publicar en el BOLETÍN, la Sociedad podría oponerse á que tomando su nombre se insertara en los periódicos: por lo demás, la reproducción siempre es posible, y en muchas ocasiones el autor busca los medios de dar á sus trabajos mayor publicidad; razones todas estas por las que, en su concepto, la reforma que proponía el señor Morales debe considerarse dudosamente eficaz.

Rectificó este señor, insistiendo en sus aseveraciones y manifestando que, por lo menos, la Sociedad debería tener en cuenta sus deseos, aunque no quedáran formulados por escrito.

El Sr. Presidente dijo que después de la declaración del Sr. Merelo y de lo que al rectificar acababa de exponer el Sr. Morales, conceptuaba innecesario variar el texto del artículo, tanto más cuanto que los Socios tienen derecho á pedir los datos que deseen, y respecto de los extraños nunca se opondrían graves dificultades para que pudieran conseguirlos.

Puesto á votacion el art. 1.º, quedó aprobado.

Leído que fué el párrafo núm. 1.º del art. 2.º, el Sr. Torres Campos dijo que, en su opinión, convendría hacer ediciones económicas de las conferencias que en la Sociedad se pronunciasen para lograr de ese modo el que se propagaran los conocimientos geográficos, pudiendo utilizarse además dichas publicaciones como premios para los alumnos en las escuelas y otros centros de enseñanza.

Los individuos de la Comisión Sres. García-Martín y Merelo declararon que, á juicio de ésta, no había inconveniente en que se admitiera la proposición del Sr. Torres Campos; pues la dificultad económica era la única que, tal vez, pudiera sobrevenir. Insistiendo en este último punto el Sr. Presidente, observó que las conferencias importantes sobre capitales puntos de Geografía se publicaban y podían seguirse publicando en el BOLETÍN; pero respecto de las populares sería preciso ante todo contar con los recursos de la Sociedad, que no son aún suficientes para aumentar el presupuesto con nuevos gastos, razón por la cual, en su concepto, consideraba oportuno el que, en todo caso, y dejándolo al criterio de la Junta Directiva, se dijese, respecto de dichas conferencias, que se procuraría darles publicidad.

Para conseguir el fin de la difusión de los conocimientos geográficos, sostuvo el Sr. Rodríguez que el medio propuesto por él anteriormente de la creación de sucursales se estableciera completando el punto que entonces se debatía.

El Sr. Merelo contestó á estas indicaciones aplaudiendo el buen deseo del Sr. Rodríguez, no obstante considerarlo de difícil realización, puesto que en pocas poblaciones se alcanzaría el resultado apetecido, y aun aceptándolo como posible, era punto ese que no se relacionaba con las bases, objeto de discusión. Las personas que deseen reunirse con análogos fines á los que la Sociedad protege pueden hacerlo sin que inconveniente alguno se oponga á ello, y del mismo modo pueden discutir temas, escribir y publicar artículos, dirigiéndolos á la Sociedad, si así lo desearan. La Comisión, en su propósito de buscar lo realizable y práctico,

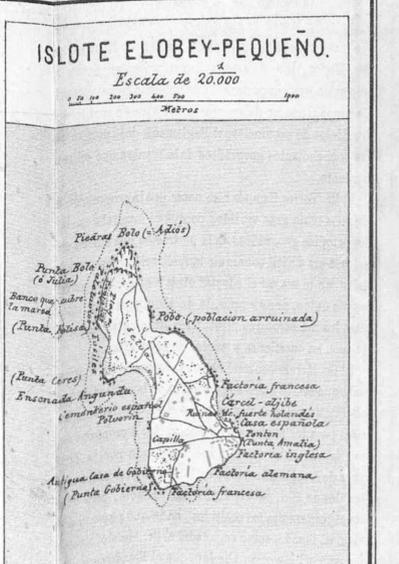
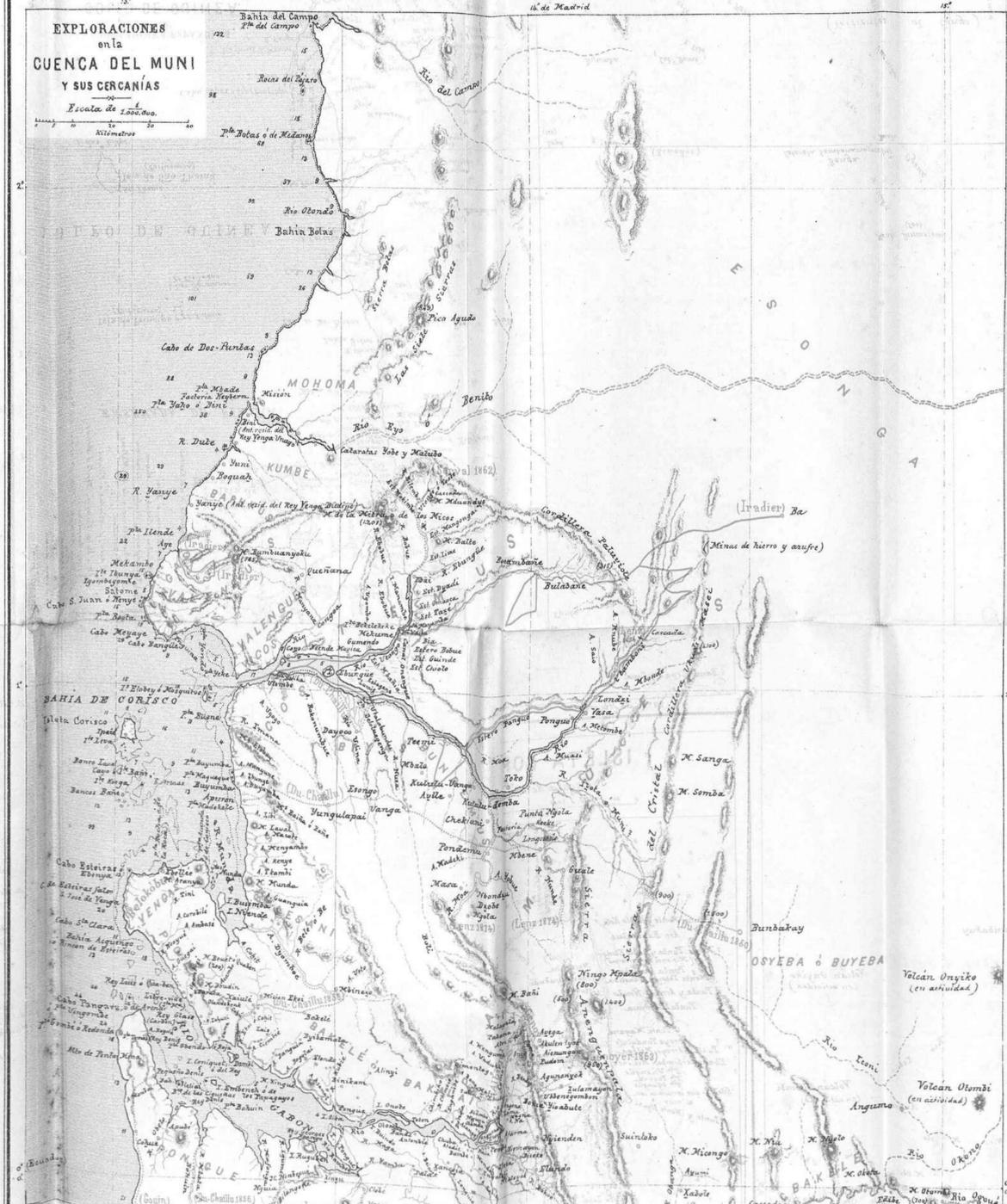
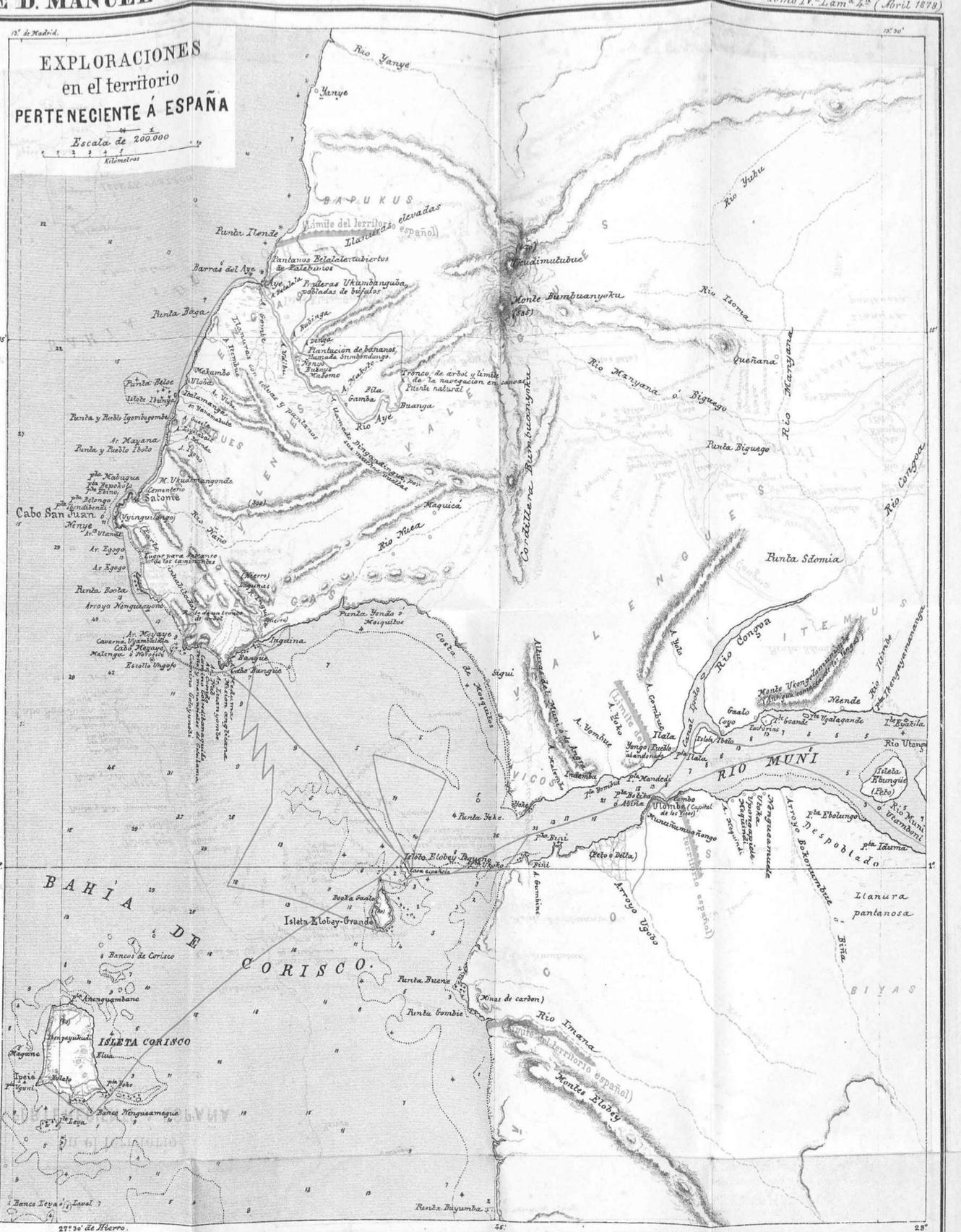
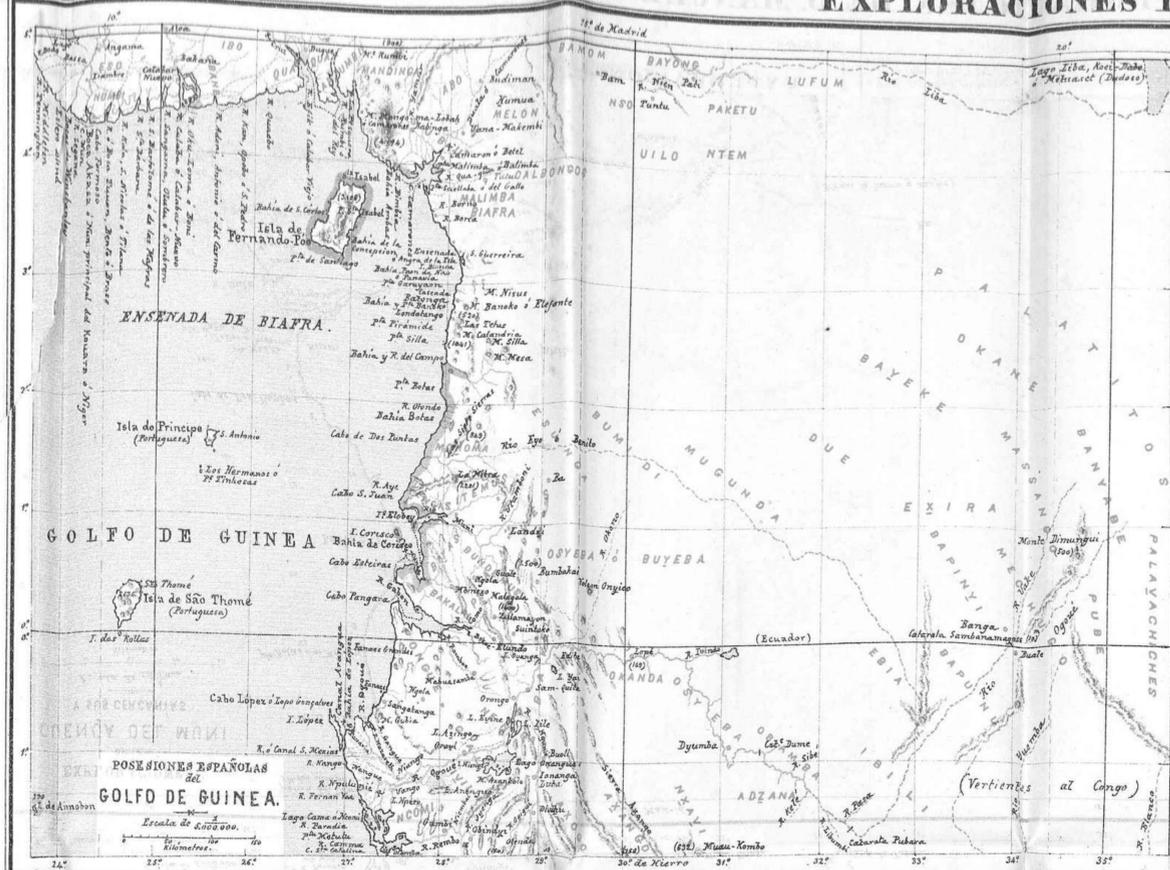
no lo ideal, considera, decía el Sr. Merelo, innecesaria la reforma propuesta.

Habiendo insistido D. Joaquín Rodríguez en la conveniencia de que los Socios de fuera de Madrid formasen secciones y centros de propaganda, constituyéndose en la obligación de reproducir y extender nuestros trabajos para aumentar el número de individuos de la Sociedad, el Sr. Merelo replicó diciendo que consideraba desde luego provechoso aspirar á ese fin; pero sin que para lograrlo se estableciera la condición de que los Socios de provincia formasen ó no secciones, puesto que teniendo libertad para ello no necesitaban estímulo ni preceptos obligatorios.

Intervino también en la discusión el Sr. Presidente, reconociendo, como el Sr. Merelo lo había hecho, los buenos deseos del Sr. Rodríguez, sin que para conseguirlos fuera preciso acudir á los medios que proponía. Todos, dijo, deseamos el aumento en el número de Socios, y por ello se da gran importancia á la publicación del BOLETÍN; pero las bases de propaganda no deben preceptuarlo, y en cuanto á las reuniones de los Socios de provincias, el Reglamento les autoriza para que difundan los conocimientos geográficos de la manera que estimen más útil y conveniente.

El Sr. Torres Campos hizo notar que la proposición de D. Joaquín Rodríguez tenía gran sentido, porque se inspiraba en la idea de levantar los estudios geográficos de la postración que sufren en España, y que si tal vez era difícil conseguir la realización de centros ó sociedades sucursales, no lo era así el adoptar otras medidas que contribuyesen al mismo objeto único, por ejemplo, la de abrir concursos estableciendo premios para los maestros que presentasen un número mayor de discípulos aventajados en cuestiones y puntos de geografía.

El Sr. Merelo contestó observando que el Sr. Torres Campos había notado que en las bases se prescindía de la indicación hecha por el Sr. García Martín en su dictámen sobre el establecimiento de concursos y premios para los profesores de Geografía; á propósito de lo cual debía recordar que dicho extremo fué desechado por la Junta Directiva, después de amplia discusión, en la que se presentaron las dificultades materiales de ello, así como el temor sensible, pero no menos fundado, de conseguir resultados positivos, en lo que respecta á Madrid y á las provincias. Siendo, como es, añadió el Sr. Merelo, un hecho de importancia y gravedad la acción absoluta que el Estado se atribuye en España sobre la enseñanza, no podrán lograrse las ventajas que naturalmente se obtendrían si en nuestro país dominase el espíritu de asociación. Los





males é inconvenientes de la enseñanza oficial, así como los de la privada, en la que los alumnos necesitan que la primera les expida certificación especial de idoneidad y aptitud, son por desgracia demasiado reales y tangibles, lo cual explica perfectamente la completa ineficacia de esos concursos que en sí son excelentes, y que en países donde la organización de la enseñanza es distinta, y posible la competencia, produce tan buenos resultados como los que, por ejemplo, se alcanzan en Inglaterra.

El Sr. Presidente dijo que, efectivamente, la Junta Directiva había desechado dicho punto, después de discutirlo, debiéndose esto á la convicción que en el ánimo de la mayor parte de los individuos de la misma produjeron las palabras del Sr. Merelo, demostrando la insuficiencia de la medida por los defectos de la enseñanza y el privilegio de los textos oficiales.

Siendo avanzada la hora se acordó continuar la discusión en la junta próxima, y al efecto quedó suspendida en dicho punto, levantándose inmediatamente la sesión á las once y diez minutos de la noche.

Sesión del 16 de Abril de 1878.

JUNTA DIRECTIVA.

Presidencia del Sr. Coello.

Abierta la sesión á las nueve y cuarto de la noche, con asistencia de los Sres. Nava, Abella, Monet, Acebo, La Llave, Botella, Vilanova, Merelo, Ferreiro y Valle, se leyó el acta de la anterior y fué aprobada con dos ligeras modificaciones, propuestas por el Sr. Coello, y referentes á las próximas elecciones de Mayo.

Se dió cuenta de la correspondencia y publicaciones recibidas, y de una comunicación del Presidente de la Sociedad Geográfica de Berlín, invitando á la de Madrid para la fiesta que prepara dicha Sociedad con motivo del quincuagésimo aniversario de su fundación. La Junta, á propuesta del Sr. Coello, acordó que se nombrase para representarnos en aquel solemne acto á nuestro consocio D. Enrique Vallés, Secretario de la Legación española en Berlín.

Indicó el Sr. Presidente que, en vista de la importancia que tiene el artículo relativo á los descubrimientos españoles en Nueva Guinea, convenia hacer una tirada de 200 ejemplares, con paginación aparte, en forma de folleto, y con sus correspondientes mapas. Así quedó resuelto.

Manifestó después el mismo Sr. Coello que, según el acuerdo de la Junta anterior, debía ocuparse nuevamente ésta de la elección de cargos que ha de tener lugar en la general del próximo Mayo, según previene el Reglamento, quedando vacantes, además de la Presidencia, dos de Vicepresidente, dos de Secretario y la mitad de los Vocales. Manifestó que, en su opinión, y como regla general, convenía más la renovación de las personas que la reelección, y tras un ligero debate sobre la cuestión de forma, en el que tomaron parte los Sres. Coello, Valle, Nava, Merelo y Vilanova, aprobó la Junta esta idea por unanimidad, y dispuso también que además de las papeletas para la elección, sería conveniente que los individuos de la Directiva formularan una candidatura de 24 individuos, por ejemplo, elegidos entre los Socios de distintas profesiones y que más asiduamente concurren á las reuniones ordinarias, la cual podrían presentar para que la consultáran los Socios al emitir sus votos.

Se levantó la sesión á las once.

Reunión ordinaria celebrada el 23 de Abril de 1878.

Presidencia del Sr. Coello.

Abierta la sesión á las nueve de la noche, se leyó y fué aprobada el acta de la anterior.

Se leyó también una carta del Sr. Barón Greindl sobre la última expedición salida de Zanzibar por cuenta de la Asociación internacional para las exploraciones del África.

Anunció el Sr. Presidente hallarse impresos y para repartirse dos números del BOLETÍN. Con este motivo presentó á los Sres. Socios los planos originales sacados del Archivo de Simancas, de los puertos y bahías en las islas del Espíritu Santo y Nueva Guinea, que formó en 1606 don Diego de Prado y Tovar, y también los facsímiles de los mismos que se habían litografiado, y aparecerán en uno de los próximos números.

Continuó el debate sobre las bases de la Comisión de propaganda de los conocimientos geográficos. Sin discusión fueron aprobados el resto del art. 2.º, y el 3.º, 4.º y 5.º Sobre el 6.º manifestó D. Joaquín Rodríguez que sus indicaciones de la sesión anterior se encaminaban al objeto mismo que la base propuesta, é insistió, por tanto, en la conveniencia de establecer en provincias corresponsales de la Sociedad. El Sr. García-Martín contestó que, aunque reconocía el buen deseo del Sr. Rodríguez, consideraba de poco resultado el medio que defendía. Replicó el Sr. Rodríguez que era muy práctico lo que había propuesto, y citó el ejemplo

de la Sociedad Antropológica, que lo ha realizado, añadiendo que nada se pierde con ensayar. El Sr. Presidente dijo que todos los medios de hacer propaganda entre las personas suelen ser de poco resultado relativo, como había sucedido al fundarse la Sociedad Geográfica; pero que, sin embargo, podían los Socios en particular intentarlos, y aun tomar, al efecto, el nombre de la Sociedad, en cuya propaganda algunos se habían distinguido, como, por ejemplo, el Sr. Ferreiro. En cuanto á los trabajos geográficos locales que se pudieran obtener, expresó su desconfianza de que fueran aceptables, según le había enseñado su propia experiencia.

Terminada la discusión del dictámen, y aprobado éste en la forma que se publicará en el BOLETÍN, preguntó el Sr. Presidente si la exposición que al Gobierno se había de elevar sobre la enseñanza de la Geografía sería redactada por una Comisión especial ó por la Junta Directiva, y si, en todo caso, había de ser aprobada por la Sociedad. A este propósito, hicieron algunas observaciones los Sres. Vilanova, Merelo, Rodríguez y Conde de Peña-Ramiro, acordándose que el expresado documento sea redactado por la Comisión misma del dictámen, siendo examinada luego por la Junta Directiva, y discutiéndose y aprobándose por la Junta general.

Propuso el Sr. Fernández-Duro un voto de gracias á dicha Comisión que fué acordado. Dió á su vez, y en nombre de ella, las gracias el señor Merelo, y se levantó la sesión á las diez y cuarto.

Sesión del 30 de Abril de 1878.

JUNTA DIRECTIVA.

Presidencia del Sr. Coello.

Abierta la sesión á las nueve y cuarto de la noche, con asistencia de los Sres. Nava, Fernández de Castro, Abella, Monet, La Llave, MacPherson, Botella, Vilanova, Fernández-Duro, Ferreiro, Valle y Arrihaga, se leyó el acta de la anterior y fué aprobada.

El Sr. Presidente, después de manifestar que se había pasado á los Sres. Vocales una nota de la candidatura propuesta para las próximas elecciones, preguntó si convendría imprimirla ó presentar algunos ejemplares manuscritos, recomendándola en tiempo oportuno. La pregunta del Sr. Coello promovió un ligero debate, en el que tomaron parte los Sres. Merelo, Nava, Fernández-Duro, Vilanova, Fernández de Castro y

La Llave. A propuesta del Sr. Nava se puso á votación: 1.º, si convenía presentar candidatura; 2.º, en caso afirmativo, si debería figurar en ella el mismo ó mayor número de nombres que el de los individuos que cesaban en sus cargos. En votación sucesiva la Junta acordó sobre ambos puntos presentar una candidatura manuscrita con doble número de nombres que el de cargos reemplazables, excepto el de Presidente.

A invitación del Sr. Presidente, se prestó á dar la próxima Conferencia sobre adiciones geológicas al estudio de la Geografía, el Sr. Vilanova.

Y terminó la sesión, dando la Junta, á propuesta del Sr. La Llave, un voto unánime de gracias á su Presidente, por ser la última que debía presidir, expresando todos el sincero pesar que tenían al verse privados de los especiales conocimientos é infatigable celo que el Sr. Coello ha demostrado en pró de la Sociedad Geográfica de Madrid.

Eran las diez y media.
